

BRUMA OSCURA 1

EL ASESINO
QUE SURGIÓ DE
LA NIEBLA

M.G.PINEDA

BRUMA OSCURA 1

EL ASESINO
QUE SURGIÓ DE
LA **NIEBLA**

M.G.PINEDA

Título: *El asesino que surgió de la niebla*

© 2017, [M. G. Pineda](#)

De la edición y maquetación: 2017, [Romeo Ebooks](#)

Diseño de la cubierta: 2017, Sol Taylor

Primera edición: febrero de 2017

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Todas las ciudades y los hechos, al igual que los personajes que aparecen en este libro, son fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Puedes seguirme en:



Índice

[Créditos](#)

Alan

Alison

Alan

Richard

Alan

El oscuro entresijo del pensamiento

Sobre la autora

Otros libros de la autora

*Volví a sentir unas inmensas ganas de vivir
cuando descubrí que el sentido de mi vida
era el que yo le quisiera dar.*

PAULO COELHO

Alan



El timbre del teléfono suena varias veces mientras me despierto atolondrado por el sueño. El ruido que hace el maldito auricular retumba demasiado estridente dentro de mi cabeza.

Me duelen los ojos. Abro y cierro mis párpados varias veces antes de que se acostumbren a la tenue luz de la habitación. Miro por la ventana buscando una brizna de claridad, pero tengo la persiana casi bajada. Por ella veo la oscuridad de la madrugada que se cierne sobre la ciudad.

Tambaleante, me levanto de la cama y enciendo la luz. Aturdido, camino hasta el teléfono, el cual están en el salón, en una mesita cerca de la puerta de entrada. Descuelgo el auricular y escucho la voz de mi compañero:

—Buenas noches, comisario, perdone que le despierte. Necesitamos su ayuda.

—No se preocupe por mí. Cuénteme, ¿qué ha sucedido? —le pregunto intrigado.

—Un crimen, señor. Estamos en la ciudad vieja, en la calle Wine, número 35.

—De acuerdo, llegaré dentro de media hora.

—Aquí le esperamos. Hasta luego.

Cuelgo el teléfono. Me dirijo al cuarto de baño mientras pienso que es la primera vez que sucede un crimen en esta ciudad desde que me trasladé aquí.

Una vez que llego al baño, lo primero que hago es abrir el grifo del lavabo; tengo lavarme la cara con agua fría para despertarme del todo. Recojo un puñado de agua en las cuencas de mis manos y me lo estampo en la cara. Cojo la toalla y seco mi rostro mientras me miro en el espejo con mis ojos de color azul claro. Soy alto, moreno, aunque me parece que por poco tiempo. He visto que tengo una cana, un pelo casi blanco que acampa a gusto en mi negra cabellera. Tengo más de cuarenta y dos años y creo que no estoy mal

del todo.

Miro el reloj. Son las cinco de la mañana y ya me han dado una mala noticia. «¿Quién habrá muerto?», me pregunto mientras me visto.

Soy el comisario Alan Barton. Vivo en Black Mists. Es una ciudad grande. Por el centro de la misma pasa un río que la divide en dos partes: a un lado, la zona más antigua y vieja, por la que parece que el tiempo no ha pasado; y al otro, la más viva y moderna. El río es muy caudaloso y las aguas que lleva tienen un olor pestilente. Tengo la impresión de que en la vieja ciudad es como si nada hubiese evolucionado. Las calles están empedradas, el pavimento es de color oscuro y la humedad que hay sobre el suelo es muy consistente. Los coches no pueden circular por ellas porque son estrechas y están deterioradas.

Dejo de pensar en la ciudad y salgo de mi dormitorio, vestido. Por último, me pongo mi gabardina larga de un tono gris oscuro que tengo colgada en una percha junto a la puerta de entrada. Tomo mi sombrero y me lo pongo. La ropa que me he comprado en esta ciudad me parece antigua; la moda no ha llegado a este lugar del infierno donde vivo. Maldita ciudad. Hace dos años que llegué aquí y la verdad es que me está costando integrarme mucho más de lo que pensaba.

Salgo a la calle. La fría brisa me da en el rostro y siento en mi cuerpo un estremecimiento. Me subo el cuello de mi gabardina y camino en dirección a la calle que me ha indicado mi compañero.

Mi casa está en el barrio antiguo, a orillas del río, justo al lado del puente de piedra que atraviesa el caudal. Miro la empedrada calle. El suelo está mojado y brilla por la humedad de la madrugada. A estas horas, la temperatura es más gélida, se nota más el frío y el aire húmedo es muy molesto. Las luces de las farolas no me dejan ver bien por dónde camino, y el motivo es que están lejos unas de otras.

La niebla empieza a subir; eso hace que la ciudad parezca más macabra y tenebrosa de lo que ya es. Cada vez se espesa más y comienza a devorar las casas, envolviéndolas en una sombra grisácea y fantasmal que las va engullendo y consumiendo en su oscura bruma, como en una película de miedo. En esta ciudad, la niebla dura casi todo el día. No me gusta, no puedo soportarla.

A medida que voy acercándome al lugar del suceso, oigo susurros. Poco después veo al grupo que forman mis compañeros y recorro los metros que faltan para llegar. Mis hombres, al verme, me saludan:

—Buenas noches, comisario.

—Buenas noches a todos. ¿Qué ha sucedido? —pregunto muy seco.

Un policía se aparta un poco y deja al descubierto un cadáver. Es una joven de unos veinte años, o puede que sea un poco mayor de esa edad. La observo detenidamente. El grupo guarda silencio; esperan a que yo la examine.

Con una pequeña linterna ilumino el cuerpo. La chica está sentada con las manos juntas sobre su regazo y las piernas estiradas hacia delante. El cuerpo está bien depositado contra la pared. Su postura está erguida y su cabeza girada ligeramente hacia un lado. Tiene una venda ancha en el cuello con una pequeña daga clavada justo en la laringe. La daga parece ser un abrecartas. Un pequeño hilo de sangre le llega al canal de sus senos. Puede que se la hayan clavado *post mortem*, por eso la cantidad de sangre es mínima. Me fijo en que tiene un gran escote. Le inclino la cabeza hacia delante y le aparto un poco la venda. Se le ve una marca. La joven ha tenido que estar atada mucho tiempo por el cuello.

Me dirijo a uno de mis compañeros y le pregunto:

—¿La habéis fotografiado?

—Sí, señor —me responde—, está todo procesado. Hemos peinado toda la zona y no hemos encontrado nada.

—Bien —le contesto. Tras una pausa, le pregunto de nuevo—: ¿Quién la ha descubierto?

—Un vecino que iba hacia su trabajo.

—¿Dónde está ese testigo?

—Estaba muy afectado y nervioso. Hemos dejado que se vaya a trabajar, pero está localizado por si lo necesitamos.

Mi compañero me da todos los detalles. A esto no le respondo, pues para ellos soy un apestado, borde y amargado, sin vida social. Ellos ya me conocen y lo aceptan.

Sigo inspeccionando el cadáver, el cual me tiene muy impresionado. Me fijo en sus manos. Lleva unos guantes negros de lana. Le bajo un poco un guante y veo que en la muñeca tiene las mismas marcas que en el cuello. Ya no tengo dudas: la han atado por el cuello y por las muñecas. Ahora me fijo en su ropa. Parece que está vestida como una muñeca o una niña pequeña. Lleva puesto calcetines negros con rayas blancas, una falda corta con algunos volantes —creo que se llaman así—, un suéter con un buen escote y del mismo color que los calcetines y una chaqueta negra. El cadáver me tiene

intrigado.

El asesino le ha pintado los labios de negro. Dos grandes sombras rodean sus ojos, negras como los labios. Ese maquillaje oculta su belleza, ya que creo que debajo de esa pintura tiene que haber una chica muy bonita, sin duda. Tiene los ojos abiertos; son de un color gris reluciente.

Me fijo de nuevo en la daga. Eso me hace pensar que el asesino quiere acallar algo que no quiere que se sepa. «¿Quién te ha podido odiar tanto como para hacer esto tan malo contigo?», me pregunto a mí mismo mientras la miro.

Suspiro un tanto preocupado. Me giro y le digo a uno de mi equipo que espere a mis órdenes. Me dirijo a Jann Malon, un hombre joven. Su mirada es de color miel, su cabello rubio paja, tiene una estatura media y es de complejión fuerte y atlética.

—Jann, quiero que investigues esa pequeña daga. Busca dónde puede comprarse, en qué negocio... Averigua todo lo que puedas sobre ella.

Miro a Sam Walter. Es el más mayor de mi equipo, moreno, de mirada oscura, alto y bastante delgado.

—Sam, tú encárgate de la ropa: dónde se vende, si hay alguna tienda especializada en estos disfraces.... Me parece que esta vestimenta no es normal ni común en estos tiempos que corren. —Entonces, les comento algo que se me había pasado—: Tenemos que intentar averiguar quién es esta chica. Doy por hecho que no tiene documentación. ¿Me equivoco?

—Así es, señor, no la tiene. Tenemos un duro trabajo por delante.

—Tienes razón, estamos ante un caso difícil. Mi trabajo ha terminado. Mañana espero el informe de todos los pormenores que tengáis. Quiero saberlo todo de ella, hasta el más mínimo detalle. Vosotros dos esperad al juez y al forense hasta que levanten el cadáver.

—Señor, los hemos llamado, pero están tardando mucho. Como aquí no pueden entrar los coches, tardarán un poco más en llegar.

—Buenas noches, me voy a casa. Dentro de dos horas nos vemos en la comisaría.

Me despiden con un gesto, doy media vuelta y me voy a mi casa por el mismo camino que he venido.

La niebla es cada vez más espesa. Parece que trae unas finas lágrimas de agua, las cuales mojan ligeramente mi rostro. Miro de reojo las casas y calles antiguas. Son como de hace más de cuatrocientos años, con las ventanas pequeñas y de hierros bastos... Allí no ha entrado un ladrillo nuevo

nunca, nadie ha reformado una puta casa de esas. Me parecen frías y misteriosas.

Sigo bajando por la calle. Cruzo una esquina y otra que la atraviesa. La humedad y el olor son muy desagradables. Escucho en un campanario las seis campanadas de este amanecer sombrío.

El cadáver de esa joven me llega, estampando su imagen en mi mente. Estoy impresionado y preocupado. «Es casi una niña», pienso, y suspiro profundamente. Tengo un mal presentimiento y una sombra oscura ronda por mi mente, pero no quiero reconocerlo. «Me da un poco de miedo lo que pienso —me digo a mí mismo—. No debo retener este pensamiento». Intento dejarlo pasar.

Llego a mi casa, a lo que yo llamo mi guarida. Es un piso viejo. Como está tan cerca del río, está deteriorado por la humedad. He preferido vivir en la parte vieja de la ciudad; no tengo relación con nadie, no tengo amigos. He conseguido que nadie se comunique conmigo. Apenas veo a los vecinos que viven en mi bloque. Si me encuentro con alguno de ellos en el portal, los saludo fríamente.

Me siento en mi sillón favorito, enciendo un cigarrillo y doy una profunda calada. Cuando el humo entra en mi boca, lo inspiro lentamente para después expulsarlo. Me retrepo en mi sillón, suspiro, me relajo y cierro los ojos.

Ahora me viene el recuerdo de lo sucedido anoche, hace muy pocas horas. Tenía a una prostituta en mi cama, con la que he desahogado mi necesidad de sexo. Apagué en ella con toda mi fuerza el deseo sexual que me consumía. Cuando siento esa necesidad, llamo a una agencia de chicas de compañía que he contratado, la cual me proporciona a las prostitutas. Yo le pido siempre una nueva, que sea la primera vez que viene a mi casa.

Algunas veces pienso que no es muy normal lo que me pasa, ni ético. Imperiosamente necesito ese placer que recibo cuando me las follo. No me importa nada de la puta; solo necesito saciar mi necesidad, desahogar mi apetito sexual, que es bastante grande. Necesito el cuerpo de una mujer solo para poseerla, hacerla mía, penetrarla hasta no poder más para apagar en ella mi rabia, la que tengo contra las mujeres. Aunque reconozco que ellas son seres humanos, ese es el trabajo que ejercen, el que han elegido. Es como otro trabajo cualquiera. A mí no me importa. Yo necesito sexo y me da igual lo demás. No quiero que sea de otra manera.

Hace mucho tiempo, cuando era joven, fui un hombre tierno con una

mujer. Pero lo que me sucedió hace tantos años hizo de mí un hombre agrio, frío y duro. Ahora solo necesito eso, sentir mis orgasmos, nada más, sin pensar en nada, solo en mí mismo.

Termino el cigarrillo. Sigo sentado; no pienso cambiarme de ropa. Poco a poco va amaneciendo y veo la claridad entrar por mi ventana. La niebla no deja que los rayos del sol aparezcan por el horizonte. Son las siete de la mañana y pronto tendré que prepararme para ir a la comisaría. En mi mente se acumulan muchos pensamientos, recuerdos. Estos llegan de un pasado lejano, atropellándome. Vienen para devorar mi alma. No quiero que lleguen, pero entran en mí con tanta virulencia como los vientos de un huracán, arroyándome.

Es siempre lo mismo, y me hace sufrir. ¿Cuándo voy a dejar de recordar lo que me duele? Quiero pensar en el crimen de la joven del callejón para acallar mis recuerdos, los cuales no quiero que regresen. Empiezo a triturar mis ideas en busca de una prueba de lo que he visto. Repaso el cuerpo de la chica, lo visualizo en mi mente. ¿Cómo voy a descubrir al asesino si no tengo nada? No ha dejado ni una sola huella. Pero por mucho que lo intento, el pasado aflora con fuerza y hace que deje de pensar en la chica muerta.

Me levanto casi con rabia y voy a la cocina; quiero un café. Me lo preparo, igual que cada día. La monotonía está haciendo mella en mí. ¿Quién sería el desgraciado que me mandó a esta triste ciudad como comisario de policía? Lo que creo es que quería quitarme de en medio. Le molestaba mi presencia y quería que nadie supiera acerca de mi pasado. De haberlo sabido, jamás hubiese aceptado venir a esta ciudad.

No quiero recordar mi vida anterior, así que tomo el primer sorbo de café, el primero de tantos que me tomo al día. Ahora me llega el recuerdo de la puta de anoche. La agencia me mandó una mujer bella. La vi entrar, alta, elegante, con el cabello rojo y unos ojos castaños muy vivos. La mujer me habló con voz suave:

—Hola, cariño, ¿me echabas de menos?

—No —le contesté a su peloteo.

No era su cariño ni nada parecido. Al final, para que no volviera a hablarme más, le dije:

—No me gusta hablar mucho, y no quiero que me cuentes tus penas, ni las del pasado ni las del presente ni las del futuro. Para que me entiendas: no me gusta intimar con las chicas de la agencia.

—Solo quiero agradarte y hacer que este momento sea más excitante

para los dos.

La mujer me miró extrañada. Al parecer, no le gustó que le dijera eso, y ya no habló más. Lo único que yo le dije, en tono seco y a modo de orden, fue:

—Desnúdate.

Ella lo hizo. Miré cómo se iba desnudando. Los pechos los tenía grandes pero flácidos; ya no era tan joven. Se dio cuenta de que yo la observaba.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —me preguntó mientras se acercaba a mí.

—Calla y tiéndete en la cama —le ordené sin mucha emoción.

Vi que no estaba a gusto con el trato que le estaba dando; mi forma de expresarme era borde. Tenía la camisa puesta, la cual tapaba mis intimidades. No me gusta exhibirme. Siempre que follo me la dejo puesta.

—¿No te desnudas? —me preguntó ella con desgana.

Yo no le respondí; no había química. ¿Para qué hacer el acto más difícil? Estaba preparado, tenía mi erección. Antes me había calentado viendo porno para la ocasión. La tomé por las caderas y la penetré. Me gustó. Sentí el calor de su vagina.

Mientras la embestía, la observé detenidamente. Tenía los ojos medio abiertos mirando al techo. No le estaba gustando nada cómo se lo estaba haciendo. Eso a mí no me importaba en absoluto. Lo único que yo quería era conseguir un orgasmo rápido, pero que no se moviera nada me dejó desconcertado. La embestí una y otra vez.

Ya no podía aguantar, estaba a punto de correrme. Todo mi cuerpo empezó a recibir las primeras sacudidas. Un escalofrío recorrió todo mi ser de arriba abajo y noté cómo el semen subía a mi pene; se estaba preparando para la expulsión. Sentí los espasmos, que fueron recorriendo todo mi cuerpo. Durante unos segundos tuve la sensación de que estaba fuera de tiempo. Mi energía parecía que había estado contenida y de repente fue liberada. Sentí un fuerte orgasmo.

Después de terminar, la vi vestirse; ni siquiera se había despeinado. Fui a por mi cartera, saqué unos billetes y se los tiré sobre la cama. Era lo convenido. Ella los cogió y se marchó veinte minutos después. Salió por la puerta y no me dijo ni adiós. «Maldita zorra», murmuré entre dientes.

Tomo la taza para beber y está vacía. El final del café me hace volver a la realidad del momento. Ha sido una larga noche, muy tensa para mí. Me

sirvo otro café y suspiro profundamente. Ahora un recuerdo vaga por el gran almacén de mi memoria. No sé por qué los recuerdos llegan, esos que no quiero recordar, pero llegan muchos más. Otras imágenes se me presentan muy alejadas en el tiempo, pero aquellos hechos no quiero recordarlos. Me hacían daño, mucho daño, y no quiero que lleguen. «¿Por qué vienen?», me pregunto. Lo único que quiero es que desaparezcan de mi mente para siempre, porque, aun después de tanto tiempo, siguen doliéndome.

Una vez más, dejo que el pasado venga a mí con la fuerza que le es habitual. Ahora viajo por el mar de mis recuerdos y llego a un mundo que dejé atrás, hace ya dos años. Un mundo de dolor, de angustia y desesperación, un mundo que empezó mucho tiempo atrás. Me pregunto una vez más si estaré curado del todo o todo es una farsa, una coraza que yo mismo me pongo para huir de mi propio dolor y de mis sentimientos.

Yo vivía en City of Light, una ciudad nueva, muy grande y con más de trescientos mil habitantes. Yo tendría unos veinticinco años cuando mi padre murió víctima de un tiroteo. Él era un policía de alto rango y estaba a punto de ser comisario. Le faltaban muy pocos meses para retirarse de las calles, pero la muerte le sobrevino en una emboscada contra una banda de drogas y prostitución. Me hice policía como él. Mi padre fue para mí una persona muy importante en mi vida, un gran hombre que se sacrificó por mí.

De mi madre tengo pocos recuerdos. Ella murió muy joven a causa de una grave enfermedad. Eso hizo que mi padre se hiciera cargo de mí. Él me dio todo su amor y el de mi madre. Nos dejó tan pronto que yo no pude disfrutar de ella.

Una vez que terminé la academia y me convertí en policía, me destinaron a una unidad de la calle mientras compaginaba los estudios con el trabajo. Yo quería llegar muy lejos en la policía, pero el destino no quería que yo lo tuviese fácil.

Unos años después conocí a la que sería mi esposa, una mujer muy bella. Tenía el cabello de color castaño muy claro y sus ojos eran de color gris tirando a verde; parecía que cambiaban de tonalidad según la luz. Increíblemente fascinante. Estaba muy enamorado de ella, era muy feliz con Caty.

Después de estar algún tiempo más de relación, decidimos casarnos. Mi felicidad seguía en aumento. No me di cuenta de nada, mis ojos no vieron nada extraño en su comportamiento. Tras varios años de convivencia, los cuales ni recuerdo ya, nunca pensé que Caty no me amara o que solo

estuviera conmigo por conveniencia, o no sé por qué estaba. El tiempo fue pasando. Estúpido de mí, no me daba cuenta de lo que sucedía a mi alrededor.

Una noche llegué a casa y abrí la puerta. Lo encontré todo a oscuras, cosa que me extrañó. Encendí la luz. Sobre la mesa del salón había una carta y la tomé entre mis manos. Mi cuerpo temblaba como un flan, y más aún la mano que sujetaba la carta. Leí con ansiedad, devorando aquel escrito.

Querido Alan, me voy. Estoy cansada de esperarte cada noche. No me gusta comer sola, y menos irme a la cama sin ti. Me siento muy cansada. Quiero decirte que tampoco me gusta cómo me haces el amor últimamente. Quiero más, y me parece que tú no puedes darme lo que yo necesito. Siento decirte que he encontrado a un hombre, el cual reúne todas esas cualidades. Cumple mis requisitos a la perfección, esos de los que tú careces. Espero que seas feliz.

Caty Brum

La muy... Había firmado con su nombre de soltera. Despreciaba hasta mi apellido. Una rabia muy fuerte se apoderó de mí. Cuando terminé de leer, di un puñetazo en la mesa que hizo que mi mano me doliera mucho. Pero ese dolor no me afectó. El que sí lo hizo fue el de mi corazón. Me sentí humillado, un ser despreciable. Ella me odiaba y yo la quería con toda mi alma. Maldije mi vida una y otra vez, la maldije a ella mientras mis lágrimas de odio salían de mis ojos. Estaba tan rabioso... No podía hacerme eso a mí, con lo que yo la quería. Di tal patada a una silla que se rompió al chocar contra la pared.

Fui al mueble donde guardaba las bebidas y cogí una de las botellas de vino. Pensaba bebérmela de una vez, a conciencia. La tomé por el cuello, me la llevé a la boca y bebí sin control. No tardé en sentir que mi estómago entraba en calor; el vino estaba haciendo su efecto. Tras permanecer quieto, pensando solo en mi dolor, fui al dormitorio como un sonámbulo y me tiré sobre la cama. Quería llorar, gritar y morirme allí de una vez por todas.

Desde aquel día, mi vida cambió por completo. Solo sentía odio y dolor; no podía asimilar que me había abandonado. Mi autodestrucción comenzó en ese momento. Empecé a beber mucho, mucho, y también tonteeé con las drogas. El alcohol entró en mis venas como un veneno que me corroía y me deterioraba por dentro y por fuera. Cuando terminaba de trabajar, me metía en un garito a beber. Algunos compañeros querían apartarme de la barra y que dejara de beber, pero yo no se lo permitía, los alejaba de mi lado.

—¡Alan, por favor, deja de beber! No vas por buen camino, no destroces tu vida —me dijo Taylor con buenas intenciones una noche.

—Taylor, no te metas en mi vida. Hago lo que me da la gana, y tú no eres nadie para sermonearme. Ya soy mayor, sé lo que me hago —le respondí con grosería.

—De acuerdo, tú veras lo que haces. Por tu bien, espero que reacciones antes de que sea demasiado tarde.

—No lo entiendes. Para mí ya no hay futuro, no quiero vivir sin ella.

—Es una pena que pienses así. Lo siento por ti, Alan, pero te lo digo en serio. Es la última vez que intento ayudarte.

Taylor se marchó de mi lado y, desde aquel momento, todos los pocos amigos que me quedaban se marcharon con él, dejándome solo. Aquello fue lo que conseguí con mi actitud.

El tiempo ya no existía para mí. El día se hacía noche y la noche día. Así caminaba mi vida, entre borracheras y colocado por las drogas.

Un día de los que me encontraba más sobrio llegué a la comisaría para comenzar mi trabajo. Estando allí, nos avisaron de una pelea entre una pareja que estaba discutiendo en su vivienda. Salí con mi compañero de servicio, que era quien conducía el coche patrulla. Se llamaba John. Era un joven apuesto, moreno y de mirada oscura. Lo miré de reojo y lo noté preocupado. Tenía la gorra bien puesta y no apartaba la vista de la calle.

Al llegar, aparcamos delante de la supuesta casa. Era el típico barrio donde todas las viviendas eran iguales. Estábamos delante de la puerta de entrada, la cual estaba abierta, y entramos con sigilo. Dentro había un hombre sentado en una silla, con semblante pensativo. En el suelo, una mujer bañada en sangre. Me acerqué a ella. Cuando vi quién era..., me quedé frío. ¡Era mi mujer! Sin decir nada, me lancé contra aquel hombre y le pegué unos cuantos puñetazos. En respuesta, él no hizo nada para protegerse. John me cogió del brazo y me sujetó.

—¡Maldito miserable! ¡¿Por qué la has matado?! —le grité con furia.

—¡Quieto! ¿Qué hace, no ve que no ha puesto resistencia? La justicia se hará cargo de él, no lo olvide. No tiene por qué tomarse la justicia por su mano.

—¡Es mi mujer! ¡Ella es mi mujer, y este malnacido la ha matado! ¿Por qué, por qué la has matado? ¿Qué te ha hecho ella?

Aquel hombre habló abatido:

—¡La he matado! Sí, soy culpable. No podía soportarla más, me perdió

el respeto. Ha conseguido que mi vida sea insoportable. Era una dominante, me humillaba a cada instante. Tenía el don de hacerme rabiar. Nada de lo que yo hacía le sentaba bien. Cada día a su lado era un infierno. Le pedí que se fuera de mi lado, que me dejara, que lo nuestro no funcionaba. Lo único que recibí fueron sus amenazas y sus malos modos. Me dijo que me quitara esa idea, que jamás iba a dejarme, aunque yo se lo pidiera de rodillas. Ya no podía más, mi paciencia se agotó, perdí los nervios y la he matado. Podéis llevarme a la cárcel. Asumo mi culpabilidad.

Yo no podía dar crédito a lo que escuchaba. Mi compañero me dejó solo y se llevó al hombre, que no opuso la más mínima resistencia. Yo me hincué de rodillas junto a mi mujer y le acaricié su cabello. Su cuerpo sin vida estaba sobre un charco de sangre. La tomé entre mis brazos sin importarme nada lo sucedido, ni siquiera su abandono. Mi ropa se manchó con su sangre. En ese momento llegó otro coche patrulla. Otro compañero entró en la casa y se acercó a mí. Poniéndome su mano en mi hombro, me dijo:

—Déjala ya. El forense y el juez están al llegar. Vámonos, hay que salir de aquí.

—¡No quiero dejarla! No puedo dejarla sola, ¿comprendes?

Mi compañero me convenció. Yo estaba sin fuerzas, así que me sacó de allí.

Estaba en una nube. No podía creer que Caty estuviese muerta. Antes tenía la esperanza de que volviera algún día a mi lado. Ahora, esa esperanza se desvanecía para siempre.

Aunque parezca mentira, o por difícil que ya fuera mi vida, esta se deterioró más aún de lo que ya estaba. Después de la muerte de ella me encontraba en un punto de no retorno, afectando a mi físico, a mi trabajo y a mi casa, la cual era un basurero. Vivía entre basuras, envoltorios de comida rápida y botellas vacías. Estaba entre la suciedad más absoluta, con mis propias miserias y mi deterioro personal.

Como una de tantas mañanas, no podía levantarme de la cama. Necesitaba tomar algo; la cabeza iba a estallarme. Me puse de rodillas, busqué por todos lados y miré entre la basura a ver si encontraba una botella con algún resto de licor. Sentí el timbre de la puerta. El sonido que hizo se metió en mi cabeza; fue como si hubiese explotado una bomba a mi alrededor. Eso hizo que pusiera mis manos sobre mi cabeza para intentar apaciguar el dolor. Tambaleante, abrí la puerta y vi delante de mí quién

llamaba. Me quedé sorprendido. Era el capitán Brian Gowney. Había sido amigo de mi padre. Era un hombre que rondaría los cincuenta y cinco años y un poco grueso. Su mirada gris penetrante hizo que bajara la mía. Me quedé tan petrificado que fue él quien tuvo que preguntarme:

—¿Puedo pasar?

Le abrí la puerta y lo invité a pasar, sin darme cuenta de todo el desorden que tenía en mi casa. Él me habló con voz grave:

—Buenos días, Alan.

—Buenos días, señor, ¿qué le trae por aquí?

—¿Que qué me trae por aquí? Alan, ¿cómo puedes decirme eso? No puedo verte así, debes cambiar de actitud. ¿Te has parado a pensar en tu padre? ¿Puedes hacerte una idea de lo que sería para él verte en este estado? Le romperías el corazón. Alan, estás destrozando tu vida, ¿es que no te estás dando cuenta? Van a echarte del cuerpo, perderás tu puesto. ¿Qué harás sin el trabajo? ¿De qué vas a vivir? Perderás esta casa, te irás a vivir debajo de un puente. ¿Es eso lo que quieres? ¿Eso es lo que estás buscando?

Permanecí en silencio. No tenía palabras para responderle, solo esperaba que aquel sermón acabara. Pero el capitán, de nuevo, siguió hablándome:

—No puedo permitir que sigas así, con tu deterioro personal. No puedo consentirlo. Tu padre no me lo perdonaría. Si no hago algo bueno por ti...

—Sé que tiene usted razón, pero mi vida no tiene sentido. —Le hablé abatido, porque yo solo veía oscuridad en mi camino.

—Pues búscale un sentido a tu vida. No la destroces entre *whisky*, alcohol y mujeres indecentes. Tú has tenido la inquietud de mejorar, subir de categoría en el cuerpo de policía. Siempre has pensado en ser comisario como quería ser tu padre. Eso aún puedes llegar a hacerlo si dejas los vicios que te consumen. Aún puedes llegar a ser más que un buen policía.

Aquel hombre era buen amigo de mi padre. Él me hablaba desde su corazón, y yo lo sabía. Sus sabias palabras entraban en mi mente dejando huella. Quería internarme para rehabilitarme. No sabía lo que era peor en mi vida, si mi propio odio o la rabia que sentía dentro de mí por no ser capaz de perdonar a mi mujer. Tenía que darme cuenta; el destino ya la había castigado quintándole la vida.

Apreté mis manos al recordar aquel hecho tan desagradable. Delante de mí, estaba el capitán. Lo miré con lágrimas en los ojos y le hablé en tono sumiso, sin fuerzas, abatido:

—¿Qué debo hacer, capitán?

—Lo primero es entrar en un centro y curarte. Luego, ya hablaremos de tu futuro.

Vi cómo se dirigió a la ventana. Pocos minutos después entraron dos sanitarios. Me fui con aquellos dos hombres sin decir nada, sin saber dónde me llevaban. Me hicieron subir a un coche. Este viajó durante mucho tiempo, llevándome lejos de allí, a un lugar que yo no conocía. Así comenzó otro calvario en mi vida: el síndrome de abstinencia. Aquello era muy duro, mucho para poder soportarlo, pero yo tenía intención de acabar con mis vicios, aunque me dejara la vida en ello.

En el centro trabajaba una psicóloga. Se llamaba Lorraine Hoffma. Era muy bonita. Su cabello era castaño oscuro con mechas más claras; los ojos verdes, muy vivos. Ella era para mí como un soplo de aire puro. Estar junto a ella, solo con su presencia, me liberaba de todos los problemas, de todas las tentaciones que tenía mi alma. Lorraine me ayudaba, me psicoanalizaba, hacía que cada vez tuviera más confianza en mí, que me sintiera mucho mejor conmigo mismo. Su voz entraba en mí de manera especial, porque ella era una mujer muy especial. Amaba lo que hacía, y eso se le notaba.

—Alan, estás haciendo grandes progresos, eres muy constante. Estoy muy orgullosa de ti. Si sigues así, pronto saldrás de este lugar. Te lo aseguro.

—Gracias. Salir de aquí es lo que quiero, ya que se lo he prometido al amigo de mi padre.

—No debes hacerlo por nadie. Hazlo por ti, solo y exclusivamente por ti —me decía ella con dulzura.

—Lo intentaré, pero siento tanta rabia y tanto dolor dentro de mí...

—Alan, te lo digo, solo hay una manera de suavizar el dolor, y es el perdón.

—¿El perdón a quién?

—A ti mismo. No es tu culpa. Lo hiciste lo mejor que pudiste, no supiste hacerlo mejor. No te sientas culpable de la situación que se creó a tu alrededor. Perdona todo lo que te llevó a sentir rabia y odio, libera el peso que soporta tu alma. Suelta el peso que llevas en tu espalda, liberando todo lo que te duele. Te aconsejo que te quieras mucho a ti mismo. No dejes de pedirte perdón una y otra vez por tu propia actitud. Respira hondo, luego hazlo despacio y suaviza la situación, esa que no puedas dominar. Medita, relájate, y verás que las cosas no son tan graves como tú las ves.

—Necesito mucho tiempo para olvidar. El odio que siento es muy

grande, hacia mi mujer, hacia la vida y hacia mí mismo.

—Todo está en tu interior. Si consigues perdonarla a ella, se liberará tu cuerpo. Ese es un ejercicio que debes practicar todos los días, el ejercicio del autoperdón.

—¡Lo haré!, te lo aseguro. Al menos lo intentaré —le confirmé con fuerza, también para convencerme a mí mismo.

—Venga. Ahora, relájate. Es necesario que abandones todas las tensiones que tiene tu cuerpo. Libéralas. Respira, inspira, una y otra vez, despacio, para que relajés tu mente por completo.

Cada ejercicio era un paso más para la liberación. Me ayudaba mucho. Notaba cómo mis músculos se relajaban y mi cuerpo se abandonaba a una agradable sensación de bienestar. Me sentía libre, lleno de paz. La meditación aliviaba todos mis males.

Allí en el centro el tiempo se me hacía eterno. Entre aquellas cuatro paredes blancas los días fueron pasando, luego las semanas, los meses, y transcurrió el primer año.

Físicamente me sentía mejor. Mi cuerpo iba recuperándose, el color de mi piel mejoró, mi expresión cambió por completo. Llegó el día en que me encontraba restablecido del todo. Un día, Lorraine Hoffma me dio una noticia que me llenó de temor. Se acercó a mí y, con su voz aterciopelada, me susurró:

—Ha llegado el momento de que te enfrentes al mundo, de que intentes vivir de nuevo, de encontrarte con tu nueva vida, con tu destino.

—¡Es demasiado pronto! Aún no estoy bien del todo, doctora.

—Estás perfectamente. No tengas miedo y cómete el mundo, lucha por ser feliz. Tienes todas las herramientas para avanzar en la vida. Si sabes utilizarlas, no tendrás ningún problema.

—¡Es muy fácil decirlo!

—Es fácil si te lo propones. El optimismo es la medicina para poder sobrellevar todos los males. Sé fuerte. Hazlo no solo por mí, sino por ti.

—Lo intentaré, te lo prometo. Siempre voy a pensar en ti, siempre te estaré agradecido.

—No tienes que agradecerme nada. Sé feliz, con eso me conformo. — Me dio un abrazo y me susurró al oído—: Mucha suerte en tu nueva vida. Te mereces una segunda oportunidad y vas a tenerla sin duda. Cuando tengas problemas y no sepas cómo afrontarlos, piensa en mí.

—Gracias. No voy a olvidarme tan fácilmente de ti, doctora.

Después de quedarme un rato de pie, sin saber a ciencia cierta qué hacer, le sonreí y vi cómo se marchaba de mi lado y de mi vida.

Estaba solo, muy solo, delante de mi nueva vida. Esta se presentaba desconocida, llena de misterio. ¿Qué sería de mí? Tenía miedo de salir al mundo y enfrentarme yo solo contra él.

Sin dudar más, llamé al capitán. Le comenté que ya me habían dado el alta del hospital.

—Hola, Alan, me alegro mucho de que te den el alta.

—Estoy preparado para salir..., o eso creo.

—Estoy muy contento muchacho. Lo siento mucho, pero en este momento no puedo atenderte, salgo de viaje. Es una pena que no pueda verte y despedirme de ti. Tienes un largo viaje por delante.

—¿Despedirme, capitán? ¿Dónde tengo que ir?

—No lo sé. Debes ir a la comisaría. Allí hay una carta que tienes que leer. Buena suerte, muchacho, te deseo lo mejor.

—Buen viaje. Le tendré informado de todo.

—Eso espero, muchacho, eso espero.

El capitán Brian Growney colgó el teléfono. Me quedé muy triste. Antes de ir a mi casa pasé por la comisaría y me entregaron unos papeles. Era mi nuevo destino. Me habían dado una segunda oportunidad, y esta vez no pensaba desperdiciarla. Me enviaban lejos de allí, a una ciudad en la que nunca había estado. Un nuevo trabajo, pero ahora iba como comisario jefe de una unidad.

Llegué a mi casa y me sorprendí; estaba todo bien ordenado y limpio. Pasé varios días disfrutando de mi libertad y esperé hasta el último día que podía quedarme. Tenía que irme, así que me decidí, hice mi maleta y salí para mi próximo destino. Nadie fue a despedirse de mí, ni mis exjefes ni mis amigos... Me encontraba solo en la estación, no había nadie que me dijera adiós. La soledad me abrumaba. Miraba a las personas que iban juntas, que charlaban, que reían... Por primera vez, después de salir del centro, me sentí mal. Eso era lo que me esperaba, pero sería lo mejor de todo: ausentarme y no sentir nada por nadie.

Subí al tren y salí de aquella ciudad en la que había vivido cuarenta años de mi vida. Aquel tren me alejaba cada vez más de mi pasado. Y tras varias horas de trayecto, llegué a esta ciudad. Cuando bajé del tren, la fría niebla me recibió triste, como yo estaba. De eso hace ya dos años.

Aquí no pasa nada grave, algunos robos y nada más, hasta ahora, que

me encuentro con este asesino que va a ponerme a prueba. Sin duda, así lo creo.

Termino de tomarme el segundo café, entro en el baño y me aseo un poco. Miro a ese hombre que se refleja en el espejo; tiene mala cara. Los recuerdos lo hacen ponerse muy triste. Me alejo del espejo, me pongo mi sombrero y mi gabardina, cierro la puerta tras de mí y salgo a la calle. Una estampa húmeda y gris delante de mis ojos me da los buenos días. Cruzo el puente de hierro y hormigón.

En esta ciudad hay dos puentes que unen la vieja ciudad con la nueva. En la parte nueva hay más movimiento de gente y vehículos, y es mucho más viva. Paso por el estanco, en el cual compro un par de paquetes de tabaco, como cada día. Al principio, los dueños querían ser simpáticos conmigo, pero yo con mis groserías no se lo permití; apenas les hablaba y ellos se dieron cuenta. Ahora solo me saludan fríamente.

Después de pagar salgo a la calle, sigo caminando y llego a la comisaría, a mi puesto de trabajo. Enfrente de mí hay un edificio grisáceo. Cada día que vengo miro esas piedras cuadradas. El edificio tiene tres plantas y las ventanas de hierro son alargadas. Es un edificio muy frío. Tiene varios escalones para llegar a la entrada y la puerta es de madera torneada.

Entro a la comisaría y voy a mi despacho, que está en la segunda planta. Sobre mi mesa tengo las primeras pruebas. Mis dos compañeros me las han proporcionado. No hay nada donde pueda agarrarme, así que siento que estoy en un callejón sin salida.

Unos días después de la muerte de la joven me encuentro agobiado; no hay ninguna pista. Han llegado las pruebas del forense y tampoco me aclaran nada. La autopsia de la chica confirma que había tenido relaciones sexuales antes de morir. «¡Maldito hijo de puta! ¿Cómo pudo estar con ella antes de matarla? Es un crimen pasional y sexual», pienso, teniendo los papeles en mis manos.

Pasan algunos días más. Entra en el despacho uno de mis compañeros, Jann Malon, quien tiene algo que decirme.

—¿Tienes algo para mí? —le pregunto.

—Sí, comisario, he descubierto algo sobre el abrecartas. He buscado en todas las tiendas de esta ciudad y no se puede comprar aquí. El que lo compró lo hizo fuera de Black Mists. El dependiente me lo ha confirmado. Dice que nunca ha visto uno como este y piensa que son exclusivos o de alguna ciudad extranjera. Más bien es un *souvenir* que se compra en lugares turísticos.

—No tenemos pistas que nos lleven al asesino. El abrecartas, de momento, tampoco nos ayuda nada —digo tras meditar mil veces.

—No, comisario, el abrecartas no es una pista que podamos seguir en principio —me asegura Jann.

Veo que entra Sam Walter. Espero que me diga algo más fiable que lo de la daga, ya que lo que acaba de decirme Jann no he llegado a comprenderlo del todo.

—¡Jefe! He investigado la ropa de la joven, como usted me pidió. Lo siento, la ropa ha sido comprada en diferentes tiendas, pero... ¡hace más de veinte años! Esta ropa ya no se fabrica en la actualidad.

—¿Quieres decir que esta ropa fue comprada hace dos décadas y ahora la utiliza para vestir a su víctima? —pregunto sin entender.

—El vendedor me ha dicho que esa ropa se ha vendido antes en esta ciudad, pero no junta. Cada pieza estaba confeccionada en un taller diferente, no tienen relación entre sí.

—¡Nada, que estamos como al principio! No sabemos nada. Esta chica no tiene identidad, nadie la ha reclamado y sigue en el depósito. Ya hace dos semanas del crimen.

—Sí, señor, estamos como al principio.

—Debemos preguntar por los bares, mostrar su foto por si alguien la conoce —le digo.

—Señor, por la ciudad vieja no la conoce nadie; me he encargado de preguntar.

—Gracias, Sam, por tu trabajo. Estoy muy cansado, me voy a casa.

—De acuerdo, señor. Hasta mañana.

Mientras recojo mis cosas veo un paquete con fotos de la joven en un lado de la mesa. Las recojo; pienso llevármelas a mi casa. Necesito estudiarlas, analizar por qué el asesino la viste de esa forma tan extraña, qué es lo que lo motiva a hacerlo.

Los días pasan. Sigo sin pruebas que me lleven a una pista fiable y nadie ha denunciado la desaparición de la chica. Es un misterio que está corroyendo mi mente y todos mis sentidos. Hoy, mientras camino por las calles disfrutando del paseo, llego a mi casa. Entro en ella, voy directo a mi sillón, me siento y me dispongo a fumar. Suspiro antes de encender mi deseado cigarrillo. Me encuentro cansado. Necesito echar un polvo que alivie mis tensiones. Me levanto y llamo a la agencia, la que me proporciona a las prostitutas. Me siento asqueado de follar siempre con putas, pero no tengo

otra opción. Dejo de pensar en eso, ya que una mujer decente no está en mis prioridades.

Hace mucho que dejé de pensar en la posibilidad de tener una esposa, ya que mi trabajo no me lo permite. No quiero tener una mujer que me espere en casa mientras yo estoy cazando asesinos.

Esta noche no me apetece ver porno. Espero que solo con ver a la puta me baste. Espero que pueda llegar a tener una erección normal solo con tenerla delante.

Tengo ganas de que llegue.

Unos minutos después suena el timbre. «¿Cómo será esta vez? ¿Rubia platino, con el cabello color chocolate o una morena de esas que quitan el hipo?», me pregunto. Abro la puerta y veo a la mujer que hay delante de mí. Me quedo como si me hubiesen clavado en el suelo. Abro mis ojos de par en par, al igual que si hubiese visto un fantasma. Ante mi asombro, una voz melosa me habla:

—¡Hola! Soy Alison, su chica de compañía.

Tartamudeo, no puedo articular palabra. Me quedo en silencio, no digo nada, no me salen las palabras de la boca, no puedo apartar la vista de la joven. Es morena, y los ojos los tiene grises, como la chica del callejón. Es su vivo retrato. La joven me habla de nuevo:

—¿Puedo pasar?

—Sí —me limito a decir.

Entra altiva y serena. La miro de nuevo. Es igual de alta que la chica muerta. «¿Qué broma es esta? Parece tener la misma edad, parecen gemelas. Es demasiado joven para ser una puta», pienso. Por eso, le pregunto con firmeza:

—Hola. ¿Qué edad tienes?

—La suficiente para hacerlo.

Esa respuesta me demuestra que no es una profesional, sino una novata. La miro de nuevo a los ojos.

—¿Desde cuándo trabajas para la agencia?

Ella me mira extrañada. No comprende por qué la interrogo en vez de irnos a la cama y hacerle el amor.

—Hoy es mi primer día y mi primer trabajo —me susurra.

La observo. Intuyo que en su mirada guarda un secreto. La chica no es una fulana. ¿Qué oculta? ¿Qué es lo que la lleva a hacer este trabajo?

—He venido a hacerte compañía, no para estar hablando toda la noche.

Cuando quieras, empezamos —me dice con sequedad, evitando así seguir hablando del tema.

—Primero quiero hablar contigo. Te veo nerviosa y muy joven para este trabajo —insisto.

—A lo que tú llamas trabajo, no lo es. Soy una prostituta, y en la agencia me han dicho que tengo que satisfacer a los clientes más selectos. Y para que te quedes tranquilo, tengo veintiséis años.

—No me lo creo —le digo.

Ella me saca de dudas. Me enseña su documento de identidad que así lo demuestra. Aún no ha cumplido los veintiséis.

—¿Podemos empezar? No voy a estar aquí toda la noche contigo.

—¡Puedes estar toda la noche si yo quiero! Soy un cliente muy especial y puedo pedir lo que sea, lo que más me guste. La agencia me lo concede. — Hay algo en mí que me impide follarla, así que le digo—: Pago lo mismo por follar que por hablar, y me apetece hablar hoy. Quiero charlar contigo. Empieza por decirme tu nombre completo.

La chica, contrariada y nerviosa, me dice su nombre:

—Me llamo Alison Black, ¿y tú cómo te llamas?

—Alan Barton. Necesito saber por qué haces este trabajo.

—Por dinero, si no, ¿por qué iba a hacerlo? Necesito dinero.

—No te creo. Hay algo más, una razón que te obliga. Lo huelo.

—Parece que eres policía. Ellos preguntan de la misma manera. No tengo por qué darte explicaciones.

—Si yo quiero, sí, y si te quejas a la agencia, la que va a perder serás tú. Ellos saldrán a mi favor, ¿comprendes?

—No sé por qué. Si tú has pedido una puta y yo lo soy, ¿por qué esperar? Necesito seguir visitando a otros clientes.

—No, esta noche eres solo para mí. Quiero saberlo todo de ti. Y aunque no quieras contármelo, no pararé hasta que me digas lo que ocultas. ¡Habla ya!

—No escondo nada, no oculto nada de mi vida. He venido a hacer esto, y es lo que voy a hacer.

—Voy a contarte un hecho que ha sucedido en esta ciudad —le susurro, moderando mi fuerte voz para suavizar el posible dolor, si es lo que yo pienso, pero debo decírselo—. Hace unas semanas mataron a una joven en un callejón, y tú te pareces mucho a ella. Yo diría que eres su vivo retrato.

Lo que acabo de decirle hace que su rostro cambie; no se lo esperaba.

Veo cómo su rostro se contrae y cómo se pone blanca. Eso me demuestra que sabe algo que yo no sé, pero debo sacárselo como sea.

Se sienta en el sofá, delante de la mesita de centro. Se nota que su energía la ha abandonado. Voy a por las fotos que tengo sobre la mesa del comedor, las tomo y se las enseño. Ella las coge en sus manos y sus ojos se llenan de lágrimas al instante. Luego, pone las fotos sobre su pecho, justo en su corazón. Sin decir nada, mira al techo y suspira profundamente, tomando el aliento que tanto necesita.

—¿Quién es? —le pregunto.

La joven me mira y, con voz entrecortada por la emoción, me contesta con tristeza:

—Es mi hermana. —Con clara congoja, continúa hablándome de ella —: Me mandó una carta en la cual me decía que había conocido a un chico y se había enamorado locamente de él. Mi hermana estaba muy preocupada porque su chico la obligaba a trabajar en una agencia llamada El pájaro oscuro. Estaba muy controlada por él, siempre vigilándola de día y de noche. No me dijo cómo se llamaba el chico ni dónde vivía. Lo único que yo quería era venir a por mi hermana. Entré en esta agencia solo para encontrarla, porque no he vuelto a tener noticias de ella. Por eso puse una denuncia, pero sin saber dónde vivía era un poco complicado. He venido a por ella y hoy la he encontrado, pero muerta.

Alison llora en silencio. Siento su dolor. Pobre chica, encontrar a su hermana muerta...

—Es muy peligroso lo que piensas hacer, no te lo aconsejo —le digo preocupado, hablándole desde el corazón—. No debes hacer esto, podrías correr la misma mala suerte que tu hermana. Deberías ir a la policía.

—¿La policía? —Alison me interrumpe—. La policía no me vale. ¿Usted quién es? ¿Y por qué tiene tantas fotos de mi hermana?

—Soy el comisario de policía de este distrito, el que lleva el caso. Estoy investigando la muerte de tu hermana. Quiero hacerte una proposición, a ver qué te parece.

Quiero ayudar a la muchacha a encontrar al asesino de su hermana. No sé cómo se me ha ocurrido la idea de la proposición, no sé cómo podré salir de donde acabo de meterme. Ella me mira sin comprender a dónde quiero llegar.

—¿Qué me propones? —me pregunta, llena de curiosidad.

—No debes prostituirte, ya no es necesario. Has encontrado a tu

hermana.

—Pero ¡ahora también quiero encontrar a su asesino!

—Tú puedes hacer lo que quieras, pero no te lo aconsejo.

—¿Y qué hago con la agencia? Me han contratado, querrán que siga trabajando para ellos. No sé cómo puedo decirles que no.

—Puedes quedarte en mi casa. Yo iré contándote todo lo que vaya descubriendo.

—Necesito quedarme en esta ciudad. Necesito encontrar a su novio y, si es el que la mató, descubrir si está relacionado con esta agencia.

—No debes seguir con esa idea, es peligroso. Si en la agencia está el asesino y te descubre, te estará vigilando y puede que haga contigo como hizo con tu hermana, por lo que no debes volver a la agencia. Mis hombres y yo lo investigaremos.

—Si no vuelvo, irán a buscarme a la pensión donde vivo. Pueden obligarme a seguir trabajando para ellos. ¿Qué puedo hacer hasta que encuentre una vivienda que la agencia no conozca?

—No te preocupes. Yo lo aclararé, es muy sencillo. Llamaré dentro de un rato quejándome de que no has venido. Te llamarán a la pensión, pero no te encontrarán, así que pensarán que te has ido, que te has arrepentido de trabajar para ellos. Puedes quedarte aquí si te parece bien. Irás conociendo la investigación. Voy a hacer todo lo posible por descubrir quién mató a tu hermana. Tengo que decirte que aún no hemos podido identificarla. El cuerpo apareció sin documentación.

—Mi hermana se llama Jessica Black. Busca en personas desaparecidas. Como te he comentado, hace unos días puse una denuncia.

—De acuerdo. Tengo que andar con cautela, pues si aclaro mucho del caso, mis compañeros sospecharán y me harán preguntas.

—De acuerdo. Lo he pensado mejor y me quedaré en tu casa hasta que a mi hermana la trasladen a mi ciudad y pueda darle cristiana sepultura — comenta pensativa.

Quiero que no piense más en su dolor y, cambiando de tema, le pregunto:

—¿Tienes hambre?

—No he comido nada. Vine sin comer, pero no te molestes por mí.

—No es molestia. Luego hago algo de comer para los dos. Este piso tiene una habitación libre donde puedes dormir. No es muy grande, pero es cómoda. Dime dónde vives e iré a por tu ropa mañana.

—No. De momento, no vayas. Si le preguntan a la dueña, es mejor que les diga que yo no he vuelto ni a por el equipaje.

—Buena idea. Voy a llamar a la agencia ya. Es hora de que sepan que no has llegado.

Marco el número de la agencia y escucho la voz de una mujer:

—Buenas noches, ¿qué desea?

—Buenas noches, soy Alan Barton. Llamo porque una de sus chicas, que debía venir, aún no ha llegado.

—¡Cómo es eso! —exclama la mujer—. No sé qué le habrá pasado, ya que yo le di la dirección correcta.

—Pues le digo que a mi casa no ha llegado. Llevo esperando más de dos horas.

—Lo sentimos, señor. Enseguida le mando a otra chica, no se preocupe.

—¡No, por favor! Esta noche no, ya no me apetece. Es tarde y mañana tengo que levantarme temprano.

—De acuerdo. Esa chica es nueva y puede que se haya arrepentido. Mandaremos a buscarla a su casa. No puede hacer eso con el trabajo.

—Por mí no se preocupe —le aseguro.

—No se puede hacer eso, hay que cumplir con el trabajo —me responde ella de nuevo.

—Estoy de acuerdo. No se preocupe, no estoy enfadado con ustedes; es problema de la mujer. Buenas noches.

—¡Buenas noches, señor!

Cuelgo el teléfono y observo a la joven. Ella me mira y le susurro:

—Todo está arreglado. No hay ningún problema para que te quedes aquí.

Voy a mi habitación, cojo uno de mis pijamas, regreso al salón y se lo entrego. Ella, al verlo, me dice:

—¡Un pijama tuyo! Me estará muy grande.

—Es lo que tengo. Si quieres, mañana te compro uno, además de un peine, un cepillo de dientes... Antes de irme, hazme una lista con todo lo que necesites. Mientras tanto puedes ponerte este pijama. Te espero en la cocina. Voy a preparar algo de comer.

La dejo sola y voy a la cocina para preparar la cena. Es la primera vez que cocino para una mujer. Preparo unos champiñones salteados con ajos y perejil.

La veo entrar en la cocina. El pijama le está muy grande. Le ha dado

varios dobleces a las mangas y también otros tantos al pantalón. Pobre, le viene grande, pero le sienta bien. Le he dado uno de color azul, que le hace juego con la negrura de sus cabellos y realza su belleza. Es muy delicada, y tiene una bella mirada que da paz.

Alison no encaja en mi entorno. Por un momento la visualizo vestida de negro, muy elegante, en un ambiente de lujo, con una copa de champán en la mano, no en mi casa. Su voz me hace regresar al momento presente:

—Están muy buenos los champiñones. Cocinas muy bien.

—Gracias, cocino muy poco. Para mí solo, con poco me basta.

—Pues ahora que estoy aquí, ¡cocino yo! Te haré una lista con todo lo que necesito para cocinar.

—De acuerdo, pero no quiero que trabajes para mí. No quiero que te sientas obligada.

—No me pidas que me quede sentada sin hacer nada hasta que tú regreses.

—Hay libros en el mueble del salón. Puedes leer lo que quieras, si te gusta.

Cuando terminamos, se pone a recoger la mesa y a limpiar los platos. Yo me voy al salón, me siento en mi sillón y enciendo un cigarrillo, como todas las noches antes de irme a dormir. La joven sale de la cocina.

—¿Te molesta si fumo?

—No, por favor, puedes fumar, no me molesta el tabaco. Además, estás en tu casa.

—Gracias, es un vicio que no puedo dejar.

Me mira y me dice:

—Buenas noches. Me voy a la cama, estoy cansada. Hasta mañana.

—Buenas noches —le respondo.

La veo meterse en la habitación y susurro entre dientes, para mí: «Por su culpa he perdido la oportunidad de echar un polvo. Después de mi cita, podría estar disfrutando de un orgasmo. Lo malo es que con ella en casa no podré llamar a una prostituta, y lo peor es que con ella en casa voy a tardar en follar».

Quiero quitarme esos pensamientos, porque si sigo pensando en una mujer, se me va a poner... No puedo permitir eso, pues no quiero masturbarme, no me gusta. Me evado y pienso en la agencia de chicas de compañía. ¿Quién puede ser el que mató a la chica, un cliente o un responsable de la agencia? Tengo que investigar la agencia. Termino el

cigarrillo, me levanto y me voy directo a la cama. Esta noche me dormiré rápido.

Cuando me levanto por la mañana me encuentro un poco cansado, como si no hubiese dormido bien. Voy a la cocina y, como cada día, me hago el café. La chica no tarda en aparecer y me saluda:

—Buenos días. He olido el café.

—Toma una taza. ¿Quieres leche?

—No, lo tomo solo. Con dos cucharaditas de azúcar es suficiente.

La miro, sonriendo, y siento algo en mi interior que no comprendo al tenerla delante de mí. No soy un hombre tierno. Soy un tipo duro sin sentimientos, más bien frío. La miro. Esta joven podría ser mi hija, y quiero protegerla. Siento esa necesidad, y por eso no lo entiendo. Soy duro, implacable con la gente y sobre todo con las mujeres. Esta mezcla de sentimientos me turba.

La joven empieza a hablar muy bajo; es muy educada:

—¿Podría ver el cadáver de mi hermana?

—No lo sé —le respondo—. El cuerpo está en el depósito y nadie lo ha reclamado aún. Hoy podré identificarlo, podré ponerle nombre a tu hermana.

—Gracias —me responde con dulzura—. ¿Puedo decirle a un policía de mi ciudad que venga a por el cadáver de mi hermana?

—Si haces eso, tendrás que irte a darle cristiana sepultura —le digo, pero en mi interior, ¡no quiero que se vaya!—. ¿Dónde vives, Alison?

—En High City. Está a unas horas en tren. De momento, puedo esperar hasta que pasen unos días.

—Es buena idea. Al cuerpo no le pasará nada en el depósito. En estos días de espera intentaré investigar a ese novio de tu hermana.

—De acuerdo. Mientras, pensaré en lo que debo hacer con mi hermana, si llevármela a High City o esperar un poco más.

—Es la hora. Tengo que ir a la comisaría. Debes mantenerte oculta aquí. De momento, no salgas

—No te preocupes, no voy a salir de esta casa. Hasta luego.

Salgo a la calle y cruzo el puente de hierro. La niebla sube del río, implacable, llenando la ciudad de nebulosa, como si fuera humo gris que envuelve los edificios, abrazándolos, y los llena hasta hacerlos desaparecer. Meto mi mano en el bolsillo de mi gabardina para asegurarme de que está ahí la lista que Alison me ha escrito. Esta tarde, cuando salga de la comisaría, compraré todo lo que ella necesita y un pijama para que no lleve el mío con

tantas vueltas. Sonríó cuando recuerdo cómo estaba con mi pijama, aunque su belleza seguía luciéndola igual.

Sigo caminando hasta la comisaría y miro, como cada día, el edificio. Entro en la comisaría, subo a la segunda planta y me dirijo a mi despacho. Mi equipo espera mis órdenes. Hoy han llegado antes que yo.

—Buenos días.

—Buenos días, comisario —me responden ellos.

—Muchachos, llevamos más de dos semanas y no tenemos ninguna pista. He pensado hacer una investigación diferente.

—¿De qué se trata, comisario?

—Como no estamos seguros de si esta chica es de aquí o no, he pensado hacer una cosa que se me ha ocurrido hoy viniendo para la comisaría.

—¿Qué se le ha ocurrido, comisario?

—Jann, vas a tomar unas fotos de la chica, la que está sin pintura. — Saco las fotos del bolsillo de mi gabardina—. Aquí las tienes. Sam, vais a ir los dos a preguntar por esta joven a la agencia de compañía El pájaro oscuro. Preguntad por ella, si la conocen, si tiene novio, marido o chulo. Quiero saberlo todo. A ver si tenemos suerte de que la conozcan. No estoy seguro, pero es una idea.

—Pero, comisario, la chica, tan joven, ¿va a ser una puta?

—No tenemos nada, Jann. Por algún lugar tendremos que empezar. No podemos quedarnos parados, hay que preguntar; habrá alguien que la conozca. No sabemos su nombre, nada de ella, y tenemos que descubrir cómo se llama, quién es.

—¡De acuerdo, comisario, vamos a la agencia!

Veo cómo los agentes se marchan.

El día se me ha hecho eterno. Estaba deseando terminarlo para irme a casa. Cuando salgo de la comisaría, voy a comprar lo que Alison me ha pedido. Entro en una tienda muy grande donde hay todo lo que necesito y le compro un pijama. Elijo uno de color melocotón que le irá bien con el color de su cabello, también un cepillo, pasta de dientes y algo más para su aseo personal.

Una vez que lo tengo todo, cojo las bolsas, salgo a la calle y me dirijo hacia mi casa. Estoy deseando llegar para verla. Me digo para mis adentros que no debo pensar en ella como mujer, pero lo estoy haciendo, y eso no puedo permitírmelo. «¿Qué me está pasando con ella? —Le doy vueltas y me

repito—: No, no —negando una y otra vez—. No, es una niña a mi lado». Tengo que desechar todos estos pensamientos.

Por fin llego a mi casa, abro la puerta y un olor a comida me invade. Ella, al sentir la puerta, viene en mi ayuda.

—¿Qué cargado vienes. Te ayudo con las bolsas.

—Te he comprado lo que me has pedido y algunas cosas más que he decidido por mi cuenta.

Llevo a la cocina la bolsa de comida. Ella se queda con la bolsa donde están sus cosas. Estoy deseando que me diga si le gusta lo que le he comprado, pero aún no ha mirado nada. Yo se lo muestro.

—¿Qué te parece? Te he comprado una bata para estar por casa, un cepillo para el cabello y algunas cosas de higiene. Quería comprarte colonia, aunque eso es muy personal.

—El perfume lo tengo en el bolso. No tenías que haberte molestado. Gracias por todo, me gusta todo lo que me has traído.

—No es molestia, necesitas todo esto para estar en casa. Voy a asearme un poco.

Me voy para el baño y me miro al espejo. «No soy tan viejo», le digo a mi reflejo. Lo mejor será ducharme y olvidar mis pensamientos de una vez. Salgo del baño, miro a mi alrededor y me doy cuenta de que todo está limpio. Me visto y me dirijo al salón. Ella está sentada en el sofá.

—¿Qué has cocinado que huele tan bien? —le pregunto.

—Una sopa. No hay muchas reservas en la cocina.

—A partir de ahora compraré todos los días, no te preocupes.

—Solo compra lo que necesitemos, no demasiado.

Me siento en mi sillón favorito. Sobre la mesa está el paquete de cigarrillos. Lo cojo, saco uno y lo enciendo. Necesito fumar. Ella me pregunta por algo que le extraña:

—No he visto ninguna bebida, ¿por qué?

—No bebo nada, lo tengo prohibido.

—¿Prohibido? Lo siento por recordártelo.

—Si quieres bebida, puedo comprártela.

—No la necesito, gracias. —Ella comprende el motivo por el que en mi casa no hay ni una sola botella de alcohol—. Perdón, lo siento.

—No tienes por qué sentirlo, fue una etapa de mi vida. He sido un alcohólico, pero lo tengo ya asumido. Hace varios años que lo dejé.

Ella no quiere seguir con el tema. Imagino que piensa que fue una

situación dura en mi vida y que no es bueno hacerme recordar.

—¡Cuando quieras, podemos cenar! —Con estas palabras corta lo que supongo que estaba empezando a parecerle una situación comprometida y delicada.

—Pues, si te digo la verdad, tengo hambre. El olor que hay huele que alimenta —le digo sonriendo.

Vamos a la cocina, me sirve un plato de sopa y ella se pone otro. Veo la cocina muy recogida.

—Has trabajado mucho hoy. Está todo muy ordenado y limpio, pero no estás aquí para limpiar. No me gusta que lo hagas. No eres mi criada ni nada por el estilo —le digo al respecto.

—No me siento tu criada. Si voy a estar unos días aquí, es normal que colabore en algo contigo.

—De acuerdo, como tú quieras. Cambiando de tema, Alison, estoy deseando tener una pista fiable para descubrir quién mató a tu hermana. Hoy he mandado a mis hombres a la agencia de compañía con la foto de ella, así que mañana seguro que tengo algo y podremos ponerle nombre a tu hermana.

—Anoche no te pregunté. ¿Sabes si mi hermana ha sido una víctima sexual?

—Sí, creo que estamos ante un asesino con patología sexual.

—¿Crees que asesinará a más mujeres?

—No lo sé, Alison, pero algo me dice que tu hermana ha sido la primera.

—Anoche miré las fotos y observé detenidamente cómo estaba vestida.

—¿Y? —le pregunto. Necesito saber qué piensa al respecto.

—Por la forma en la que estaba vestida, algo me dice que quien la mató tiene un trastorno sexual infantil. Algo hay en su vida que quiere recordar vistiéndola de ese modo.

—¿Tienes alguna idea del perfil psicológico del asesino?

—Me he pasado varios años estudiando psicología. Puedo intentar intuir cómo piensa un asesino, un psicópata... Hay que estudiar su pasado para poder descubrir su presente.

—¡Interesante! Así se puede entrar en la mente del asesino. Buen punto de vista, Alison.

—No solo puedo entrar en la mente de un asesino; también puedo hacerlo con cualquier persona por los rasgos de su rostro. Eso puede dar mucha información de cómo actúa, cómo piensa...

—Me gustaría que me ayudaras a descubrir al asesino de tu hermana. Una cosa importante es encontrar dónde vive su novio. Esta es la pieza clave que nos falta en el puzle para saber lo que ha pasado con ella.

—Sí, seguro. Él tiene que saber dónde fue ella y con quién.

—Cuando detengamos al novio de tu hermana, lo interrogaremos una vez que esté identificada. Después de haber hecho todo eso, podrás llevártela para darle sepultura como se merece.

—Por el momento, no es necesario irme tan deprisa. Lo primero es esperar a que se encuentre al chico.

—Mañana te contaré algo más. Estoy seguro de que vamos a encontrarlo.

—Vale, estoy muy cansada, me voy a la cama. Buenas noches.

—Buenas noches, que duermas bien, Alison.

Lo ha dejado todo recogido en la cocina después de la cena. La veo marcharse. Lo que me ha contado es muy interesante. Enciendo de nuevo otro cigarrillo. El humo llega a mis pulmones y me relajo retrepando mi cabeza mientras pienso en Alison. Es un encanto y sus ojos brillan como estrellas. Es una pena que la muerte de su hermana la haya traído a esta ciudad a prostituirse; un acto de amor. No todas las hermanas suelen hacer algo así. Una vez que termino de fumar mi cigarrillo, me voy a mi cuarto, me tumbo en la cama y me quedo dormido.

A la mañana siguiente me levanto y hago el café. Espero a que Alison se levante, pero la joven no llega. Pienso que se habrá quedado dormida o que no querrá verme. Salgo de casa con una sensación extraña. Llego a la comisaría y mis agentes no están.

—Sam y Jann han ido a detener a una persona, pero no me han dicho su nombre —me dice un novato.

Espero impaciente a que lleguen mis compañeros. Tras unos minutos, veo entrar a Sam, que se acerca a mi mesa, rápido.

—¡Buenos días, comisario! Hemos identificado a la joven del callejón. Se llama Jessica Black, y Jann trae al novio hacia aquí para ser interrogado.

—Estupendo, ¿dónde lo habéis encontrado?

—El chico estaba en su casa. La chica trabajaba en la agencia esa de chicas de compañía, pero no trabajaba de puta.

—¿Cómo dices? —le pregunto extrañado.

—Sí, comisario, ella es solo una joven de compañía. Solo la contrataban por su belleza, para hacer negocio con eso.

—Me he equivocado. Pensé que las que trabajaban en la agencia eran prostitutas.

—Ya llega Jann con el novio de la chica.

Lo veo llegar con un joven que no tendrá los veinticinco años. Su cabello es rubio y largo, lo tiene desaliñado y le tapa las orejas. De mirada altiva, sus ojos, en un tono gris claro, me miran desafiantes. No me gusta ese tipo. Lo sientan ante mí.

—Comisario, este es Matt Greis, el novio de Jessica Black —dice Jann—. El muy cretino no quiere hablar de la joven.

—Pues vas a tener que hablar si no quieres dormir esta noche entre rejas.

—¡No tengo nada que decir, comisario, nada!

—¿Nada? ¿No tienes que decirnos nada? ¿Dónde está tu novia?

—Está trabajando fuera de la ciudad. No viene hasta que no termine su trabajo.

—¿Estás seguro de eso? —le pregunto con rotundidad. Él me mira un poco extrañado—. ¿Dónde está tu chica? Te lo repito por última vez.

—Estará trabajando, ¡lo juro!

—¿Desde cuándo no la ves?

—No lo sé, no lo sé.

—Yo voy a decírtelo. Desde hace tres semanas... Hace casi un mes que no la ves.

—¿Cómo sabe eso, comisario?

Cojo las fotos de la joven y se las tiro al pecho. Las fotos resbalan, cayendo al suelo, pero le da tiempo a coger una en sus manos. Cuando la ve se queda de piedra, y dice con un temblor en su boca:

—¡Muerta, Jessica está muerta!

—¡Tú la has matado!

—¡Yo no la he matado!

—Jessica no era una puta, pero tú la prostituiste. Querías más dinero, ¿no es así?

—Sí, pero el cliente no buscaba una prostituta, solo una chica de compañía para sus negocios.

—¿Quién la contrató? ¿Quién la contrató? ¿Quién, bastardo?

—No lo sé, nunca llegué a verlo. Me pagó por el banco.

—¿Con quién fue, a qué casa, a qué lugar? —Lo cojo de la solapa de la chaqueta y lo zarandeo varias veces—. Empieza a contarme todo lo que

sepas, si no, voy a hacerte tragar tus palabras, ¡escoria! Eres una escoria.

Dejo de zarandearlo. Él se siente abatido, me mira y luego va relatando lo que sabe:

—Era un hombre. Contactó conmigo por teléfono. Me dijo que quería contratar a Jessica para un negocio, que sabía que era una chica de compañía y que la necesitaba, y que no quería otra cosa más que su compañía, no acostarse con ella. Me pagaba muy bien, me ofreció mucho dinero. Cuando me dijo la cantidad, no pude decirle que no. Era nuestro alquiler de un año. Podríamos vivir bien durante un tiempo, sin problemas. Me dijo que la necesitaba varios días.

—¿Por qué no denunciaste su desaparición?

—No lo hice porque hace una semana me mandó otra cantidad de dinero. Pensé que la necesitaría unos días más. Supuse que quizás no había terminado de hacer el negocio. Yo solo esperaba que ella llegara. No pensaba en otra cosa.

—¿No te extrañó que no te llamara, malnacido? —le pregunto con rabia.

—No lo había pensado, no creía que le hubiera pasado nada malo.

—¿Nada malo? ¡Chulo desgraciado! Has dejado a tu novia en manos de un asesino.

—¿Y qué podía hacer yo?, ¿ir en su busca sin saber dónde estaba? Él nunca me dijo dónde vivía. No sé si era de aquí o de otro lugar. Se citaron en la esquina del café París, pero ella debía ir sola. No puedo decir nada más porque no lo sé.

Me quedo pensativo un momento analizando lo que sé hasta ahora, que es bien poco, pues lo que el novio ha declarado es insuficiente para detener al asesino. Siento rabia y pena por Alison. Me dirijo a Sam:

—Llama al depósito para que le pongan su nombre, y con esto puedo llamar a su familia para que venga a reclamar y a identificar el cuerpo de la joven.

—Enseguida, comisario.

—Jann, suelta a este desgraciado antes de que le dé su merecido. ¡Chulo de mierda! Si se te ocurre prostituir a otra mujer para que tú puedas vivir mejor, vas a vértelas conmigo, ¿me oyes? Vamos a estar vigilándote, no lo olvides.

Lo veo alejarse del despacho muerto de miedo. Cuando estamos solos, Jann me dice:

—Sabemos el nombre de la chica, pero estamos lejos aún de su asesino.

—Este caso me tiene el coco rayado. Hoy me iré a casa antes, necesito pensar en todo esto.

—De acuerdo. Hasta mañana, comisario.

Salgo de la comisaría. El día ha sido muy tenso. Quiero estar con Alison y verla. Llego a casa. Ella no me espera tan pronto. Cuando abro la puerta y entro, veo que todo está bien recogido. La joven sigue limpiando; eso no me gusta. La siento en la cocina y voy hacia allí. Al entrar, veo que está preparando un té.

—Hola, Alison, hoy he llegado un poco antes.

—Hola, Alan, ¿te sirvo un té? Me estaba preparando uno para mí, me gusta más que el café —me dice ella.

—Para mí mejor un café, me apetece más. No te preocupes, me lo preparo enseguida.

—¡No! Siéntate, te lo preparo yo.

—Quería contarte que hemos encontrado al novio de tu hermana.

La joven se detiene y me mira como pidiéndome más información, que le cuente todo lo que sé.

—El novio de tu hermana no sabe nada, desgraciadamente.

—Pero él tiene que saber adónde fue mi hermana.

—Él ha declarado que un hombre contactó con él por teléfono y le pagó por el banco. Nada más.

—Pero ¿mi hermana se prostituía?

—No exactamente. Tu hermana, aunque trabajaba en la agencia El pájaro oscuro, era solo una chica de compañía, pero este trabajo fue diferente, fue un extra fuera de la agencia. Creo que el novio la obligó.

—¡Maldita rata! ¿Cómo pudo obligar a mi hermana a prostituirse? No era una joven alocada, era muy responsable.

—No te martirices. El novio creyó que era el mismo trabajo, solo quería el dinero. El amor entra en nuestros cuerpos envenenándonos la sangre y llega a perderse por completo la cabeza.

—No puedo entender a mi hermana con ese enamoramiento tan enfermizo. ¿Por qué no me llamó para que viniera a por ella?, ¿por qué no me pidió ayuda? Yo podría haber venido a por ella, podría haberla ayudado y protegido de su novio, ya que él no supo cuidarla como se merecía.

—Para él, tu hermana era su seguro de vida. Ella era la que ganaba el dinero sin que él tuviera que doblarse las costillas. Estoy seguro de que la

tenía controlada. Ella tendría miedo de él y este no dejaría que lo abandonara.

—Una cosa es el amor y otra mantener a un hombre. No me esperaba eso de mi hermana.

—Algunas veces, el miedo impide ver la realidad. El camino se ofusca, se oscurece y no se ve la salida por ningún lado.

—¡No quiero hablar más de mi hermana! Me siento muy dolida... y triste.

La veo pensativa. Está afligida y rabiosa. Bebe el té sin mirarme. Quiero decirle que deje de darle vueltas, que no se machaque la cabeza. Me quedo mirándola un buen rato. Después de tomar el café, le digo sin más:

—Voy al baño.

Ella no me dice nada y yo me alejo de la cocina. La dejo sola para que se encuentre con sus sentimientos. Entro en el baño y me ducho; necesito despejarme. Pongo el agua muy caliente mientras pienso: «¿Qué me ocurre? ¿Por qué no puedo sacarla de mi mente? ¿Es que acaso me estoy enamorando de ella y por eso me siento tan turbado? No puede ser eso, no quiero que esto suceda. No soy un hombre bueno para ella. Además, puede que tenga novio o marido».

El agua cae sobre mi piel, resbalando por todo mi cuerpo hasta irse por el desagüe. Me siento relajado, muy relajado. Cuando termino, me doy cuenta de que no tengo la toalla cerca. Salgo de la ducha, abro el armario, saco una toalla, me seco el cuerpo y me miro al espejo. El hombre que se refleja en él me da ánimos, y me dice: «Ella puede enamorarse de ti, no tiene por qué ser tan difícil. La edad no es un obstáculo». Y yo le contesto: «Te estás equivocando. Ella es muy joven para enamorarse de mí. Soy un viejo a su lado. Ella querrá a un hombre más joven».

Me alejo. No quiero hablar más con ese hombre que no parece razonar porque lo que piensa es una locura. Me dirijo a mi habitación, tomo una camisa blanca y me la pongo. Elijo un pantalón limpio y dejo en el cesto la ropa sucia para lavarla. Después voy al salón, me siento en mi sillón, enciendo un cigarrillo, doy una profunda calada, inspiro el humo y este entra en mis pulmones. Veo que la joven que se acerca a mí muy seria y me dice:

—Si quieres comer, la cena está lista.

—Gracias, ahora voy. Espera a que termine mi cigarrillo.

Ella se da media vuelta y se marcha a la cocina. Yo sigo pensando, y dentro de mí se cruzan sentimientos encontrados. Cuando la miro, es tan dulce..., pero no voy a pensar en que me puedo enamorar de ella. Eso no

puede ser.

Apago la colilla en el cenicero y entro en la cocina. Ella ya tiene los platos en la mesa. Parecemos un matrimonio, pero yo sé que en un momento u otro se irá de mi lado. Lo que pienso es una locura. «Sí, una locura», me repito. Ella no puede enamorarse de mí. Yo no soy hombre para ella porque soy viejo, estoy amargado y no tengo futuro. Otra vez me invaden esos pensamientos destructivos y negativos. No debo pensar en ellos, pero mi mente no deja de crearlos. Necesito saber más, así que sin dudarlo le pregunto:

—Alison, ¿tienes marido?

—¿A qué viene esa pregunta? —me dice extrañada.

—No te he preguntado por tu vida hasta ahora.

—Tú tampoco me has contado la tuya —me responde, dejándome sorprendido.

—¡Tienes razón! No hemos hablado de nosotros. Yo vengo de otra ciudad. Allí era un policía que trabajaba en la calle.

—¿Estás casado? —me pregunta, mirándome a los ojos.

—Sí, estuve casado más de cinco años.

—¿Qué pasó?

Suspiro un segundo antes de contestarle. Hablar de aquella parcela de mi vida me duele; la quiero olvidar a toda costa. Al final, le digo sin mucho entusiasmo:

—Ella se marchó de mi lado. No quería estar más conmigo.

—¿Te divorciaste de ella o...?

—No fue necesario. Ella se marchó sin hablar de divorcio. Me dejó una carta.

—¿De esa manera tan fría te dejó?

—No dudé de su amor. Pensaba que no teníamos conflictos, y no creía que entre nosotros hubiera problemas. Me dejó solo. Algunos meses después murió a manos de su amante, por el que me dejó.

—¿Qué fue de ti? ¿Qué hiciste después de su muerte?

—Lo único que hice durante varios años fue destrozar mi vida, hundirme en una profunda depresión y frustración. Fui un necio, estaba muy dolido, no vi nada bueno en mi vida, me sentí culpable de su muerte y también de que ella se hubiese ido. Fui incapaz de sobreponerme, de ser fuerte. Mi debilidad entró en un círculo vicioso.

Contándole mi vida, siento que mi corazón se parte en pedacitos y cada

uno tiene un sufrimiento. Sigo relatándole trazos de una vida rota:

—Yo estaba hecho una piltrafa. Dentro de mí me sentía una víctima. No hay palabras para describirte cómo me siento en este momento.

—Perdóname por hacerte recordar tu dolor.

—No importa, Alison. Quizás lo mejor es contar lo sucedido. El odio nubló mi mente y anidó en mi corazón. Fui incapaz de perdonar. Tenía rabia contenida y me escondí tras el alcohol, mucho alcohol, y drogas. Puedes imaginarte el deterioro que tenía mi vida y dónde me llevó todo mi odio.

—¿Dónde? —pregunta con su voz dulce, aunque ya se lo imagina.

—A un centro de rehabilitación de alcohólicos anónimos.

—Lo siento. No hables más, por favor.

—No te preocupes, eso no se olvida. Ahora me toca a mí preguntarte.

—Mi vida no tiene importancia.

—¿Dónde trabajas?

—Soy psicóloga en un centro especial de personas con problemas.

—¿Familia?

—Eres muy seco en la forma de preguntarme.

—Perdóname, soy muy rudo.

—No importa, Alan. Solo tenía a mi hermana. Mi madre murió muy joven, cuando aún éramos unas niñas, y no me acuerdo mucho de ella. Mi padre murió hace seis años de una enfermedad. Esa es toda mi vida.

—No es toda tu vida. ¿Tienes novio, amigo, pareja...?

—Nada, solo una aventura. Cuando cumplí dieciocho años tuve una pareja y estuvimos dos años de relación, pero terminó. Mi expareja ahora está felizmente casada y con tres niños.

—Vaya vida que tienes. La has resumido en cuestión de un minuto.

—Sí, mi vida no tiene nada de especial.

Se hace un silencio. Luego recogemos los platos y vamos para el salón; yo para fumar mi cigarrillo, como cada noche después de comer, y ella para sentarse en el sofá. Entonces suena el teléfono. Voy hacia él y lo descuelgo. Cuando escucho a la persona, me quedo sorprendido. Es de la agencia de chicas de compañía.

—Buenas noches, señor Barton.

—Buenas noches —le respondo intrigado.

—Estábamos preocupados por usted y le hemos mandado a una mujer. Estará a punto de llegar.

—No es necesario, ya llamaré cuando la necesite. Es que he estado muy

ocupado.

—Nosotros no podemos faltar a nuestro compromiso. Es usted un buen cliente y nos encontramos en deuda con usted. Como sabe, lo que hizo aquella chica no nos gustó. Compréndalo.

—Pero yo no estoy enfadado.

—Por favor, acepte aunque no haya pedido una. Hacemos esto para que usted se sienta contento con nuestro servicio. Nos sentimos en deuda con usted. Disfrute, es un regalo de la agencia.

—Muchas gracias, pero ya le digo que no estoy molesto.

—La hemos buscado de nuevo, pero no saben nada donde vive, ha desaparecido. Buenas noches, no le molesto más.

—Buenas noches, y no es molestia ninguna.

Cuelgo el teléfono y me dirijo a Alison:

—La agencia me ha mandado a una mujer sin yo pedírsela, ¿qué hago?

—Pues acostarte con ella. No puedes hacerle el desprecio a la agencia y que ellos desconfíen de ti.

—Tienes razón. Por favor, Alison, métete en tu cuarto, que ella no te vea. No me encuentro cómodo con esta situación.

—Cuando la tengas debajo de ti se te pasará la incomodidad del todo.

—Estas palabras me dejan aún más perplejo. Ella prosigue—: Además, tú llevas mucho tiempo haciendo esto. No puedes cambiar ahora así de repente.

—Cierto, pido prostitutas muy a menudo. ¿Sabes por qué lo hago?

—Supongo que lo haces por lo que todos los hombres.

—No sé si por lo que todos los hombres. Yo la pido porque no quiero tener a otra esposa que me espere cada noche cuando yo llegue tarde, una y otra vez. No quiero volver a vivir esa etapa de mi vida y hacerla sufrir.

—No tienes que darme explicaciones de lo que haces con tu vida, pero escucha bien lo que te digo: no tiene por qué ser así con otra mujer.

—No quiero arriesgarme de nuevo ni hacer sufrir a nadie.

Entonces, el timbre de la puerta suena, interrumpiendo nuestra conversación.

—¡Deprisa, Alison, escóndete en tu habitación! Que no te vea, porque si te ve, puede que no se sienta cómoda.

Alison se va para su cuarto y abro la puerta del piso. Hay una mujer rubia, impresionante, aunque intuyo que puede ser una peluca. Tiene unos ojos negros preciosos y su cuerpo está metido en carnes, con curvas bien formadas.

—Hola, me llamo Helen. ¿Me esperabas, cielo? —me dice con voz aguda.

—Hola. Por supuesto, vamos mejor al dormitorio —le digo.

—Cariño, nada de preámbulos. Vas directo al grano.

—Creo que no hay que perder el tiempo.

La tomo del brazo y la hago pasar a mi habitación. Se acerca a mí, pone su mano sobre mi miembro, se hinca de rodillas y abre mi cremallera. Saca mi pene con sus suaves manos.

—¡No está nada mal! Aún no está en su punto, pero esto promete. Uuuh..., creo que sí.

Me pasa la lengua por el glande. Es la primera vez que una puta me trata así. Eso me hace pensar que esta mujer no es una prostituta como las demás; no como las que yo conozco de la agencia, al menos. Creo que esta viene solo por vicio, no por dinero.

Sigue con mi pene en su boca, esperando mi erección. Luego se pone de pie y se desnuda. Su cuerpo es precioso: su piel blanca, sus caderas fuertes, impresionantes. Por un momento, viene la imagen de Alison a mi mente. Algo me está pasando. ¿Por qué tengo que recordarla ahora, cuando solo quiero estar dentro de esta mujer?

Ya me he quitado el pantalón y mi pene está totalmente erecto. La miro de reojo. Tiene los pechos muy bonitos. Siento la necesidad de acariciarlos. Me acerco a ella, decidido a tocárselos. Se los acaricio con mis manos resbalando por su torso y, sin pensar, me los meto en la boca. Ella suspira y me acaricia el cuello con sus finas manos. Siento un calor que me recorre el cuerpo. Entre suspiros, me susurra con su bonita voz:

—Me gusta que me los toques, que los muerdas. Quiero más.

Me invita a que siga tocando todo su cuerpo. Lamo sus pechos, muevo sus pezones con mi lengua, se los succiono. Estoy alucinando con estos pechos de piel sedosa que tiene Helen..., pero sigo pensando en Alison. Me gustaría que fuera ella la que estuviera en este lugar, sin embargo, no es imposible. No puedo concentrarme, y necesito echar un polvo con esta puta.

—Ahora te daré todo el placer que necesitas, mucho placer. No vas a olvidarte de este momento —me dice en un tono suave.

Se tiende en la cama. Yo estoy que no puedo aguantar. Tengo muchas ganas de seguir acariciándola más y más. Me pierdo en su cuerpo. A ella le encanta y me repite entre jadeos:

—Sí, me gustas. Así, que mi cuerpo sea todo tuyo. Me gustas, eres

genial.

Lo que me dice hace que aumenten mis deseos de penetrarla, de hacerla mía. Mi miembro ya tiene una erección brutal. La penetro sin demora y siento una inmensa emoción. Pronto aumenta sus jadeos, y eso me enciende más y más. Sigo penetrándola hasta el fondo, dentro, fuera, una y otra vez. Ella jadea cada vez más fuerte. «Seguro que Alison lo está escuchando», pienso. Es muy escandalosa, y me da vergüenza, pero no puedo aguantar más mi orgasmo. El placer que me envuelve es una cascada inmensa de sensaciones. Unos gruñidos roncros salen de mi garganta sin poder evitarlo.

Una vez que terminamos, ella me susurra agradecida:

—Ha sido genial. Tienes una polla enorme y sabrosa y me has hecho sentirme muy bien. Pocos hombres han conseguido darme el placer que tú me has dado.

Es la primera vez que he sentido tanto placer con una puta. Esta sensación de gusto y emoción envuelve mi cuerpo.

—Eres muy guapa y apetecible. No ha sido difícil sentir placer contigo —le susurro mientras mi mano recorre su torso.

Entonces, me hace una proposición:

—Cuando quieras, vengo en privado. No tienes que llamar a la agencia para que yo venga.

—No puedo hacer eso. Tengo un compromiso con la agencia. Lo siento, aunque ganas no me faltan —le digo.

Pero en el fondo ya no es lo mismo, ya que con Alison en casa no voy a poder traer a más putas.

—Pues eres tonto. Yo estoy dispuesta a venir.

La observo mientras se viste; es muy elegante. Se vuelve y me habla:

—Como quieras. Yo estoy dispuesta. Me has gustado mucho. Eres increíble, un buen semental.

Me acaricia la barbilla en un gesto cariñoso.

—Espera, voy a darte dinero —le digo.

—¡No, cariño! Me han dicho que no te cobre ni un céntimo. Ya estoy pagada. Me has hecho sentirme muy bien. Gracias por follarme de esta manera tan especial, ha sido genial.

Me deja perplejo. Esta mujer no necesita dinero; sin duda está en el ajo por algún motivo. La acompaño a la puerta y ella se marcha satisfecha. Cuando vuelvo, me encuentro con Alison.

—No veas cómo la has puesto. Ha subido a las nubes y más arriba. Le

has dado fuerte, pues no dejaba de chillar —me dice.

—Alison, siento el escándalo. Ella es de esas mujeres que gritan mucho. No creas que soy un superdotado ni nada parecido.

—Ella se lo ha pasado genial contigo, sin duda.

—No es nada más que una puta. Vive de esto —le digo sin darle importancia.

—Lo sé, pero algunas veces es vicio, no necesidad económica.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué has notado? ¿Acaso la has visto cuando salía?

—Sí, un poco, de refilón.

—Alison, perdona, me voy a la cama. Buenas noches.

La corto en seco. No quiero seguir hablando de mis intimidades. Me siento un poco avergonzado de lo escandalosa que ha sido la mujer y de que Alison la haya oído gritar. No me ha gustado que haya salido a hablar conmigo del tema.

—Buenas noches —me responde ella.

Entro en mi habitación y me siento en la cama mientras suspiro. Cojo un cigarrillo, lo enciendo y me retrepo sobre los almohadones. No me gusta fumar en la cama, pero si me quedo en el salón, seguro que tendré que seguir hablando con Alison, y no me apetece hacerlo en este preciso momento.

Mientras la nicotina entra en mis pulmones, quiero seguir recordando mi orgasmo. Me gusta saborearlo fumando, recordar su cuerpo, su perfume, todo su ser... Una vez que estoy relajado, me acuesto y me quedo dormido plácidamente.

Me despierto muy a gusto; ha sido una noche serena. Me levanto y voy a la cocina, hago el café y espero a que salga Alison para tomarlo juntos, pero no se presenta. Llega la hora de irme a mi trabajo y no la veo. «¿Por qué no se ha levantado?», me pregunto.

Pensando en ella salgo a la calle y me dirijo directamente a la comisaría. Me siento en mi mesa. Frente a mí hay dos mesas más, en las cuales están mis dos compañeros, y una ventana a mi espalda que da a la calle.

Pasa el día y no sucede nada nuevo que investigar. En la pared hay un plano de la ciudad. Nunca le he echado cuenta ni lo he observado detenidamente, pero ahora pienso en él. Ha llegado la hora de irme y el día ha pasado sin ningún sobresalto.

Llego a casa. Dentro huele a comida cocinada. Entro a la cocina y veo a

Alison preparando un café.

—¡Hola, Alison! ¿Cómo has pasado el día? —la saludo.

—¡Hola, Alan! Bien, gracias.

Me pone el café. La veo con la intención de querer hablar conmigo y le facilito el diálogo:

—Te veo pensativa, ¿te pasa algo?

—Llevo todo el día pensando, dándole vueltas. Tengo que ir a mi ciudad.

—Lo comprendo, tienes que enterrar a tu hermana. Aquí aún no hemos descubierto nada.

—Es muy difícil, es un asesino cuidadoso. Llevo todo el día analizando las fotos y he observado que hay odio en su acto. Ha tenido que haber un conflicto muy fuerte en su vida; sin duda será un trauma de su infancia. Tiene la escena grabada en su mente y ahora la quiere recrear vistiéndola así a mi hermana. Está como recordando un hecho.

—¿Todo eso lo sacas por las fotos de tu hermana y por cómo está vestida?

—Sí, veo su vida a través de sus actos. Se ha tomado mucho trabajo para que mi hermana sea su reflejo. Lo hace por placer.

—Quiero preguntarte una cosa, pues me interesa mucho cómo lo analizas.

—Dime, pregunta lo que quieras.

—Donde apareció tu hermana, las calles son estrechas, no se puede llegar en coche. El lugar está en la ciudad vieja y solo se puede ir andando.

—Si en ese lugar donde mi hermana ha aparecido no se puede llegar en vehículo, tiene que haber una casa que el asesino utilice o en la que viva en esa parte de la ciudad.

—No, Alison, no se atrevería a dejar el cuerpo cerca de su casa. Un asesino sabe que lo primero que investigamos es el entorno donde aparece el cuerpo. De hecho, lo primero que hemos investigado es a la gente que vive allí. Todos los vecinos son matrimonios y personas mayores; no puede ser uno de ellos el asesino. Además, para cargar con un cuerpo, tiene que ser joven y fuerte.

—Alan, puede que tengas razón, que no sea probable que se deshaga del cuerpo si vive por los alrededores, pero yo pienso que puede vivir más lejos, solo que con fácil acceso para llegar a esas calles.

—Es una probabilidad que sea como dices. —Me tomo el café y le digo

—: Voy a asearme antes de cenar.

Me voy al cuarto de baño y me ducho. Mientras el agua cae sobre mi piel, pienso en la conversación que he tenido con Alison. Es una chica muy despierta. Tengo la impresión de que conoce los perfiles de los asesinos. Habla de manera muy segura. Cada vez se mete más en mi corazón, pero no quiero enamorarme, no puede ser.

Después de la ducha me afeito y luego me echo mi loción hidratante sobre la piel. Abro el armario, me pongo una camisa color granate y un pantalón negro. Cada prenda que me pongo es con la intención de estar guapo para ella. «Alan, no debes pensar así de ella, no te hagas ilusiones con Alison», me repito. Tengo que desechar ese deseo que va en aumento.

Me miro al espejo. El pelo lo tengo bastante corto y húmedo. No me hace falta peinarme, pero lo hago, y me queda mejor así. Luego voy al salón, donde está Alison, que mira de arriba a abajo y me susurra:

—No es justo que te pongas tan guapo y yo aquí en bata de casa.

—Puedo comprarte mañana un vestido si lo deseas. Por mí no hay problema.

—¡No, por favor! Tengo el traje reservado para cuando me vaya, no me compres nada. Cuando quieras, podemos cenar.

—Tengo hambre, ¿qué has hecho de comer hoy?

—Carne en salsa. Espero que te guste.

—Cocinas muy bien. Seguro que va a gustarme.

La agasajo, pero en realidad cocina muy bien para ser tan joven.

—He tenido que aprender por fuerza, pues no me gusta comer fuera de casa —me confiesa.

—Yo sé muy poco, algo a la plancha y poco más.

Se hace un silencio profundo entre los dos. Después de la cena y de recoger los platos, me dice:

—Me voy a la cama, es tarde. Buenas noches.

—Vale, Alison. Yo voy a fumarme un cigarrillo antes de irme a la cama —le digo, pero me hubiese gustado que se quedara conmigo un poco más esta noche.

Después de fumarme el pitillo, media hora más tarde, estoy en la cama. Me encuentro cansado y me duermo enseguida.

No sé dónde estoy cuando suena el teléfono. Estaba teniendo un sueño íntimo rebotante de placer y la llamada me lo ha estropeado. Salgo de la habitación casi sonámbulo, llego al teléfono y lo descuelgo:

—¿Quién es? —pregunto.

—Comisario, buenas noches, soy Jann. Tenemos otro cadáver en la calle Bella Jaz 24, en la ciudad vieja.

—Voy enseguida.

Cuelgo el teléfono y, al darme la vuelta, veo a Alison de pie detrás de mí.

—¿Ha vuelto a matar? —me pregunta.

—Sí, Alison, no puedo entretenerme, tengo prisa. Me voy enseguida.

Me visto deprisa y salgo todo lo rápido que puedo. Entro en esas malditas calles en semipenumbra. La niebla tenebrosa me acompaña como si fuera mi propia sombra, envolviéndome en sus brazos, fría y húmeda como la muerte. Camino deprisa. Me subo el cuello de la gabardina y solo escucho el ruido que hacen mis propios pasos en el suelo negro.

Pronto escucho murmullos. Son ellos, mis compañeros, que me están esperando. Me miran cuando estoy a punto de llegar. Me hago una pregunta a mí mismo: «¿Qué me encontraré al llegar?». Estoy ansioso por ver de quién se trata esta vez. Intuyo rápido que es lo mismo que la última vez. Me paro delante del grupo de agentes y ellos me saludan:

—Buenas noches, comisario.

—Buenas noches, ¿de quién se trata esta vez?

—Otra mujer asesinada de la misma manera —me comenta Sam preocupado—. Mire a la joven. Está sentada como Jessica Black y con la misma ropa.

La chica tiene el pelo castaño y los ojos de igual color. Me fijo en el abrecartas del cuello. Este es distinto, tiene un labrado en su empuñadura. Alrededor del cuello tiene la misma venda negra. Quiero ver si también tiene las mismas marcas que la hermana de Alison, así que le levanto un poco la venda por detrás y compruebo que, efectivamente, las señales de la cuerda con la que ha estado atada son las mismas. No puedo apartar la vista de su rostro, con esos labios negros y los círculos en sus ojos. Maldito perturbado, ¿qué tendrá en contra de las mujeres? Me inclino y pregunto a mis compañeros:

—¿Habéis encontrado algo que nos ayude?

—Señor, estamos como en el otro caso. No hay nada, ni una huella. El forense es el único que puede descubrir algo en su cuerpo que nosotros no podemos ver cuando le haga la autopsia.

—¿Habéis llamado al forense?

—Sí, está al llegar. Y también hemos llamado al juez. Debe levantar el cadáver.

No puedo soportar esto; me siento impotente. No tengo por dónde empezar ni una pista fiable que investigar. Si tuviera una pequeña pista que me llevase a la detención de este bastardo hijo de mala madre... Esto es una pesadilla que me está devorando. Me paso las horas pensando y como si nada.

—Encontraremos a ese hijo de puta. Cometerá un error y nosotros estaremos al acecho para encerrarlo —me asegura Sam.

—Mañana, cuando tengamos las fotos con la cara limpia, irás a la agencia, por si esta joven es una chica de compañía como la otra —le ordeno.

—Comisario, ¿cree que puede trabajar también de prostituta?

—No lo sé. Recuerda, la otra no era una puta. Aun así, tenemos que investigar hasta descubrir quién es esta chica.

—Espero que sea esta la última mujer que asesine ese maldito.

Entonces, llega el forense. Es un hombre de unos treinta y tantos años, muy joven. Ha sustituido al anterior, que se ha jubilado. Se llama Kenneth Owen, y es alto, con el cabello en un tono pardo muy extraño y los ojos de color castaño claro. Cuando llega, saluda sin mucho entusiasmo, mira a la joven y dice:

—Este es un trabajo de laboratorio. Aquí poco se puede hacer.

—Señor Owen, ¿qué puede decirme?

—Pues lo mismo que con la otra. La daga se la ha clavado *post mortem*. La causa de la muerte, estrangulamiento. Llevadla al depósito cuando el juez levante el cadáver. Yo os espero allí.

Kenneth se marcha y solo se quedan sus ayudantes.

—Yo también me voy. Después nos vemos en la comisaría. Tenemos que hacer un plan de investigación conjunta. No debemos permitir que este psicópata mate a más mujeres —le digo a mis compañeros.

—De acuerdo, comisario, allí nos vemos.

Dejo atrás el lugar del crimen. El olor a muerte se mezcla con mi gran impotencia. Pienso de nuevo en la joven: «¿Qué será de su familia?, de su padre, de su madre...».

Pensando en todo eso, recuerdo el primer crimen: la hermana de Alison. El asesino no parará de matar hasta que lo atrapemos. Las elige siempre jóvenes y bellas. ¿Qué le motiva a hacer lo que hace?

Poco después llego a mi casa, abro la puerta y un olor a café invade mis

sentidos. Alison está en la cocina y sale a recibirme, ansiosa por saber, y me pregunta por el crimen:

—¿Qué ha sucedido?

—Otra mujer joven y bella. La han asesinado. La han matado igual que a tu hermana.

—¿De igual manera?

—Desgraciadamente, sí. Al igual que tu hermana, llevaba la misma ropa, la cinta negra en el cuello, el abrecartas clavado en la laringe y el maquillaje del mismo color.

—Maldito sea, está evolucionando. Si no me equivoco, el asesino es un psicópata, está obsesionado por matar. Cada vez necesita matar más a menudo. Lo más probable es que a partir de ahora haya más muertes.

—¿Estás segura de lo que dices? —Alison me deja frío con sus afirmaciones.

—Hay muchas probabilidades de que así sea. Me pregunto dónde ha estado antes, que no ha despertado sus ansias de matar.

—Yo pienso que ha vuelto al lugar donde empezó su trauma. ¿Crees que estoy en lo cierto? —le pregunto a Alison, pensando que ella va a confirmármelo.

—Sí, lo creo. El lugar donde se encuentra le recuerda a su pasado; estoy casi segura. Ha vuelto a revivir su odio, o su deseo, y por eso las asesina. La ropa con la que ha vestido a sus dos víctimas es la clave de todo, el origen. Lo revive, no hay duda, esa es su patología.

—Si no lo descubro pronto, el depósito va a llenarse de cadáveres.

—Eso no lo dudes, puede pasar. Lo que no comprendo es una cosa.

—¿Qué piensas? ¿Hay algo más es su comportamiento que te muestre el asesino?

—Creo que sí. Estos asesinos suelen retar al comisario que lleva el caso. Le mandan notas, le hacen que intuya quién es su próxima víctima.

Alison me deja con la boca abierta. Es genial ese razonamiento. Su voz me devuelve al momento presente:

—Ven a la cocina, tengo el café hecho y he tostado pan.

—Sí, gracias, necesito un buen café. Hoy me espera un día de pensar y mirar todo lo que tenemos hecho hasta ahora, que no es mucho.

Me siento. Alison me pone una taza de café y luego el pan tostado. Ella se sirve otra taza. Me siento a gusto con ella. La chica tiene una visión amplia; puede meterse en la mente de un asesino.

Mientras me tomo el café, le doy vueltas a la idea de que ella ya está pensando en irse. Eso lo comprendo. No tardará en regresar a su ciudad para enterrar a su hermana.

Ninguno de los dos hablamos más del tema del asesino. Luego, cuando llega la hora, me marcho para la comisaría. Antes de irme, me despido de ella:

—Adiós, Alison, te dejo. Hasta la tarde.

—Que pases un buen día —me dice con su dulce voz.

Salgo a la calle y me pongo en camino directo a la comisaría. Allí encuentro a Jann, uno de mis muchachos. Me entrega las fotos de la joven y las miro detenidamente. Era muy bonita, y tan joven... No tendría más de veinte años.

Miro de nuevo el cuadro de la ciudad, y algo me dice que lo estudie. Le pregunto a Jann por Sam, ya que me extraña mucho no verlo:

—Jann, ¿dónde está Sam?

—Ha ido solo a la agencia a preguntar si conocían a la joven de la foto.

Se me ha olvidado que lo he mandado a la agencia. Miro de nuevo el plano.

—Jann, ¿dónde se puede encontrar el plano de los alcantarillados de la ciudad vieja? —le pregunto.

—Supongo que lo tendrá el ayuntamiento o los bomberos.

—Nosotros también debemos tener un plano en la comisaría con todos los alcantarillados de la ciudad. Supongo que debe estar en los archivos.

—Sí, comisario, seguro que sí. Debe haber un plano en el archivo, pero yo no lo sé. Le acompaño.

—No, Jann, quédate y espera a que venga Sam.

Bajo al sótano. Es la primera vez que entro en este lugar. Hay un control con un guardia.

—Buenos días, agente —lo saludo.

En ese momento, el hombre se gira al escucharme. Es un hombre mayor y tiene pinta de un policía que está a punto de jubilarse. Debe conocerme, porque se dirige a mí por mi nombre:

—Buenos días, señor Barton, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días. Necesito los planos de los alcantarillados, los de la parte vieja de la ciudad, por favor.

—Antes tiene que rellenar y firmar este formulario.

Contrariado por tener que rellenar el dichoso formulario, tomo el papel

y lo hago.

—Aquí lo tiene, relleno y firmado por mí.

—Muy bien. Cuando los tenga listos, se los subo a su despacho.

—De acuerdo, pero no tarde mucho en buscármelos, los necesito lo antes posible.

—Descuide, comisario, se los subo lo más pronto posible.

Una vez que termino en el sótano, subo al despacho. Sam ya ha llegado. Cuando me ve, me saluda:

—Hola, buenos días, comisario. He ido a la agencia, pero esta chica no trabaja allí; ni la conocen ni la han visto nunca.

—Si no trabaja allí, ¿dónde la habrá encontrado el asesino? No busca solo a las chicas de la agencia; busca a otras que nada tienen que ver con la misma. No se rige por un mismo patrón. Yo pensaba que solo mataba a prostitutas.

—Matará a quien se le cruce en su camino. Parece que no tiene preferencias —afirma Sam.

—Eso mismo estaba pensando, que no tiene una preferencia definida.

Desgraciadamente, estamos en la misma situación que con la segunda: ni una sola prueba para seguir investigando. Eso me pone furioso.

Dos días después, estando en el despacho, llega un asistente con un mensaje:

—Comisario, hay un hombre que ha venido a denunciar la desaparición de una joven. Quiere hablar con un responsable.

—Hazle pasar. Yo me encargo de atenderle.

—Bien, comisario, le hago subir.

Guardo las fotos en un cajón y espero a que el hombre llegue. Lo veo entrar. Rondará los sesenta años, con el pelo parcialmente blanco y una expresión triste en su rostro. Se sienta delante de mi mesa y se presenta:

—Me llamo Thomas Sullivan. He venido a denunciar la desaparición de mi hija, Brenda Sullivan.

—Bien, y ¿qué le hace sospechar que ha desaparecido? ¿Cuánto tiempo hace que no sabe nada de ella?

—La última vez que hablé con ella fue hace unos días.

—No son muchos días sin noticias tuyas para que usted denuncie su desaparición. ¿Su hija tiene novio?

—Mi hija no tiene novio, comisario. Ella vino a esta ciudad a trabajar. Hace unos días me llamó por teléfono y me dijo que había encontrado trabajo

en una casa muy grande. Según me dijo, le habían pagado por adelantado. Me mandó el dinero antes de entrar.

—¿No le dio la dirección de donde iba a trabajar?

—No, señor, ella no sabía dónde estaba la casa. Me dijo que me llamaría por teléfono lo antes posible, pero aún estoy esperando a que se ponga en contacto conmigo. Estoy muy preocupado. Mi hija no tarda tanto en llamarme. Eso no es normal en Brenda.

—Puede que no tenga un teléfono a mano.

—No, comisario, no es su estilo. ¿Sabe por qué se lo digo? Es por mi esposa; está enferma. Brenda siempre se preocupa por su salud y no tarda tanto en preguntar por su madre. De eso hace más de una semana. Por favor, comisario, no me dé largas. Presiento que a mi hija le ha pasado algo, si no, no hubiese venido desde tan lejos a esta ciudad a buscarla.

—¿Tiene una foto de ella?

—Sí.

Veo cómo el hombre saca una foto y extiende su mano temblorosa, mostrándomela. Cuando tengo la foto en mis manos, el mundo se me cae encima. El hombre se da cuenta de que he cambiado la expresión de mi cara. Sin pausa y preocupado, me pregunta:

—Comisario, ¿qué pasa, por qué ha puesto esa cara?, ¿la conoce?

No sé cómo voy a decirle que su hija está muerta, pero no puedo demorar más la noticia, no puedo ni debo ocultárselo por más tiempo. Tomo aliento y le hablo:

—Siento decirle que hemos encontrado a su hija.

El hombre alza la voz y mis compañeros se acercan. Intuyen algo desagradable.

—¿Dónde, comisario?! Dígame dónde. ¿Mi hija está bien?

—La encontramos hace dos días de madrugada. Siento comunicarle que su hija está muerta.

—¡No es verdad, comisario, no es cierto!

El dolor nubla la razón del hombre. Grita y llora de impotencia. Y su dolor es doble; también se lamenta por su esposa:

—No, no, no... ¡Qué será de mi esposa! ¡Dios mío! No, no, no puede ser, no es posible.

Jann llega en ese momento y le echa el brazo por el hombro al pobre hombre.

—Lo siento, señor. Cogemos a quien lo hizo. Venga conmigo. Lo

llevaré donde está su hija. Tiene que identificar el cadáver y firmar para que pueda llevársela a su pueblo.

Me quedo callado y aliviado por la ayuda de Jann. Veo cómo el hombre se va destrozado, abatido, casi sin fuerzas, abrazado por el brazo de Jann, que lo sujeta para que no se caiga. Necesito irme, salir de mi despacho, tomar el aire fresco y pensar con más claridad. Me siento mal con lo que ha pasado. No me acostumbro al dolor de las personas que pierden a un ser querido, y más a un padre cuando pierde a una hija, como en este caso.

—Sam, me voy ya. Hoy no voy a venir más. Necesito hacer una gestión —le comento.

—De acuerdo, señor.

—Antes de irme, quiero decirte que he pedido los planos de la ciudad. Si el hombre del archivo los trae, guárdamelos.

—Bien, comisario. Yo se los guardo, no se preocupe.

—Mañana los estudiaremos. A ver hasta dónde llegan los alcantarillados de la vieja ciudad.

Salgo de la comisaría y paseo por las calles; necesito pensar. La vida me pone a prueba. Las muertes de las dos jóvenes me hacen sentir rabia por dentro.

Esa noche apenas hablo con Alison. No le cuento lo de la segunda víctima. Ya lo haré en otro momento; estoy preocupado. Cenamos en silencio. Ella se da cuenta de que me siento disgustado. Comprende que es mejor callar; eso lo entiende bien.

Es increíble, pero Alison me gusta cada vez más. Su serenidad me atrae demasiado y está llenando mi corazón vacío. Sabe muy bien cuándo callar, según las muecas de mi rostro.

Me siento en mi sillón, como siempre. Voy a fumarme un cigarrillo antes de dormir.

—Buenas noches, Alan, que descanses.

—Buenas noches, Alison. Hasta mañana.

Veo cómo se va para su cuarto. Poco después me levanto, entro en el mío y me siento en la cama, suspirando. Luego, me meto en ella y me quedo mirando la oscuridad de mi habitación.

No sé cuánto tiempo he estado despierto, pero unas manos acarician mi pecho. La suave caricia me despierta. Apenas puedo verla bien porque estoy con la vigilia del sueño y no puedo abrir los ojos. Sus labios besan los míos con tanta suavidad que me estremezco. «¿Por qué está Alison aquí en mi

cama queriendo hacer el amor conmigo?», me pregunto.

Está desnuda. Puedo tocar sus pequeños pechos; son preciosos. Puedo verlos porque hay una luz muy especial. Está sentada al lado de mi cama. Luego, se pone de pie y me quita el pantalón del pijama y los calzoncillos. Deja libre mi pene, el cual tiene una gran erección.

Mi corazón late tan deprisa que parece que quiere salirse de mi pecho. Estoy deseando que Alison haga algo conmigo. Me dejaré hacer porque estoy sumido en una ola de placer. Se sube a horcadas sobre mis piernas y mi pene la penetra sin contemplaciones. Siento su cálida vagina en contacto con mi pene y una sensación de gusto deleita mi cuerpo.

Sobre mí, me desabrocha los botones de la parte de arriba de mi pijama que aún tengo puesto. Mete sus manos por la selva de mi pecho, juega con los rizos de mis vellos, tira de ellos mientras comienza a moverse sobre mí y cabalga hacia el placer. Tengo tantas ganas de correrme que no sé cómo voy a aguantar tanto con lo que la deseo. Ella es mi locura.

Le acaricio la sedosa piel de sus muslos y la siento jadear. Gruño por el placer que recorre mi cuerpo, incapaz de soportar más otra sacudida. Los espasmos del orgasmo me hacen sentir un inmenso placer.

La joven se mueve cada vez más; su ritmo aumenta más y más. Pone sus manos en mi garganta. No puedo respirar, me ahoga, pero llega ese momento en que los dos conseguimos el placer final. Eso nos llena de magia y deleite. Los dos juntos estallamos, llegando al más alto clímax del amor. El jadeo de ella y mis gruñidos se mezclan en un solo quejido.

La asfixia me hace despertar bañado en sudor. Tengo un trozo de sábana en el cuello que me tira mucho. Cuando me doy cuenta, todo ha sido un sueño. Mi pijama está empapado en sudor. Lo peor es que me he corrido, he tenido un orgasmo en sueños. Ha sido genial, tan real que aún estoy temblando. Me levanto, me pongo un pijama limpio y me acuesto de nuevo. Miro el reloj; son las cuatro de la mañana. Vuelvo a quedarme dormido.

Me despierto muy temprano. Lo hago sin hacer mucho ruido para que Alison no se despierte. Salgo de mi piso y me voy directo a la comisaría; tengo que estudiar los alcantarillados. Una vez en mi despacho, cojo el plano y lo pongo junto al cuadro para ver si coinciden. Entonces, llegan mis dos compañeros.

—Buenos días, comisario. Qué pronto ha llegado usted hoy.

—Buenos días, muchachos. Sí, es que quiero estudiar este plano. Coged de un extremo. Vamos a abrirlo para ver bien todo esto.

Mis dos compañeros me ayudan a extenderlo y juntos estudiamos el plano, buscando las conexiones de los alcantarillados en toda la ciudad vieja.

—Vamos a suponer que el asesino utiliza los alcantarillados. ¿Dónde podría cometer los asesinatos?

—Comisario, tiene que ser en una casa de los alrededores, ¿no cree?

—En la ciudad vieja no puede ser. Tiene que ser en una casa más apartada, y sin un medio de transporte, me parece imposible.

—Comisario, nosotros ya hemos preguntado en todas las casas de esas calles. Allí solo vive gente mayor y humilde. Yo diría que el asesino no puede ser de allí, seguro —asegura Sam.

—Pues yo diría que no puede ser de lejos de la ciudad vieja. No puede cargarlas en su hombro por los alcantarillados. Si los utiliza, tiene que cárgalas al hombro, no puede ser de otra manera.

—Tiene razón, comisario. En la ciudad vieja es complicado; ni por los alcantarillados ni por las calles, ya que no entran los vehículos. Debe ser en una casa.

—Jann, debemos investigar todas las casas colindantes donde se encontraron las víctimas. El asesino tiene que ser un hombre solo. No puede cometer los crímenes con una familia en su casa o con vecinos.

—¿Qué ordena que hagamos, comisario?

—Debemos seguir investigando. Preguntad en otras calles más alejadas si vive un hombre solo o si hay una persona que no sea muy sociable.

—Enseguida nos ponemos a investigar.

—De momento, lo único que debéis hacer es ir a la ciudad vieja. Debemos descartar todo lo que no sea útil para esta investigación. Yo tengo la intención de ir a preguntar a un experto.

Mis compañeros se van y yo sigo estudiando el plano de la ciudad vieja, la cual está construida a los pies de una montaña. Miro su largura; es igual de grande que la fila de casas que están construidas a sus pies. El final da a un bosque. En el plano no se ven casas en esa zona. El motivo es que el lago deja la ciudad a un lado y en el medio la desembocadura del río. No tengo respuesta. Solo hay una posibilidad, y esa es entrar por los alcantarillados o por alguna casa, pero el asesino tiene que conocerlas bien todas, incluso las alcantarillas, para saber dónde va cada desembocadura.

He estado todo el día dándole vueltas a este maldito plano, comprobando todos los lugares. Estoy ya muy cansado y pienso irme para casa. Se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta. Es tarde; Alison me estará

esperando para cenar.

Cuando llego a mi casa, me espera una sorpresa. Alison no está. El plato de comida está sobre la mesa. Me siento disgustado. Por un momento recuerdo mi pasado, ese pasado que me hace daño. Me estremezco ante los recuerdos, que llegan a mi mente como una explosión. El miedo se apodera de mí y me veo reflejado otra vez en ese pasado que se resiste a abandonarme. El pasado vuelve al presente, y recuerdo lo que mi mujer me dijo en aquella maldita carta. Está grabado a fuego en mi alma.

Tú no puedes darme lo que yo necesito.

No quiero que las palabras que ella escribió me hagan más daño. ¡Maldito sea su recuerdo! Por un momento, es como si la historia se repitiera a mi alrededor. Alison se ha cansado de esperar, igual que mi mujer. Por eso no puedo enamorarme de nadie. No debo tener esposa, no puedo sacrificar de nuevo a otra mujer. Pero, ¿por qué estoy pesando esto cuando no debería tener estos pensamientos? Alison no siente nada por mí. ¡Qué locura viene a mi mente!

Sí, he tenido un sueño con ella, pero nada más. Eso no quiere decir nada. Ella no puede quererme a mí, a un viejo como yo, con lo joven que es ella.

Me como la comida fría, recojo el plato, lo dejo en el fregadero y me voy para mi dormitorio. Me acuesto. Me siento cansado. Eso es muy habitual en mí últimamente.

Cuando me despierto por la mañana, voy a la cocina a hacer el café, como siempre. Alison no tarda en llegar y me saluda:

—Buenos días. Perdona que no te esperase anoche. Es que tenía mucho sueño y no había dormido bien la noche anterior.

—No pasa nada. Perdóname tú a mí por llegar tarde. Estuve estudiando los planos de la ciudad. Por cierto. Alison, ayer identificamos a la segunda víctima.

—Y ¿quién era la chica?

—Se llamaba Brenda Sullivan. Su padre ha sido quien ha denunciado su desaparición. Su hija había venido a trabajar a esta ciudad. Según su padre, fue contratada para cuidar una casa, pero no le dijo la dirección. He mandado a mis dos compañeros para que averigüen si a la chica la conoce alguien en la ciudad vieja, a ver si ha estado por allí. Si alguien la reconoce, podremos identificar esa casa, que puede ser la del asesino.

—Sería de gran ayuda para descubrirlo. Si la contrataron para cuidar

una casa grande, esta debe estar en las afueras de la ciudad, aunque no me cuadra.

—Estamos dando palos de ciego. ¿Sabes, Alison? Este caso es muy frustrante.

—Debes tener paciencia. Seguro que vas a pillarlo más pronto que tarde.

—Me voy a la comisaría. Esta noche vendré un poco antes.

—Hasta la noche. Hoy te esperaré, aunque tardes un poco más.

—Si esta noche me esperas para cenar, intentaré venir lo antes posible.

Salgo a la calle y voy directo a la comisaría. Voy pensando en tantas cosas que tengo la mente saturada.

El día pasa sin novedad. Estoy deseando que llegue la hora de terminar mi jornada. Por fin me encuentro paseando por las calles en dirección a mi casa y suspiro aliviado.

Como le prometí a Alison, he llegado pronto. Ella está en la cocina. La saludo y voy directo al baño. Me ducho y después me afeito; no me gusta tener barba. Una vez que he terminado, me pongo una camisa blanca. Veo en el espejo mi enorme pecho lleno de vellos y me abrocho hasta el último botón; no quiero que se me vean los pelos del pecho. Me pongo un pantalón gris que me sienta muy bien.

Voy a la cocina y veo a Alison un poco pensativa. Intuyo que quiere decirme algo, pero la cena transcurre y no me dice nada de lo que le preocupa; sigue ausente. En este momento, soy yo el que le quiere preguntar, pero no me atrevo. Me levanto y voy a fumar, como cada noche. Estoy sentado en mi sillón y la veo salir de la cocina. Se acerca hasta donde yo estoy y, muy seria, me dice:

—Mañana me voy. Tengo que enterrar a mi hermana.

—Te voy a echar de menos. Tengo que darte las gracias por estos días que has estado conmigo. Ha sido maravilloso tenerte a mi lado.

—Vendré a verte después del entierro. Quiero ayudarte a coger al asesino.

Veo que se acerca a mí cada vez más. Mi corazón comienza a latir locamente. Me mira y se sienta en mi regazo. Yo casi me muero de la emoción y la sorpresa.

—¿Qué haces? Alison, no lo hagas, por favor, te respeto mucho, aunque no puedo decir que no me guste. Lo cierto es que me gustas y te deseo.

—Quiero estar contigo, hacerlo antes de irme. Te lo debo.

—No me debes nada, Alison. Yo pedí una puta a la agencia y tú no lo eres, así que no digas tonterías.

—Estaba decidida a ser prostituta. Ahora, te doy las gracias por tus consejos. Puede que estuviese equivocada. Había otra manera de descubrir la muerte de mi hermana sin tener que ser puta.

—No pienses más en eso. Todo ha pasado de la mejor manera posible.

—Quiero estar contigo, aunque no te deba nada. Yo también lo deseo, y quiero llevarme tu aroma.

—No soy lo suficientemente bueno para ti; soy un hombre amargado. Aunque te deseo con toda mi alma, me retengo a duras penas para no tomarte en mis brazos, besarte, hacerte mía... Mi corazón late solo con tenerte cerca de mí.

—Siento lo mismo que tú, por eso no voy a reprimir mi deseo.

—Alison, soy muy mayor para ti. Tú necesitas a un hombre joven que te ame, aunque yo no dejaré de desearte con toda mi alma.

—No me importa nada la edad. Quiero estar contigo. También siento deseos de amarte, por eso quiero pasar esta noche contigo y despedirme de ti de otra manera.

Alison empieza a besarme en la comisura de mis labios. Lo hace con tanta suavidad que mi cuerpo siente un estremecimiento. Después besa mi labio inferior y luego va al superior, para bajar al inferior otra vez. Me da pequeños mordisquitos que me están volviendo loco. Pongo mis manos en sus caderas y las deslizo sobre su cuerpo. Siento su aliento en mis labios. Su olor me está excitando y mi fantasía vuela tan rápido que mi erección no tarda en llegar; mi miembro se endurece deprisa.

Necesito tenerla, amarla, estar dentro de ella. La cojo en brazos y la llevo a mi dormitorio. La siento con cuidado en mi cama mientras ella se quita ese pijama que tan bien le queda. Al igual que ella, yo me desnudo también. Estoy casi temblando. Estoy nervioso por primera vez en mucho tiempo, por tener a una mujer que no es una puta en mis brazos. Me tiendo a su lado y con suavidad le acaricio su rostro. Despacio, meto mis dedos entre su cabello, se lo aliso y pongo un mechón detrás de su oreja. Le paso los dedos con suavidad mientras beso sus labios sin meter mi lengua en su boca, solo el roce de mis labios contra los suyos. Deseo que ella se estremezca y me desee con locura.

Alison suspira. Bajo la mano con suavidad. Lentamente, toco sus

pechos; son pequeños y redondos. Exhalo mi aliento sobre sus senos; luego le paso la lengua sobre sus pezones. Mi mano recorre el espacio entre pecho y la pelvis, en contacto con la suave y cálida piel. Me detengo sobre su vello púbico y mis dedos comienzan a jugar con sus rizos; después, meto un dedo dentro de su canal. Ella, al sentir mis dedos, se estremece.

Nuestros cuerpos están muy excitados. Siento su hinchado clítoris. Ella esta mojada, y eso me gusta. Está preparada para mí. No me detengo más y la penetro. Mi miembro entra con suavidad hasta el fondo; mi embestida es certera. Ella se contrae y comienza a moverse a la vez que sus piernas rodean mi espalda. Todo está a punto para que nuestros cuerpos sean sacudidos por el placer.

Veo cómo sus pupilas se dilatan; nos entregamos el uno al otro para disfrutar de todas las sensaciones que invaden nuestros sentidos. De forma brusca, recibimos los perfumes exóticos de los deseos.

Olas de placer llegan sin parar de un mar de pasión que envuelve nuestros sentidos. Me siento bien junto a Alison. La sensación es muy placentera. Ella es un soplo de aire fresco que llena mi cuerpo.

Finalizado nuestro momento más íntimo, nuestros cuerpos temblorosos y sudorosos quedan juntos, muy juntos, para disfrutar de nuestras caricias. El acto ha sido tan bello... Me siento muy feliz. La sangre que ha irrigado nuestros corazones aún se encuentra en su sexo y en su clítoris. Estoy seguro de que está muy sensible. En cuestión de minutos conseguiría otro orgasmo si yo sigo estimulándola, y pienso hacerlo. Quiero que ella consiga otro, y rápido. No puedo más. De una manera u otra, he conseguido que ella siga sintiendo placer.

Estoy preparado para penetrarla de nuevo y volverme loco entre sus pechos. Muerdo sus pezones, los cuales están erectos; los beso y los lamo. Sigo pasando la lengua por la areola de uno de ellos. Se lo acaricio de mil maneras y voy aumentando la intensidad de las lamidas hasta llegar a succionar el pezón. No me olvido del otro pecho, y hago lo posible para hacerlo con los dos a la vez. Consigo llevar a Alison a los límites del éxtasis. Estoy dentro de ella y me dejo llevar hasta terminar en un orgasmo compartido. Bestial. He aguantado mucho, pero al final he conseguido que ella grite de placer. Yo me siento satisfecho, y nos quedamos uno junto al otro hasta que el sueño nos vence.

Cuando me despierto, veo que ella está a mi lado; tiene su brazo sobre mi pecho. Me siento feliz. Me gustaría gritar, decirle que la quiero. Si hace

unos días me hubiesen dicho que iba a pensar de esta manera, no me lo habría creído. Yo mismo me pregunto cómo he podido cambiar tanto. Mi corazón se ha enternecido, está rebosante de dicha.

La miro. No me canso de mirarla, es preciosa. La beso en la nariz. Ella se despierta, me mira y me sonrío. Yo le sonrío y la beso de nuevo.

No hacen falta palabras para saber cómo nos deseamos. Necesito tenerla de nuevo. Le acaricio los muslos. Mi pene está erecto, pero necesito que ella me desee más, así que le beso los labios, el cuello, le muerdo el lóbulo de la oreja. Le entran cosquillas y ríe contenta.

Es el momento. La penetro. Me siento muy a gusto. El vaivén del placer llega a pasos agigantados y el orgasmo no se resiste, el cual llega devorándonos. Estamos abrazados, jadeantes, y siento tanto deseo que no puedo dejar de besarla.

—Es la hora. Vamos a llegar tarde, tú a la comisaría y yo a mi ciudad —me dice.

Aún puedo estar un rato más con ella, besándola, acariciándola. No importa si llego tarde. Merece la pena tenerla entre mis brazos un poco más.

—¡Cómo voy a echarte de menos, Alison!

—Me olvidarás pronto. Te mandarán una chica de esas que gime como una loca, casi tanto como yo.

—Pero tú me gustas más que una de esas y, desde este momento, te lo prometo, no voy a pedir más mujeres, me retiro de la agencia.

—¿Lo harías por mí?

—Sí, no quiero a otra mujer que no seas tú. No te vayas, ahora que podemos estar todas las noches juntos.

—No me obligues a quedarme contigo. Sabes que tengo que enterrar a mi hermana. Llevo demasiados días aquí.

—Sí, lo comprendo. La pena de todo esto es que no puedo acompañarte.

—No te preocupes, es mejor así. Yo vendré a verte.

La veo levantarse. Me da tanta pena que se marche... Yo quería entrar otra vez en ella. Pero no puede ser; tengo que irme a la comisaría.

Cuando llego al salón, ya está vestida con el mismo traje con el que llegó aquella noche que tocó en mi puerta. Le cojo su cara con mis manos y la beso de nuevo; no me canso. Ella se separa de mí.

—He llamado a un taxi. Creo que ya está esperándome en la calle. Te llamo cuando llegue a mi ciudad, ¿vale?

—¡De acuerdo! Espero tu llamada. No te olvides de mí.

Le doy un último beso y luego salimos los dos juntos. El taxi está en la puerta, esperándola. Ella sube y el coche se pone en marcha.

Me quedo mirando el taxi, cómo se aleja poco a poco de mí, llevándose a mi chica. Ella ha sido mía. Se ha metido tan dentro de mi corazón... ¿Qué será ahora de mi vida? Tengo que ser fuerte, pero no puedo olvidarme de lo que he sentido junto a ella. Ha sido tan bonito, tan hermoso... Ese placer ha recorrido mi cuerpo de arriba abajo.

Me quedo parado un rato mirando en la misma dirección donde el taxi ha desaparecido tras una esquina. Ahora tengo que ser fuerte y pensar en el asesino.

Me voy para la comisaría con mis pensamientos. A medida que pasa el día, siento un vacío. No sé por qué tengo esta sensación. Ella ha pasado tan solo unos días conmigo.

Transcurren los días y nada nuevo sucede en mi investigación. Alison no me ha llamado. Estoy perdiendo la esperanza. «¿Qué soy yo para ella?», me pregunto. Puedo ver que no me quiere. Eso se me viene a la cabeza, pero no quiero responderme porque me da miedo saberlo, miedo de que ella no me ame y nunca más tener noticias de ella.

Alison



Miro una vez más por la ventanilla trasera del taxi. Lo veo observando el coche que me lleva lejos. He pasado una noche maravillosa. Alan es un hombre muy tierno, aunque quiera disimularlo. Lleva tanta tristeza dentro de su alma... Un gran peso soporta en sus espaldas, uno que parece que no quiere soltar.

Me estremezco recordando ese orgasmo de locura que viví anoche y esta misma mañana. Aún lo siento en mis carnes. ¡Qué bonita experiencia! Creo que voy a echarlo de menos, pero es mejor no pensar en Alan.

Recuerdo a mi hermana. El odio que siento entra en mis carnes y me envenena el alma. «Maldito asesino», me repito una y otra vez.

Desde la casa de Alan he llamado al depósito anatómico donde está el cadáver de mi hermana. El forense me ha dicho que preparará el cuerpo y en veinticuatro horas saldrá para mi ciudad. También he llamado a mis compañeros de la jefatura. Todo está preparado para el entierro.

Me llega a la mente el recuerdo de Jessica. Era una chica dulce. ¿Cómo pudo haber caído en los brazos de aquel novio sin escrúpulos que no se la merecía? Ella había ido a la ciudad de Black Mists a aprender bailes y música.

Vuelvo a la realidad cuando el coche se para frente a la estación de tren. El tiempo que el taxi ha tardado en llegar se me ha hecho eterno. Tengo que coger el tren que me llevará a la ciudad donde vivo.

Salgo del taxi. No llevo equipaje porque no he ido a por mi maleta a la pensión, pero ya iré otro día a recogerla. Tengo que volver a ver a Alan una vez que entierre a mi hermana. Regresaré de nuevo con él para repetir la experiencia, para sentir de nuevo su calor, su suavidad junto a mi cuerpo, el orgasmo que me ha hecho sentir. Solo de pensarlo, mi cuerpo recibe una sacudida.

El tren está parado en el andén. Subo a la máquina de acero y busco mi

asiento. Lo encuentro; es el de la ventana. Suspiro aliviada. Puedo ver el paisaje al paso del tren: los campos llenos de vida, los pueblos dormidos que se encuentran a lo largo de las vías.

De nuevo, mi cuerpo se estremece; no puedo quitarme a Alan de la cabeza. Recuerdo sus manos sobre mi cuerpo, su enorme pene entrando en mí hasta hacerme gemir de placer. Me estoy mojando. Siento un calor que recorre mi sexo, y estoy loca por estar pensando en esto. Tengo los ojos cerrados para poder estar a solas con mi propia intimidad. Me parece que siento sus labios suaves sobre los míos. Quiero dejar estos recuerdos. No puedo seguir recordando mi noche de pasión.

Abro los ojos y reconozco el paisaje. Ya estoy cerca de la ciudad de High City. Pronto estaré en mi casa. Cuánto echo de menos mi barrio, mi vida en la comisaría. Es hora de retomar mi trabajo en la Unidad de Criminología, donde analizo el perfil psicológico de los asesinos. Me gusta trabajar en esa unidad. Soy la única mujer que trabaja en esto junto a tantos hombres. Soy una pionera en este campo. Solemos viajar a todos los estados. Muchas veces estamos más de un mes fuera de High City.

Con estos recuerdos, escucho el altavoz que anuncia la llegada. El tren aminora la marcha al acercarse a la estación hasta que se detiene en ella. Me apeo y salgo fuera, a la calle. Allí, parado de pie delante de su coche, está David Masen. Es un policía de una unidad que se encuentra en la central. David está colado por mí, pero a mí no me gusta, y ahora menos después de haber estado con Alan. En realidad, tengo que decir a su favor que él me ayudó mucho. Fue mi paño de lágrimas cuando mi anterior relación amorosa se fue al garete. No he tenido a nadie más en mi vida. El único que me ronda es David. Está siempre esperando algo de mí que nunca llegará.

Al verme, viene hacia mí, sonriente.

—Alison, qué alegría verte. —Me da dos besos.

Lo miro, y él me mira con sus ojos verdes. El cabello castaño le sienta tan bien... Es alto y bastante delgado. Un hombre muy atractivo y deseable, sin duda, por cualquier jovencita.

—Qué ganas tenía de llegar —le correspondo con dos besos y sonriéndole.

Él me da el pésame:

—Siento mucho lo de tu hermana. Es una pena. ¿La policía no sabe quién la mató?

—No, aún no. Estamos ante un asesino muy inteligente que no deja

huella.

—Tiene un patrón de comportamiento muy extraño, según me has contado, ¿verdad?

—¿Has podido estudiarlo como te pedí?

—Sí, he visto fotos que pude conseguir cuando me lo pediste. Su crimen es extraño. Creo que lleva un patrón de conducta, y también creo que es un asesino que está bien organizado. Crudo lo tiene el comisario que lo investigue.

—Va a ser difícil. Tiene complicado llegar al asesino.

—¿No traes equipaje? —me pregunta.

—No, lo dejé allí. Ya iré un día con más tiempo y lo recogeré.

A David le parece extraño. Hace una mueca, pero no dice nada. Subo al coche. Una vez en casa, me dice:

—Si quieres, te espero para llevarte al funeral.

—No, gracias, David. Iré a la hora del funeral. Voy a tomar una ducha y a descansar un poco. Luego cojo un taxi.

—Te espero en el cementerio.

—Gracias. Por favor, atiende a la gente que vaya llegando.

—Por supuesto, no te preocupes por nada.

Me quedo más tranquila. David se marcha y lo despido en la puerta. Entro en mi casa y miro alrededor como si fuera la primera vez que estoy entre estas cuatro paredes. He vivido aquí toda mi infancia, en este barrio con estos jardines típicos delante de las casas. He sido muy feliz aquí junto a mi familia. Nunca me he sentido sola, pero un sentimiento extraño entra ahora en mi corazón: «¿Por qué ahora, después de estar con Alan, me siento así, con esta sensación tan rara?».

No quiero pensar más y me voy directa a la ducha. Pero ahí sigo pensando en Alan. De nuevo llega su recuerdo a mi mente y no puedo olvidarme de él. Lo necesito. Una sola noche de sexo no es suficiente para mí. Necesito más, sentir su cuerpo junto al mío.

Salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla. Luego me seco el pelo y me lo recojo en un moño. Abro el armario, elijo una blusa blanca y me la pongo. También saco un traje negro, ya que necesito una ropa más sobria para el entierro de mi hermana; zapatos y bolso negro. Estoy lista para darle a mi hermana el último adiós. Mi corazón está lleno de dolor por Jessica. Cojo un pañuelo y limpio mis primeras lágrimas. Tengo que reponerme.

Llamo a un taxi para que me lleve al cementerio, el cual está en las

afueras de la ciudad. Una vez que llego, me apeo del coche y veo que David me está esperando en la puerta. Un poco más adentro están los compañeros de la comisaría y el capitán Gordon Grey. Es un hombre grueso que rondará los cuarenta y cinco años, con el pelo corto, casi rapado. Veo que se acerca a mí para darme el pésame y abrazarme con todo su cariño.

—Querida Alison, siento lo de tu hermana. Si necesitas algo, no dudes en pedírmelo.

—Gracias, capitán, no necesito nada por el momento.

—Alison, ya llega el cura, va a comenzar el sepelio. Vamos, ánimo.

Veo que llega el capellán y da comienzo al último adiós para mi hermana Jessica. La voz del cura resuena en mis oídos como si estuviera muy lejos. Estoy tan triste y emocionada... Mis lágrimas salen de mis ojos. La mano de David aprieta la mía. Su brazo rodea mi cintura en señal de apoyo y cariño.

Llega el momento en que cada uno de los presentes echamos una rosa en el foso del féretro. Yo soy la primera en depositar mi rosa blanca. Después, todos mis compañeros van pasando, uno a uno. Luego, los operarios echan las primeras paladas de tierra sobre la caja. Me siento como si la echaran sobre mí.

Poco después, todo queda en silencio y el capitán nos invita a ir a la comisaría para que todos los compañeros que no han podido venir puedan darme el pésame. Así lo hacemos, como dice el capitán. Cada uno se va en su coche y se lleva a los que no tienen medio de transporte y yo me voy con David.

Llegamos a la comisaría. El capitán ha encargado unas cervezas y aperitivos. Todos nos quedamos charlando un rato. El capitán me toma del brazo y me aparta.

—Alison, quiero pedirte una cosa —me comenta.

—Usted dirá, capitán.

—He hablado con el director de la comisaría de la ciudad de Black Mists y hemos quedado en que tienes que viajar hasta allí para ayudar a investigar el perfil psicológico del asesino y así descubrirlo.

—¡No puede hacerlo! El comisario es un borde. Me hará la vida imposible.

—No puedes negarte. Ya está hablado, tienes que ir. Su capitán es mi amigo. Me lo ha pedido y no puedo defraudarlo, ¿comprendes?

—Esto no es buena idea. Seguro que no lo es.

—Sé por mi amigo que el comisario Alan Barton es un hombre difícil, estoy al tanto, pero te debes a tu trabajo. Si él se porta mal contigo, el capitán te defenderá, no te preocupes por eso.

No puedo creerlo. La noticia me sienta muy mal. ¿Cómo voy a ir así porque sí? Cuando llegue a la comisaría, ¿qué voy a decirle? «Aquí estoy, Alan, para ayudarte a encontrar al asesino, ya que tú eres incapaz de hacerlo». Se pondrá hecho una furia cuando se entere de que yo soy policía, y con toda la razón. No quiero ni pensarlo.

Escucho la voz de mi jefe, que me hace volver a la realidad:

—Puedes irte cuando quieras, aunque debes hacerlo pronto. Lo máximo que puedes quedarte aquí es un par de días.

—Bien, señor, será como usted diga. Me iré lo antes posible. —Estoy aturrida pensando en mi próximo viaje.

Una vez que la pequeña recepción termina, me despido de mis compañeros con unas palabras:

—¡Escuchadme todos! Quiero daros las gracias por vuestra compañía en estos duros momentos que estoy pasando. Por orden de nuestro capitán, tengo que viajar a la ciudad de Black Mists. Tengo que ayudar a coger al asesino de mi hermana. Trabajaré junto al amargado comisario Alan Barton. Siento mucho tener que abandonar por un tiempo la unidad y a todos vosotros, pero espero regresar pronto.

Mis compañeros se acercan a mí y me desean lo mejor mientras se despiden de mí. Tras un tiempo de besos y abrazos, y alguna que otra lágrima, salgo de la comisaría con David, que me acompaña hasta mi casa. Lo invito a un café, que él acepta encantado, y se lo preparo. Como siempre, aprovecha para seguir tirándome los tejos:

—¿Puedo ir a verte a Black Mists?

—No, David. Sabes que te quiero como a un hermano, así que no lo estropees. No estoy enamorada de ti, y quiero seguir siendo tu amiga, nada más.

—Alison, no has tenido pareja desde que tu ex se separó de ti. Tienes que cambiar, echarte novio, otra relación. Yo te quiero. Te esperaré.

—No lo hagas. No me esperes, no voy a aceptarte. Tengo que estar muy enamorada para salir otra vez con un hombre. Entiéndelo, David, no te quiero, debes buscar una chica que te quiera y sea digna de ti.

Veo cómo le cambia la expresión de su rostro, pero yo nunca le di esperanzas de nada. Cábalas que se hacía en su mente, vanas ilusiones.

Cuando termina de tomar el café, se pone de pie y me dice:

—Si necesitas algo, llámame, y si tengo que venir a tu casa para cuidarla, no tienes más que pedirlo.

—Gracias, eres muy amable, David, pero ese encargo lo tiene ya mi amiga Arianna Fox.

—Me parece bien. Buen viaje.

Me abraza y sale de la casa. Se sube a su coche, lo pone en marcha y sale derrapando, dejando olor a goma quemada en el asfalto. Me parece ridículo e infantil su comportamiento.

Me pongo a recoger las tazas de café y a dejar en orden la casa; mi amiga no tardará en llegar. Arianna Fox, una de mis mejores amigas, es una chica muy bonita. Su pelo es rubio y su mirada de un azul intenso. No es alta, pero tiene una dulzura encantadora y es muy simpática.

Llega, como siempre, bromeando:

—Hola, Alison. Cariño, siento no haber podido ir al entierro, pero lo que más siento es la muerte de tu hermana.

—Lo sé, cariño, no te preocupes. Sé que tu trabajo no te lo ha permitido.

—Alison, cuéntame tu estancia en Black Mists, ¿cómo es la ciudad?

—Es fea, muy fea, no me gusta nada. Es muy aburrida y hay mucha humedad debido al sitio donde se encuentra, y el río es tan grande que atraviesa toda la ciudad.

—Y de hombres ¿qué tal? ¿Cómo te ha ido?

—Bien, he conocido a un hombre. Es muy extraño, pero me gusta mucho.

—¿Un hombre? ¿Y lo dices así, con esa desgana?

Mi amiga me hace reír.

—¿Cómo quieres que te lo diga? Apenas lo conozco.

—¡Ay, Alison! Eso me huele a que te estás enamorando.

—No quiero enamorarme, no quiero sufrir otra vez.

—No todos van a ser como el estúpido de William. Tiene que haber hombres mejores que tu exnovio.

—Arianna, no quiero hablar más de mi ex, no merece la pena.

—Cierto, querida. Cambiando de tema, ¿qué tengo que hacer mientras estás en la ciudad esa tan fea?

Me siento aliviada cuando mi amiga cambia de tema, dejando de hablar de mi exnovio. Quiero olvidarme de mi mala experiencia con él. La miro y le

digo:

—Tienes las llaves. Solo cuida de mi casa y riega las plantas del jardín. Solo eso. No sé el tiempo que voy a estar allí. Todo depende de si tenemos la suerte de coger a ese hijo de puta que mató a mi hermana.

—¿No tenéis ninguna pista?

—El caso lo lleva el comisario, que es el hombre del que te he hablado.

—Pero ¿por qué tienes esa cara de tristeza? Deberías estar contenta. Vas a verlo.

—No puedo estar contenta. Él no sabe que soy policía, Arianna. ¿Qué va a pensar de mí? Me acusará de haberlo engañado, eso pensará. Mi capitán me manda a trabajar a la misma comisaría. Alan ahora será mi jefe.

—Pero ¿por qué no se lo has dicho? Si se enfada, será con razón.

—Eso es lo que temo, que me desprecie. Él es un hombre que ha vivido una vida problemática. Además, es mucho mayor que yo.

—¡Ay, Alison, qué morbo! Cuenta, cuenta, ¿de cuántos años más hablamos?

—No me hagas reír, Arianna. De quince o más.

—Con tanta experiencia, te hará el amor de manera especial y se sentirá vivo con un bombón como tú, joven y llena de vida. Vas a ponerlo que no veas, chica, en las nubes.

—Arianna, no quiero hablar más de él. Vamos a cenar. Te invito para despedirnos.

—Estupendo, vamos a comer fuera —dice ella con alegría.

Salimos a un bar a comer algo. Una vez que hemos terminado, me despido de ella. Arianna me acompaña hasta la puerta de mi casa y me da un fuerte abrazo.

—No te olvides de mí ¿vale? Llámame por teléfono y cuéntame tu aventura con el poli al que llamas borde y amargado.

—Descuida, te tendré al día de mi vida amorosa.

Mi amiga ríe divertida y continúa con sus insinuaciones:

—Tú sigue con tu amor y yo cuidaré tu casa, no te preocupes de nada.

Me abraza de nuevo y se marcha. Ella vive solo unas casas más abajo. Entro en mi casa, voy al dormitorio, me desnudo y me acuesto. Estoy cansada. El día ha sido muy ajetreado. Pienso en mi hermana y su imagen llega a mi mente. Recuerdo la noche que me dijo que se iba a la ciudad de Black Mists. Estábamos en nuestro patio mirando las estrellas, como tantas noches; era muy habitual entre nosotras. Nos pasábamos las horas mirando al

cielo y sus miles de puntos luminosos tan bellos. Sus palabras llegan a mí como si estuviera a mi lado.

—Alison, mañana me voy a Black Mists.

—¿Por qué te vas a esa ciudad que está tan lejos? —le pregunté.

—Allí hay una academia de baile muy buena. Quiero ser bailarina.

—Pero, Jessica, tú no has estudiado eso.

—Lo sé, hermana, pero iré. Quiero vestirme con vestidos de lentejuelas..., cantar y bailar.

—Jessica, lo que no comprendo es cómo no te has metido en la comisaría conmigo. Eso le habría gustado a papá.

—Sé que le habría gustado. Tú has estudiado psicología y te va muy bien, pero a mí no me gusta ser policía. No quiero vestir con uniforme y gorra. Tendría que llevar arma, y no quiero tocar una pistola en mi vida.

—No es tan grave ser policía. Además, yo no llevo pistola.

—Alison, para mí sí. Eres tres años mayor que yo y nos parecemos mucho físicamente, pero nuestras ideas son totalmente opuestas.

—Lo sé, Jessica. Ser policía me apasiona, y mucho más entrar en la mente del asesino.

—Por eso, hermana. A mí no me apasiona eso. Quiero otra vida diferente, otro mundo... No insistas, no vas a convencerme.

—Sí, no puedo convencerte de que no te vayas. Ya es tarde, vamos a la cama.

Pobre hermana mía. Sus sueños de grandeza y de lujos se quedaron truncados en la ciudad de Black Mists, la ciudad de la niebla.

Ahora yo me marcho de nuevo, por segunda vez, aunque esta es diferente. La primera iba de prostituta, y me arrepiento de haberlo intentado por esa vía. Recuerdo que después de mucho pensar, llamé a la agencia El pájaro oscuro y me atendió una mujer muy amable.

—Buenos días, ¿en qué puedo servirla?

—Buenos días, señora. Me gustaría trabajar en su agencia.

—Tengo un puesto libre. ¿Cuándo puede empezar?

—Cuando usted quiera —le dije sin pensar nada. En ese momento no comprendía dónde me estaba metiendo.

—Por nosotros, cuando usted quiera. Si puede, mañana mismo.

—Mañana es muy precipitado. No soy de Black Mists. Tengo que viajar y buscarme un lugar donde vivir.

—Bueno, cuando usted llegue, avísenos, aunque sea tarde. A veces hay

clientes que llaman a última hora. Si no tengo chicas disponibles, no puedo atenderlos.

—Me parece bien. Mañana salgo para Black Mists y, cuando esté instalada, la llamaré de nuevo.

—¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Alison Black.

—Estupendo, Alison. Cuando esté instalada en Black Mists, tiene que venir porque tengo que hacerle la ficha para conocer todo de usted. Mi agencia es muy respetable, solo tenemos clientes muy selectos.

—De acuerdo. Buenos días, señora.

—Buenos días, Alison.

Pensando en aquel momento pasado, me pregunto por qué mi hermana se metió a trabajar de prostituta o de chica de compañía. Pera ya da igual esa pregunta, ya que jamás tendré respuesta.

Por un momento, siento soledad dentro de mí. No puedo quedarme dormida. Pienso en el viaje de mañana. Ahora me imagino la rabia de Alan cuando se entere.

Dejo de pensar en todos los recuerdos que están almacenados en mi memoria y por fin el sueño me vence.

El timbre del despertador suena en mi mesilla de noche, sobresaltándome; estaba profundamente dormida. Lo había puesto muy temprano. Me levanto y me visto. Solo me queda recoger unas cosas y meterlas en un pequeño bolso de viaje. Doy dos vueltas observándolo todo antes de irme. Miro la foto de mi padre que tengo en la entrada de la puerta. Al lado está la de mi hermana y mi madre. Son a las tres personas que más he querido, las cuales me han abandonado demasiado pronto. Se han alejado de mi vida para siempre.

Me quedo de pie mirando la foto de mi padre. A mi mente viene el recuerdo de él, de aquel hombre que tanto me quiso. Cuántos consejos me dio siempre, los mejores, y cuánta comprensión tuvo hacia mí. Recuerdo aquel día que le dije que quería ser policía como él.

—Papá, ¿qué tengo que hacer para ser policía?

—Pero, hija, ese trabajo no es para mujeres. Serás rechazada. No hay sitio en la comisaría para una mujer —me dijo mi padre, mirándome con sus ojos negros. Sus cabellos estaban ya parcialmente blancos, pero era muy atractivo para su edad. Mi hermana y yo habíamos sacado el color de los ojos de mi madre, que eran grises.

—Pero, papá, yo quiero ser igual que tú. Haré lo que me digas —le afirmé.

—Alison, lo que pretendes no puede ser. Si quieres entrar en la policía, debes estudiar algo que pueda demostrar que eres capaz de algo más que llevar un simple uniforme.

—Papá, dime qué debo estudiar y lo haré.

—¿Por qué no estudias psicología? Ha llegado un nuevo capitán, se llama Gordon Grey. Tiene unas ideas novedosas y quiere hacer una unidad especial. Ahí, sí podrías encajar. Le pediré ayuda y le hablaré de tus deseos, pero nadie va a querer a una mujer en el cuerpo.

Mirando la foto de mi padre, derramo más lágrimas. Pobre padre mío, no pudo llegar a verme en aquella unidad de la que me habló. Cuando él murió, el capitán me ayudó como si fuera su hija, la hija que nunca tuvo. Sigue soltero. Cuando me permitió entrar en la unidad tuvimos problemas con los compañeros. Ellos no querían que una mujer fuera su compañera, pero gracias a mi intuición y trabajo terminaron aceptándome. Las otras comisarías se reían de la nuestra, pero tuvieron que aceptarlo y respetarnos porque nosotros descubríamos más casos que ellos. Así fue como fui respetada y aceptada por todos, con la ayuda de Gordon Grey.

No puedo aguantar las lágrimas; salen de mis ojos como torrentes. Me las limpio con el pañuelo, suspiro y salgo rápido de mi casa en dirección a la estación.

Cojo el primer tren para Black Mists. Me siento nerviosa. ¿Qué pensará Alan cuando mañana llegue a la comisaría y me presente como su nueva compañera? No quiero pensar en la cara que pondrá cuando me vea y se entere de que soy policía científica, que estudio el perfil psicológico de los asesinos. Tengo que amarme de valor. Estoy convencida de que no va a gustarle trabajar con una mujer, como a todos los hombres, pero tendrá que aguantarse.

Como siempre que voy en tren, disfruto viendo el paisaje. Tras un tiempo contemplando los verdes prados, cierro los ojos. Me quedo adormilada y, sin darme cuenta, ha pasado el tiempo muy deprisa. Escucho anunciar por el altavoz que el tren llega a la estación: «Próxima parada: Black Mists».

Abro los ojos y miro por la ventanilla. Mi vista se pierde en la lejanía. Las primeras casas las veo pasar rápido debido a la velocidad que lleva el tren. Tras unos minutos, aminora la marcha hasta detenerse por completo en

el andén de la estación. Lo primero que tengo que hacer cuando llegue es ir a buscar el apartamento. Tengo una cita con el dueño del piso. Ayer lo llamé por la tarde. El piso está en la ciudad nueva, antes de llegar a la comisaría. El lugar es ideal para mí, la situación es buena y me gusta donde se encuentra. Está en la dirección opuesta a donde está el de Alan. Cuando vaya a la comisaría no voy a encontrármelo, ya que él va por otra calle diferente a la mía. Si me lo quedo, estoy de suerte.

Salgo de la estación y me dirijo a la parada de taxis. Cojo uno que me lleva a la dirección concretada y no tarda mucho en llegar. El coche se para frente al edificio y me bajo de él. En la puerta del bloque veo a un hombre bajito que me está esperando. Observo que no tiene mucho pelo en la cabeza. Me mira con sus ojos negros de arriba abajo, me tiende la mano y me habla con amabilidad:

—Buenos días, ¿es usted la señorita Alison Black?

—Sí, señor, soy yo. Quedamos ayer para ver el apartamento.

—Me llamo Bruno. Soy el dueño. Vamos, entremos y le enseño el piso.

Subimos a la tercera planta. Bruno abre la puerta y entramos directos a un salón que tiene una cristalera muy grande. Esta da a una terraza igual de grande. La luz entra a raudales, aunque en esta ciudad la niebla acampa por doquier, en cualquier momento del día o de la noche. Luego entro en el dormitorio, que está en un pequeño pasillo y que tiene otra puerta la cual está un poco abierta, y veo que es el baño. El dormitorio es más bien pequeño, pero tiene una cama de matrimonio. El hombre me muestra el baño, con una ducha y una pequeña ventana que da a un patio de luz. Salimos y de nuevo vamos al salón. En el otro extremo está la cocina. Observo que es un poco alargada y la luz le entra desde el balcón del salón.

—¿Le gusta la vivienda? —me pregunta el hombre.

—¡Sí, me quedo con ella! Además, está cerca de mi trabajo —le respondo.

—Entonces, firmemos el contrato.

—Por supuesto, señor.

—Vamos a mi casa, lo tengo allí.

Bajamos en el ascensor, que chirría por los roces del metal. No soy de ascensor; me gusta subir las escaleras. Llegamos a su casa, que está en el bajo, y allí veo que hay una mujer anciana sentada.

—Hola, mamá, he alquilado el tercer piso, y esta señorita se ha quedado con él —le dice el hombre con cariño.

La mujer sonríe y habla con voz suave:

—¡Me alegro, hijo! Bienvenida a su nueva casa. Espero que se sienta a gusto entre nosotros —me dice sin dejar de sonreír.

—Muchas gracias, señora, es usted muy amable —le contesto.

El hombre tiende los papeles sobre la mesa y firmo las dos copias del contrato. Luego le pago lo establecido y él me da las llaves.

—Aquí tiene las llaves de su casa. Disfrútela.

—Gracias por su amabilidad, son ustedes muy amables. Adiós, señora.

—Adiós, que lo disfrute.

Con las llaves en la mano, subo con mi pequeño bolso de viaje y lo dejo en el sofá. Luego bajo a la calle. Tengo que ir a por mi equipaje, el que dejé en la pensión cuando vine la vez anterior. Cuando llego al lugar, la mujer, al verme, sale a recibirme. Con cara de sorpresa, me comenta:

—Señorita Black, me ha tenido muy preocupada. Ha venido una mujer varias veces y ha preguntado por usted.

—¿Qué le ha dicho usted?

—Nada, ¿qué iba a decirle? Yo no sabía dónde estaba usted. Le dije que su equipaje estaba aquí, y como usted me había pagado dos meses, yo no podía sacar sus cosas de la habitación hasta que no se cumpliese el tiempo.

—Gracias, señora. Hoy vengo a por mi equipaje. Tuve que salir de urgencia porque me llamaron de mi trabajo. No sabía su número de teléfono y no pude llamarla para comunicárselo.

—No importa, pero no voy a poder devolverle el dinero del segundo mes, lo siento.

—No voy a reclamárselo. Ya es suficiente con que cuidara mi maleta. Voy a subir a por ella.

—Aquí tiene la llave.

—Gracias, señora.

Subo a por mi equipaje, pongo la maleta sobre la cama, meto toda mi ropa y bajo de nuevo a la recepción.

—Siento tener que dejar la habitación.

—No se preocupe. Si algún día necesita una, ya sabe dónde estoy.

—Lo tendré en cuenta, señora. Buenos días.

Le digo adiós y salgo de allí. Pido un taxi. Con la maleta no quiero caminar por las calles llenas de niebla, y este frío gélido que hace no es nada agradable.

Me instalo en mi nuevo apartamento y pongo todas mis cosas en orden.

Luego salgo a comprar a una tienda que hay cerca. Tengo que hacer una buena compra con todo lo que necesito: comida y bebida de reserva para no ir cada día a comprar. Cuando lo dejo todo organizado, me doy una ducha.

El primer día se me ha pasado deprisa. Me pongo a hacer la cena: una ensalada; no me apetece nada más. Luego me voy a la cama, pero a pesar de lo cansada que estoy, no puedo dormir muy bien. Extraño mi cama y pienso en Alan. ¿Cómo se comportará cuando me vea mañana?

Me despierto muy temprano, me preparo el café y lo tomo sentada en la cocina. Suspiro mientras pienso. No va a ser nada agradable el encuentro, estoy segura.

Se acerca la hora de ir a la comisaría, así que entro en mi dormitorio para vestirme. Me pongo una blusa blanca, un traje de chaqueta gris oscuro, unos zapatos negros aptos para trabajar y me recojo el cabello en un moño. Me maquillo muy poco, solo un poquito de color; mi mirada gris reluce. Deseo verlo pronto y le tengo miedo al mismo tiempo, pues no sé cuál va a ser su reacción cuando me vea. Me pongo la gabardina gris que tengo colgada de la percha cerca de la entrada y mi sombrero. Salgo del piso y veo al dueño del bloque barriendo la puerta.

—Buenos días, señorita Black —me saluda.

—Buenos días, Bruno. Me voy al trabajo.

—Que pase un buen día en su trabajo, señorita.

Le sonrío y me voy paseando tranquila. Llego a la comisaría, me identifico y pregunto por el capitán Joseph Ryan. Un policía bajito me lleva al despacho. Al llegar, escucho la voz del que será mi capitán:

—Pase, señorita Black.

Entro un poco cortada. Él se levanta y me da la mano.

—Mucho gusto en conocerla, señorita Black.

—Buenos días, capitán, igualmente le digo.

—Le doy las gracias por venir. ¿Está dispuesta a trabajar con el equipo del comisario Alan Barton?

—Sí, señor, para eso he venido, pero estoy un poco preocupada. Me han dicho que el señor Barton es un poco borde.

—No se preocupe por el comisario. Él nunca está de acuerdo con nada, es un amargado. No debe preocuparse por él. Si no está de acuerdo con usted, que se aguante. Yo contrato a quien estime oportuno, a usted o a otra persona, da igual. Lo que piense el comisario Barton me trae sin cuidado. Señorita Black, tiene usted muy buenas referencias. Su jefe está muy contento con sus

servicios.

—Mi jefe me trata muy bien.

—Eso es porque usted se lo merece. Es para mí muy importante que intente descubrir el perfil de nuestro asesino. No tenemos ni una prueba, es escurridizo y no deja huellas... Realmente, es muy escurridizo.

—Intentaré aportar mis conocimientos en este caso y ayudar en lo que pueda.

—Perdóneme, no le he dado el pésame por la muerte de su hermana. Siento su pérdida. Espero que no le influya nada en su trabajo.

—Por supuesto que no, señor. Al contrario, miraré todo con más detenimiento. Nadie más que yo quiere coger a ese malnacido.

—Vamos, voy a presentarle a sus nuevos compañeros.

Salimos de su despacho y caminamos por el pasillo. Me dice que me espere al lado de la puerta. Entonces, escucho que les dice:

—Hola, muchachos. Ha llegado de la ciudad de High City una ayuda para este caso.

Mi cuerpo tiembla y mis piernas parecen que no tienen fuerzas para soportar el peso de mi cuerpo, convulso por los nervios y, por qué no, por el miedo que siento cuando el capitán se dirige hacia mí y me hace pasar para presentarme ante ellos. Estoy a punto de verlo. Mi boca está completamente seca y solo puedo hacer una cosa: armarme de valor. Suspiro hondo cuando me encamino hacia la puerta del despacho...

Alan



Han pasado tres días desde que se marchó Alison y aún no me ha llamado. Estoy en la comisaría, de pie delante del tablero, observando las fotos de las víctimas, y mis compañeros en sus respectivas mesas cuando entra el capitán. Es una sorpresa para mí.

—Hola, muchachos. Ha llegado de la ciudad de High City una ayuda para este caso —nos comunica.

Me quedo de piedra por el anuncio. Veo cómo el capitán va hacia la puerta y llama a la persona que han contratado para que nos ayude. Cuando la veo entrar, no puedo moverme, me quedo con la boca abierta. Estoy firme, como si me hubiesen clavado en el suelo.

—¡Os presento a la señorita Alison Black! Es psicóloga y experta en perfiles. Nos será muy útil en este caso.

Me quedo atónito; la sorpresa ha sido monumental. Jamás pensé que Alison fuera policía, pero mi mente cavila rápido contra ella. Ahora lo comprendo todo. Se ha hecho pasar por prostituta para coger ella sola al asesino, y a mí me ha utilizado para saber todo sobre el caso.

—No necesitamos a nadie, y menos a una mujerzuela —le digo con el tono más agrio que puedo para mostrarle todo mi desprecio.

—Se llama Alison Black y no es una mujerzuela. Escúchame, Alan Barton, a mí no me importa que tú no necesites su ayuda, pero yo sí necesito que este caso se resuelva lo antes posible. Ella puede sernos de gran ayuda.

Veo cómo la joven saluda a mis compañeros. Luego viene hacia mí y me extiende su mano. Me habla como si no me hubiese visto nunca:

—Mucho gusto en conocerle, comisario, es un honor para mí trabajar a su lado. Me han hablado muy bien de usted.

Qué delicada y educada, la muy descarada... Cuando soy capaz de contestarle, con voz temblorosa, le digo en un tono rudo:

—El gusto es mío. Te han destinado a mis órdenes y no puedo hacer

nada, pero quiero que sepas una cosa, y debe quedar muy claro: lo que debes hacer es obedecerme. No se tendrá en cuenta el hecho de que seas mujer, así que no creas que vas a tener algún tipo de privilegio superior al de tus compañeros.

—No es mi intención querer más privilegios que mis compañeros.

—No lo tendrás, de eso me encargaré yo. Eso es todo, y ahora, tráeme café —le ordeno.

Mis compañeros se extrañan por la forma en que le hablo y Jann me dice:

—No comprendo por qué le ha sentado tan mal que esa chica esté en nuestro equipo.

—No me gusta. Es una mujer. Ellas solo traen problemas. Estamos bien los tres solos.

—No me parece malo que nuestro equipo tenga un toque femenino.

—No te he pedido tu opinión. Aquí estáis todos a mis órdenes, que no se te olvide.

Jann se queda todavía más extrañado por mi contestación. Es la primera vez que me ven tan rabioso, y lo pago con él. Estoy indignado porque me siento engañado por ella. La veo entrar con el café y le grito malhumorado:

—¡Déjalo en la mesa! —Voy a por mi gabardina y le digo a mis compañeros con tono sombrío—: Me voy, tengo que ver a una persona.

Dejo el café en la mesa sin mirarlo y salgo de allí. No tengo que ver a nadie; lo que quiero es estar solo para sacar mis nervios de dentro del cuerpo y estar a solas con mi soledad. Me siento mal con la llegada de Alison. Siento rabia, dolor...

Una vez que entro en mi casa, me siento en el sillón. Enciendo un cigarrillo y me tiemblan las manos. Inspiro el humo hasta llenar mis pulmones de nicotina. ¡Maldita zorra! Es una policía y he caído en sus redes. Me ha engañado como a un necio. Se acostó conmigo solo para humillarme aún más.

Por mi mente entran las brumas oscuras, que llegan cada vez con más fuerza para entrar en mi alma, devorándome, machacándome el cerebro como si me estuviesen dando con un martillo en la cabeza. Siento roto mi corazón, como si me hubieran clavado mil puñales. Lo que ha entrado en mi cuerpo es veneno puro, el cual inunda mi sangre y recorre mis venas.

En este momento, he vuelto al pasado. Soy la víctima de todos mis males. Me siento como si hubiera sido un pelele en sus manos. Pienso que, si

tuviese una botella de vino, me la bebería de un trago hasta llegar a emborracharme para así apagar mi rabia. Pero entonces suena una campanilla en mi mente, alertándome de ese pensamiento destructivo. No puedo dejarlo entrar. «No —me digo con rabia—. No puedo permitir volver al pasado, no quiero volver a autodestruirme. No. No puedo caer de nuevo en mi propio odio».

Recuerdo a mi psicóloga, Lorraine Hoffma, y sus consejos: «Alan, perdónate a ti mismo, no es tu culpa. Lo hiciste lo mejor que pudiste y no supiste hacerlo mejor. No te sientas culpable de la situación que se creó a tu alrededor. Perdona todo lo que te llevó a sentir rabia y odio, libera el peso que soporta tu alma, suelta el peso que llevas en tu espalda, aleja todo lo que te duele. Te aconsejo que te quieras mucho a ti mismo. No dejes de pedirte perdón una y otra vez por tu propia actitud. Respira hondo; luego hazlo despacio y suaviza la situación, esa que no puedas dominar. Medita, relájate y verás que las cosas no son tan graves como tú las ves».

Tengo que poner en práctica los ejercicios de respiración y meditación para suavizar lo que siento en este momento dentro de mí. Vuelvo a fumar otro cigarrillo ansiosamente, dándole unas caladas profundas para sentirme mejor. Pienso que este es el momento perfecto para meditar, porque si no lo hago, volverán las negras brumas del pasado a mi vida, a mi presente. No quiero vivir más en la oscuridad del odio y el rencor; tengo que suavizar mi rabia.

Hago tres respiraciones profundas; luego mis músculos se relajan y sigo respirando suave, tranquilo. Me cuesta mucho poner mi mente en blanco porque los pensamientos me asaltaban para romper lo poco que he conseguido. Sigo inspirando, exhalando. Mis músculos se van soltando, las tensiones se relajan poco a poco y mi rabia se va suavizando hasta llegar a una relativa calma. Me siento relajado, pero necesito más tiempo y sigo hasta estar totalmente calmado, muy relajado. La meditación guiada hace que visualice lo que yo mismo creo en mi mente.

Me siento muy feliz porque me veo en un bosque de árboles verdes y troncos gruesos. Me abrazo a uno de ellos y siento que los troncos me quieren, me aman, me regalan su energía. Me siento ligero y feliz. Es la primera vez que me siento bien. Este es un momento placentero. Tener estas visualizaciones es estar en plena calma y en paz.

Esta serenidad envuelve mis sentidos. Por una vez en mi vida, todo el odio se va esfumando y una suave luz entra en mi corazón. Vuelvo despacio

al momento presente, a tomar conciencia de donde estoy. Tranquilo, retrepo mi cabeza sobre el respaldo del sillón. Estoy como si acabara de tener un buen sueño. Me voy a dormir, ya que no quiero pensar en nada más. «Mañana será otro día», me digo.

Me levanto bastante bien; he dormido toda la noche de un tirón. Mientras me hago el café, pienso en Alison. Tengo que aprender a verla allí, sentada en una mesa junto a mis compañeros. Debo controlar mi reacción y tener temple con ella, aunque me duela, y seguro que va a dolerme mucho.

Respiro tranquilo; eso es lo que debo hacer. Me tomo el café y luego salgo a la calle. Cuando llego a la comisaría, subo al despacho. No tengo uno propio. El que hay tengo que compartirlo con mis tres compañeros, que están ya sentados, cada uno en su mesa. Alison está sentada en la misma mesa que la de Sam. La observo. Lleva un traje de chaqueta azul oscuro, una camisa blanca y el cabello recogido como siempre. Tiene puestos unos zapatos negros con un tacón grueso. No se ven incómodos. En caso de tener que correr, podría hacerlo sin problemas.

—Buenos días —les digo sin mucho entusiasmo.

Los tres me saludan también. Voy al perchero y cuelgo mi gabardina y mi sombrero. Me siento en mi mesa y me pongo a revisar papeles. Jann se levanta y viene hasta mí.

—Jefe, ¿qué le parece que vayamos a preguntar por la última chica a la zona vieja de la ciudad?

—Que Sam te acompañe.

—Quería pedirle que dejara venir a Alison para que conozca la ciudad.

—No, Alison no está aquí para hacer turismo.

Jann se queda perplejo con la respuesta que le doy. Tiene la boca abierta para decirme algo, pero opta por irse y no decir nada más. Sam se va con él. Alison, cuando se ve sola, viene hacia mí y me dice con firmeza:

—Que sepas una cosa. Yo no elegí venir a trabajar aquí; fueron mis superiores los que me mandaron. No fue por voluntad propia.

—Me siento engañado. ¿Por qué no me dijiste que eras policía?

—No quise que lo supieras. Quería encontrar a mi hermana por mi cuenta, aunque, como te dije, me equivoqué.

—Me siento utilizado por ti. No te importa nada destrozar los sentimientos de la gente que está a tu lado, que de buena fe te ayuda. No significo nada para ti. Te acostaste conmigo por puro placer, ¿verdad?

—¡Eso no es verdad! Lo que pasó entre nosotros significó mucho para

mí, más de lo que piensas.

—¡No te creo! Eres una mentirosa, como todas las demás.

Veo cómo su cara se contrae. Le duele bastante lo que le estoy diciendo. Quiero hierirla aún más, hacerla sufrir.

—Por si lo quieres saber, me arrepiento de haberme acostado contigo. Actué con buena fe, intenté ayudarte. Si me hubiese acostado contigo aquella noche cuando fingiste ser una puta, no me habría hecho tantas ilusiones y no habría sufrido por tus mentiras. No voy a permitir ningún miramiento por mi parte.

—No quiero que tengas ningún miramiento especial conmigo o con el trabajo.

—¡No vas a tenerlo porque no voy a dártelo!

—No quiero que pienses que no siento nada por ti —me dice, implorando con su mirada.

—Nada, no digas nada, ya que tú no sientes nada por mí. Voy a machacarte, vas a sufrir en tus carnes lo que yo estoy sufriendo por tu desprecio.

—Yo no te desprecio, Alan, compréndelo. Te amo. Lo que me hiciste sentir fue lo más bonito que me ha sucedido en mucho tiempo. Yo no fingía nada —se lamenta Alison.

No quiero escucharla; mi orgullo no me lo permite, aunque me pida perdón una y otra vez. Pero aquí estoy, duro como una roca, incapaz de comprenderla, de no querer ver que ella me ama. Solo le digo unas palabras para hierirla aún más:

—Calla y no mientas, mentirosa. Me haces daño fingiendo que me quieres. Así que déjame en paz y vete a tu mesa.

Ella se da media vuelta y la veo sentarse en su mesa. La observo. Tiene la cabeza agachada y me da la impresión de que está llorando. Siento la imperiosa necesidad de ir a su lado y tomarla en mis brazos, pedirle perdón, besarla como el día que me despedí de ella. Me reprimo a duras penas. Estoy loco por ella, la deseo con todas mis fuerzas. Estar dentro de ella, besar sus bellos pechos, tenerla en mi cama, en mis brazos... Eso es un placer que siento. Tengo que apaciguar este deseo que me quema por dentro. Por más que lo intento, no puedo concentrarme en lo que estoy haciendo. Siento su presencia. Necesito irme del despacho, porque si me quedo aquí, voy a querer tomarla en mis brazos y perderé la cabeza del todo.

Salgo del despacho y voy a por un café. A partir de ahora, no puedo

dejar que se vayan mis dos compañeros juntos. Uno de los dos tiene que quedarse aquí conmigo.

Pasa el día a duras penas. Tenemos que salir a la calle por un problema matrimonial, una disputa de enamorados que ha terminado en nada.

Ya que estoy en la calle, aprovecho para irme a mi casa. Me hago la cena; algo liviano, pues no tengo apetito. Recuerdo los días pasados con Alison, las cenas tan ricas que me hacía... No voy a poder olvidarme de ella.

Me acuesto, pero no puedo conciliar el sueño, solo doy vueltas en la cama. Es imposible quedarme dormido. Entonces, suena el teléfono. Siento en mi cabeza un estruendo que me sobresalta. Me levanto de prisa y descuelgo el auricular. Cuando mi interlocutor me habla, no escucho bien lo que me dice:

—Comisario, buenas noches, ha vuelto otra vez.

—Ha vuelto otra vez, ¿quién? —respondo atolondrado sin entender qué me estaba diciendo.

—Perdóneme, comisario, tenemos otro asesinato. Estamos en la calle Crann, número 67.

—¡Voy enseguida!

El asesino golpea de nuevo. Otra mujer muerta, y ya es la tercera. ¿Cuándo van a terminar estos crímenes? Me visto de prisa y salgo a la calle. Como siempre, la niebla fría y gris me acompaña, humedeciendo todo lo que encuentra a su paso. A medida que avanza, lo devoraba todo por las calles, las cuales están en silencio. Solo escucho el sonido de mis pasos que van pisando los húmedos adoquines negros. Esta calle está más lejos de donde encontramos el último cuerpo y más cerca del pie de la montaña. Es la última de la ciudad vieja.

Cuando llego, me encuentro que Alison está analizando el cadáver. La observo y le digo agresivamente, hiriéndola:

—No tienes por qué tocar el cadáver. Soy yo el que puede hacerlo y ver su herida.

—Lo siento, comisario, no sabía que no podía reconocer el cadáver.

—Pues ve acostumbrándote. Aquí no eres la jefa de nada. Aquí, quien manda soy yo.

Me doy cuenta de que a mis compañeros no les gusta cómo me dirijo a Alison, el trato denigrante y despectivo con que le hablo. Ellos se limitan a callar. Cuando miro bien al cadáver me doy cuenta de quién es la mujer. Me quedo frío. Es la última prostituta que vino a mi casa, la que me dio tanto

placer. Su piel blanca y su cabello rubio resaltan el negro de sus labios y el círculo de los ojos. Veo que está vestida con ese mismo disfraz. Con mi pequeña linterna, la ilumino por detrás. Le inclino la cabeza hacia delante y le veo en la nuca un mechón de cabello negro. Me había parecido que no era rubia natural.

—¿La has fotografiado? —le pregunto a Sam, poniéndome de pie.

—Sí, señor, he fotografiado todo lo que he podido y he peinado el perímetro, y nada. El suelo está limpio, no hemos encontrado ni una huella. Todo es como con las otras.

—Vosotros tres marchaos. Hoy me quedaré yo esperando al forense. No va a tardar mucho.

Alison se dirige a mí:

—Quiero quedarme, señor, si me lo permite.

—No te lo permito, no te quiero aquí. Márchate con Jann y Sam.

Alison se marcha contrariada y yo me quedo porque quiero hablar con el forense, quien llega protestando:

—Este asesino me pone nervioso. Esta mujer ha muerto hace pocas horas. Yo diría que entre dos o tres.

—Nos está poniendo a todos a prueba. No puede ser tan cuidadoso. Tiene que tener un punto débil —le digo al forense.

—Lo tenga o no, es muy metódico.

—Quería hacerle una pregunta.

—Dígame, comisario.

—Si el asesino cargara con ella en sus hombros, ¿cuántos metros podría recorrer?

—Eso no se puede descifrar. Aun sabiendo el lugar donde las mata, no se podría calcular.

—Lo siento, me he dejado llevar buscando algo que me lleve a él.

—Cuando le haga la autopsia, podría tener una noción exacta de la hora en la que le sobrevino la muerte y el peso de ella para tener ese punto por el que me ha preguntado. Por ejemplo, si murió a las doce, aquí apareció a las tres de la mañana. Quizás se podría analizar la distancia, pero eso dependería de la fortaleza del asesino y del peso que cargase.

—No tome lo que le he dicho en consideración.

—No es tan descabella su teoría, pero sí difícil de acertar. Puede ser de orientación.

—Por ahí llega el juez. Cuando termine, ¿puedo ir al depósito con

usted?

—Sí, por supuesto, vamos. Mi ayudante se encargará de todo. Maldita calle. No se puede entrar con un coche. Se tarda mucho hasta llegar a donde tenemos aparcado el furgón.

Me voy con el forense. Quiero ver primero el rostro de esa mujer con el cabello negro.

—¿Sabe una cosa? La mujer no es rubia —le digo.

—No la he observado detenidamente porque tengo tiempo de hacerlo en el depósito. ¿Cómo lo sabe? ¿La conoce?

—Creo que sí, pero quiero estar seguro cuando le quite la peluca y la pintura de la cara.

Es casi de día. Cuando el cuerpo está en la mesa de la autopsia, observo cómo el forense le quita la peluca y aparece su cabello negro y largo. Este descansa en la fría mesa de acero. Veo que el forense limpia con mimo el cadáver y le va quitando la pintura de los labios y los ojos. Cuando está limpia, la fotografía. Entonces, le digo:

—Necesito una foto de ella. Tengo que encontrar a su familia.

—Pronto estarán listas, no se preocupe, comisario.

Antes de salir de la sala de autopsias, me da las fotos de la mujer.

—Aquí tiene las fotos, comisario.

—Dígame qué ha sacado de su muerte.

—Al igual que las otras dos, esta mujer murió estrangulada con una cuerda, la cual es de un material suave. No tiene las marcas muy pronunciadas ni heridas a su alrededor, así que yo diría que es un lazo o algo similar.

—Interesante. Muchas gracias, me voy. Tengo que ir a comunicárselo a su familia.

—Adiós, comisario.

Salgo del anatómico. Tengo las fotos de la mujer en mi bolsillo. Creo que se llama Helen. Son cerca de las doce del mediodía. Camino largo rato por las calles porque necesito dar un paseo antes de llegar a mi destino. Sigo caminado entre la niebla, que no deja que el sol caliente la fría mañana. No quiero caminar deprisa, así que lo hago despacio. Veo un bar, entro a tomar un café y pido también un bocadillo. Una vez terminado el desayuno o el medio almuerzo, salgo a la calle y sigo mi camino. Voy directo a la agencia El pájaro oscuro. Necesito información de la mujer.

Una vez frente a la agencia, entro en el edificio y camino por un pasillo.

Un poco más adentro, al fondo, está la puerta. El lugar está en el bajo del edificio. Llamo al timbre y espero a que me abran. Lo hace una mujer de unos cuarenta años, que me pregunta al verme:

—¿Qué desea, caballero? Nosotros atendemos solo por teléfono.

—No vengo a pedir una chica. Soy policía, vengo a pedir información. ¿Puede decirme si conoce a esta mujer?

Le enseño la foto de Helen. La mujer se pone la mano en la boca.

—¡Es Helen! ¿Qué le ha pasado?

—Está muerta, la han asesinado, y esta es la segunda chica de su agencia. La primera fue la señorita Jessica Black.

—Jessica no era una prostituta, solo una chica de compañía, no tenía relaciones sexuales con los clientes. Eso fue lo que se contrató con ella. En cambio, Helen era diferente, ella sí necesitaba sexo, pero por ser quien era, le daba siempre los clientes más selectos que tenemos.

—¿Por ser quien era? ¿A qué se refiere?

—Ella no necesitaba dinero para prostituirse. Lo hacía por puro vicio, porque necesitaba sexo, y por eso le daba clientes de confianza.

—Comprendo.

—Pobre Helen. No se merecía este final.

—Bien, y anoche ¿con quién estuvo?

—Anoche no trabajó para nosotros.

—¡Que no trabajó! —exclamo sorprendido—. ¡Eso es imposible! Anoche apareció muerta en la ciudad vieja.

—Le repito de nuevo, señor, que anoche no trabajó, pero sí estuvo con un cliente. Se lo buscó ella en otro lugar fuera de esta agencia. Ya no tiene remedio, pero si eso lo hace una chica nuestra, la despedimos. En esta agencia no permitimos que trabajen por su cuenta.

Me quedo perplejo; parece que me han echado un jarro de agua fría sobre la cabeza. Tenía las esperanzas puestas en la agencia. Pensaba que había una pista fiable y que tendría al asesino a punto de dar con él. Pero ahora todo se desvanece y hay que empezar de nuevo. ¡Maldito miserable hijo de puta!

—Lo siento, señor, no puedo creer que un cliente nuestro sea un asesino, me niego a creerlo. Tenemos poca clientela, pero muy selecta.

—Dígame dónde vive Helen para avisar a su familia, si la tiene.

—Sí, por supuesto, tome su ficha. Está todo aquí, su teléfono y la dirección donde vive, digo..., vivía la pobre. Qué mala suerte ha tenido.

—Gracias. Si algún cliente se porta de una manera extraña, puede llamarme.

Cuando le doy mi tarjeta, la mujer exclama:

—¡Señor Alan Barton, me alegro de conocerlo! Solo hemos hablado con usted por teléfono.

—Sí, señora, soy uno de sus clientes llamados «selectos».

—Siempre hemos querido que usted se quede satisfecho con nuestro servicio.

—Nunca me he quejado, estoy contento. Lo siento, señora, pero tengo que irme. Por favor, llámeme si nota algo extraño.

—Le avisaré sin duda. Gracias, señor Barton, por confiar en nosotros.

Salgo de allí con mal sabor de boca y me dirijo a la comisaría. En el despacho estaban los tres esperando a que yo llegase. Le doy la dirección a Sam.

—Buenos días a todos. Sam, llama a la familia de la mujer asesinada, he podido identificarla. Comunícales la muerte y que vengan a identificar el cadáver.

—Jefe, ¿cómo ha podido identificar tan pronto a la víctima?

—Ha sido cuestión de suerte. Cuando salí del anatómico, fui a investigar. Tuve suerte de encontrar a una persona que la conocía.

Sin decirle nada más, me voy para mi mesa, me siento en mi silla y suspiro. Una hora más tarde, llega un hombre de unos treinta y siete años, alto, moreno, con porte de ejecutivo, con un traje de chaqueta gris y una corbata de rayas transversales que le hacen juego con su traje. Lo veo destrozado. Por un momento, me veo en su lugar. Aquel hombre no entiende por qué lo han traído a la comisaría. Lo primero que hace es presentarse:

—Me llamo Edward Sweet, y soy el marido de Helen. Dígame por qué me ha llamado. ¿Qué le ha pasado a mi mujer?

—¿No se lo han dicho?

—¿Decirme qué? Comisario, un agente me ha dicho que viniese a hablar con usted. ¿Qué es lo que tiene que decirme?

Sam me ha puesto en un compromiso; no le ha comunicado la muerte de su esposa. Le muestro las fotos del cadáver de su mujer. Cuando las ve, se queda mudo y tembloroso y me mira pidiéndome información. Intentado no ser brusco, le digo:

—A su mujer la hemos encontrado esta madrugada, muerta.

El hombre se queda paralizado y su cara se va contrayendo sin

comprender lo que está escuchando.

—¿Helen muerta?! ¡¿Mi mujer asesinada?! Eso no puede ser. Ella se fue anoche a la clínica a hacerle compañía a su madre.

—¿A qué clínica? Dígame cuál es.

—Es una clínica para personas mayores.

—Sam, llama a la clínica.

No tarda en llamar cuando el señor Sweet le da el número de teléfono.

—Mi compañero pronto nos dirá lo qué pasó anoche en la clínica.

El señor Edward Sweet está en estado de conmoción. Sam no tarda en llegar con la respuesta.

—En la clínica solo hay una joven que suele hacer los días que su mujer no va para estar con su madre.

—Pero ¿qué broma es esta? No comprendo nada. Si mi mujer no está con su madre, ¿dónde ha ido?, ¿por qué no ha venido esta mañana a casa? ¿Dónde ha ido mi mujer, puede decírmelo?

—Siento lo que voy a decirle. Su mujer ejercía la prostitución.

—¡¿Qué está diciendo usted?! —exclama el hombre como un loco, dando dos palmadas en la mesa y poniéndose de pie—. ¡Eso no es cierto, no puede ser cierto, no puede ser! ¡Es una calumnia lo que usted está diciendo! ¡Lo denunciaré por injurias! ¡Mi mujer es incapaz de hacer esa barbaridad!

—No le miento, señor. Lo siento mucho, pero es la verdad. Como le digo, su mujer necesitaba sexo.

—Es usted un miserable, ¿cómo puede hablar así de mi mujer?

—Anoche, su mujer tuvo una cita y quedó con un hombre. Ella fue a acostarse con él y se encontró con la muerte.

—¡No puede ser! Yo se lo he dado todo: una casa, un alto nivel de vida... He trabajado para que tuviera lo mejor.

—Piense usted si le ha dado todo lo que ella necesitaba.

El hombre se queda callado, mirándome como si no entendiese lo que le digo. Tras ese silencio, da con los puños en la mesa y me mira con su mirada llena de odio.

—¿Sabe lo que le digo, comisario? Que coja al asesino lo antes posible porque no le dejaré tranquilo hasta que lo haga —me dice con toda la rabia y despecho que siente en su corazón, esa rabia que comprendo muy bien porque la he vivido en mis propias carnes.

El hombre se marcha abatido; la noticia lo ha dejado sin fuerzas. En este momento, solo siento rabia hacia mí, y veo en ese hombre el reflejo de

mí mismo tantos años atrás. Suspiro y tomo aliento; la charla me ha puesto tenso. Me pongo de pie y miro de nuevo el cuadro y el plano de la red de alcantarillados. Algo falta en mi puzle, y necesito a una persona que sea conocedora de la ciudad.

Me voy de la comisaría sin decirle nada a mis compañeros, que se quedan confusos y sin saber qué hacer. Salgo a la calle, me dirijo al ayuntamiento y pregunto por el responsable del catastro. No puedo verlo hoy, pero concreto una cita para el día siguiente. Miro el reloj; ya es tarde para ir a la comisaría. Me voy para mi casa y desde allí llamo a la comisaría. Me contesta Alison:

—Hola, comisario, ¿qué desea?

—Llamo para decirte que esta tarde no voy a ir trabajar y que mañana tengo una cita por la mañana, así que tardaré en llegar. ¿Puedes comunicárselo a los muchachos?

—Sí, comisario, descuide, se lo comunicaré.

—Alison, quiero que le digas a Sam que mañana empiece a investigar a Helen y su entorno. Que investigue también a la mujer que se quedó con su madre, todo lo que pueda recopilar.

—Y yo, comisario, ¿qué hago?

—Tú te quedas en la comisaría para coger el teléfono. Adiós.

Le corto el teléfono sin dejar que me conteste. Me siento en mi sillón y enciendo un cigarrillo. Ansioso, inspiro una buena bocanada de humo, que entra en mis pulmones; luego lo expulso despacio e intento hacer figuras con él. Después de fumármelo, me siento relajado y me quedo adormilado.

No sé el tiempo que he estado durmiendo. El timbre de la puerta me despierta. «¿Quién será ahora? ¿Será la agencia, que me manda a otra puta?». Cuando abro la puerta me quedo sorprendido, sin dar crédito a lo que veo. Es Alison. Viene de la comisaría, ya que trae el mismo traje que tenía puesto por la mañana.

—¿No me invitas a pasar? —me dice.

Tartamudeo, no puedo hablar, así que le indico con la mano que entre. Estoy tan sorprendido... Ella entra como si fuera una princesa. Una vez dentro, me dice sonriente:

—No me esperabas, ¿verdad?

—No. ¿Qué haces aquí?, ¿qué quieres? —le pregunto.

—Hablar contigo —me dice con firmeza.

—¿Qué quieres decirme?, ¿qué es lo que deseas? Si has venido a

decirme que te dé más protagonismo en mi equipo, no voy a dártelo.

—No vengo a implorarte ni a que me des más protagonismo. Vengo a decirte, para que te quede bien claro, que mis sentimientos son sinceros, aunque tú estés tan ciego de rabia y no quieras creerme. No te engañé en nada, no fingí cuando me acosté contigo. Lo hice porque me gustas y porque me sentía bien a tu lado.

—Claro que no te creo. Siento que has jugado conmigo. Me he sentido humillado por ti, por tu engaño.

—Deja de sentirte y hacerte la víctima. Eso te funcionó en el pasado, pero ahora no te va a funcionar. Que no me quieras en tu equipo puedo comprenderlo, pero no creo que me odies. Te estás poniendo una careta, igual que siempre, para demostrar que eres un hombre duro. De sobra sé muy bien que tú sentías lo mismo que yo aquella noche. Solo voy a decírtelo una vez: no te mentí, te deseo y quiero demostrártelo.

Alison habla firme. Tiene razón en los sentimientos: yo la quiero con locura. Esta rabia que siento cuando estoy delante de ella se disipa, y más cuando se acerca, me besa en los labios y me acaricia la nuca, haciendo que sienta sus dedos entre mis cabellos, acariciándolos.

No puedo resistirme; la deseo tanto..., con un deseo ardiente que no puedo controlar. Me dejo llevar, la atraigo hacia mí y le meto mis manos debajo de la chaqueta, sintiendo el calor de su cuerpo. Resbalo mis manos sobre la suave tela de su camisa y le quito la chaqueta. Poco a poco le desabrocho la cremallera de su falda y luego los botones de su blusa.

No puedo más. La tomo en mis brazos y me la llevo hacia el dormitorio. Mientras ella me besa el cuello, siento un cálido resuello junto a mi oreja. Su olor llega a mí, embriagándome con su perfume, que huele a mil flores. La dejo en la cama y ella me coge del cuello sin dejar de besarme. Me desnudo; ella ya lo está. Sus preciosos pechos están ante mis ojos. Me entrego a ella en cuerpo y alma, sin pensar en aquella bruma negra que me hizo pensar tan mal de ella cuando la vi.

Beso sus pechos y los acaricio hasta no poder más. Mi boca se abre para entrar en uno de ellos. Luego voy lamiendo su areola, succionándola una y otra vez. Paso de un pecho a otro, sintiéndola suspirar, y luego bajo besando el sedoso lienzo de su piel hasta llegar a su ombligo. Pongo mis manos sobre sus caderas y acaricio sus muslos. Quiero volverla loca de placer antes de penetrarla. Beso su vulva y siento en mis labios el vello púbico; me gusta mucho. Yo sé bien que meter mi lengua entre sus labios mayores es

altamente erótico, y eso hago sin esperar más.

Mis caricias sobre esa zona la estimulan y le dan mayor placer. Estoy tan emocionado con sus nalgas entre mis manos que me adentro en lo más hondo de su deseo, haciendo que Alison gima y se estremezca de placer. No puedo esperar mucho. Tengo una enorme erección, y solo con entrar en su sexo apagaré mi fuego abrasador. El deseo de tenerla es más fuerte que mi razón. Quiero penetrarla, estar dentro de ella y perderme en el orgasmo de un placer sin límites al mismo tiempo que los dos estallamos juntos, como se juntan las notas de una dulce melodía.

Cuando la penetro, ella se estremece. Necesita que la ame, que le dé todo mi amor hasta hacerla vibrar. Me entrego a ella en un vaivén de dulces movimientos cada vez más excitantes. El orgasmo llega dejando nuestros cuerpos presos entre los espasmos que sentimos. Me quedo sobre ella y siento su corazón galopar entre su respiración alterada. No tardo en besarla de nuevo. Ella se acurruca entre mis brazos. Mi adorada niña, ahora quiero regalarle palabras llenas de sentimientos, de ese amor que siento por ella.

—Alison, no vuelvas a dejarme, quédate a mi lado. Terminemos con este caso y busquemos una casa para nosotros dos.

—No quiero alejarme de ti. Quiero estar contigo todos los días de mi vida. ¿Qué me dices ahora?, ¿me odias o me quieres?

—Te quiero, te quiero. ¿Y tú me quieres, Alison?

—Yo también te quiero, Alan. ¿Lo dudas?

—No lo sé. Hasta que no te vea viviendo a mi lado no voy a estar seguro, y voy a sentirme celoso de quien te mire, como por ejemplo de Jann. Él te observa de una manera... Es como si te desnudara con la mirada.

—¡Jann, dices! ¡Qué cosas tienes! No me he dado cuenta.

—Es joven y guapo, y seguro que le gustas, porque te mira que parece que va a comerte.

—¿Tienes celos de él porque crees que tiene algo que no tengas tú?

—No tengo celos, Alison. Lo que tengo es muchos años más que él.

—Deja de decir bobadas y no pienses más en nadie.

—¿Quince años más o menos no te parecen significativos? Seré un viejo y tú estarás joven y guapa.

—Me haces reír. ¿Crees que un joven me dará más de lo que tú me das? Lo que me has hecho sentir es una cascada de sensaciones placenteras que cada día recuerdo, y por ello no puedo olvidarte.

—Y que voy a hacerte sentir de nuevo. No quiero que lo olvides nunca.

Ven a mis brazos. Quiero sentirte otra vez a mi lado, amarte, perderme en tu cuerpo, entrar dentro de ti.

La beso nuevamente, despacio. Con la yema de los dedos voy acariciando su piel. Le hago cosquillas y se estremece, pegándose a mi cuerpo. La hago mía de nuevo, con toda mi alma, poniendo mi corazón. La abrazo hasta que el sueño me vence a su lado.

Cuando me despierto por la mañana, la siento en la cocina. Un olor a café invade todos los rincones de la casa. Salto de la cama, me pongo una camisa para tapar mi desnudez y corro a la cocina. Ella tiene puesta mi bata. Lo primero que hago es darle un beso y los buenos días:

—Hola, mi amor, ¿cómo has dormido?

—Muy bien, buenos días. He hecho café, ¿te pongo una taza?

—Déjalo, quiero besarte, acariciarte una vez más.

La beso en los labios y luego en el cuello. Le levanto la bata; no lleva nada puesto debajo.

—Uuuh, aquí en la cocina, ¿te imaginas sobre el mueble?

—¡De pie! —exclama Alison.

—Sí, de pie. Déjame hacer a mí.

Quiero hacer el amor de pie, contra el mueble, y ella frente a mí. Le tomo su pierna izquierda y se la sostengo con mi mano derecha por encima de la rodilla. Ella echa sus caderas un poco hacia delante para facilitar la penetración y mete su pierna entre las dos mías para formar un trípode que me permita aguantar, pero no está cómoda.

—No puedo aguantar mucho más tiempo de esta manera. Tenemos que practicarlo más —me dice. Posiblemente, no es buena idea, o como dice ella, hay que practicar más veces.

—Espera, que me siento en la silla. Ven, ábrete de piernas sobre mí.

Ella se sienta y se abre de piernas sobre mi regazo. Me mira con los ojos muy abiertos y besa mi boca. Me estiro un poco hacia abajo para estar mejor dentro de ella. Esta postura le gusta mucho y comienza a moverse. Se le escapa un quejido de sus labios.

El orgasmo nos llega rápido. Ella echa la cabeza hacia atrás mientras se balancea entre las brumas del placer. Cuando todo llega a su fin, me susurra:

—Esto es genial y una locura al mismo tiempo.

—Una dulce locura, muy dulce. ¿Cómo lo hacemos, Alison? En la comisaría no pueden saber esto de nosotros. Tienes que perdonarme cuando sea duro contigo. Sabes que no lo siento.

—No voy a tenértelo en cuenta; debe ser así. Delante de todos, eres el hombre duro y sin sentimientos. Ahora tómate el café, que se nos hace tarde. Si seguimos así, no nos iremos, y no podemos permitirnos que se den cuenta de lo nuestro.

—Hoy por la mañana no voy a la comisaría. Tengo una cita, llegaré tarde.

—Es verdad, no lo recordaba. Antes de ir, voy a pasar por mi apartamento a cambiarme de ropa.

Me besa antes de ir al dormitorio. Cuando sale, está vestida; luego entra en la cocina. Me acerco a ella y le susurro muy bajito:

—Te espero esta noche

—¡No, esta noche no! —exclama ella.

—Alison, voy a echarte de menos. No sé si voy a aguantarlo. ¿Dónde vives?

—No voy a decírtelo.

—Sabes que puedo averiguarlo fácilmente. —Le sonrío pícaramente y la beso en los labios.

—Por favor, Alan, no fuerces las cosas. Lo que nos ha pasado esta noche ha sido maravilloso. La semana que viene vendré de nuevo, mi amor.

—De acuerdo, te estaré esperando, pero necesito verte cada noche.

Me da un beso y se marcha. Luego me quedo sentado en la misma silla donde antes la he tenido sobre mi regazo. Alison es una fiera entre mis brazos; me quiere, me desea. En un momento, todas las brumas oscuras de mis pensamientos desaparecen a través del horizonte de mi esperanza. Me siento superfeliz. ¿Cómo pude pensar tan mal de ella? Está visto que no doy ni una.

Todos los dulces pensamientos son barridos por la sombra negra del psicópata, el cual se había borrado de mi mente. Tengo que ir a mi cita, no puedo olvidarme, y tengo que inspeccionar todas las casas colindantes al otro lado de la ciudad vieja, las que están detrás del monte.

Me tomo el café. Luego entro en mi dormitorio y me visto. El cuarto aún huele a su perfume de mil flores. Miro la cama deshecha. Tengo que cambiar las sábanas, ya que están machadas. Lo hago deprisa, aunque aún tengo tiempo de llegar al ayuntamiento. La cama queda perfecta. Tomo las sábanas y las llevo al cesto de la ropa sucia. Entro en la cocina, recojo las tazas del café, las friego y las coloco en su sitio. Me voy para la puerta, me pongo la gabardina, salgo al pasillo, cierro la puerta tras de mí y bajo por las

escaleras hasta llegar a la calle.

La mañana está con niebla, como siempre. Camino por las calles hasta llegar al ayuntamiento. Me atiende un hombre mayor de unos cincuenta y cinco años, de mediana estatura y más bien un poco grueso. Me mira, y veo en él cierta curiosidad.

—Buenos días, comisario, ¿en qué puedo ayudarle? —me pregunta.

—Buenos días, necesito información sobre la parte trasera de la ciudad vieja tras esa montaña. ¿Puede decirme si hay casas en algún lugar sobre el plano que no puedan verse?

—Sí, sé muy bien sobre la parte por la que pregunta. Ahí no hay viviendas... No, miento. En ese lugar hay una casa. Es muy antigua. Era de un hombre adinerado que murió joven. Dejó una mujer bastante hermosa y un hijo de corta edad, creo. No estoy seguro de que la montaña le pertenezca, pero estoy recordando y creo que sí.

—No se preocupe usted por eso, no es relevante. ¿Qué pasó con la mujer y su hijo?

—Una terrible historia. La madre se desposó de nuevo con un hombre más joven que ella.

—Y el niño, ¿qué fue de él?

—No tardó en meterlo en un colegio interno, pero cuando el chico tuvo catorce o quince años, la madre y su marido murieron en un accidente de coche. Fue un accidente muy extraño. El coche cayó al agua con los dos dentro. Los investigadores no encontraron ninguna avería ni nada. Es como si ellos no hubiesen podido evitar el accidente, como si se hubiesen quedado dormidos. El pobre muchacho se quedó solo.

—¿Sabe si el chico ha estado fuera de la ciudad?

—Supongo que sí, aunque no puedo asegurárselo. Supongo estudiaría donde su madre lo internó o en la universidad. Por su edad, yo diría que debe haber terminado ya los estudios. La verdad es que no puedo decirle nada con exactitud.

—¿Y puede decirme cómo se llama el chico?

—La familia se apellida Spencer. El chico creo que se llama Richard. Sí, Richard Spencer.

—Muchas gracias por la información. Me ha sido de gran ayuda.

—De nada, comisario, ha sido un placer charlar con usted.

Salgo a la calle con una idea fija en mi cabeza. Tengo que ver los archivos de la investigación de la muerte de la señora Spencer y su marido.

Le doy vueltas a esta posibilidad respecto al plano de la ciudad. Me ronda la idea por mi cabeza. No sé cómo puedo relacionar las alcantarillas con el asesino.

Voy caminado ausente, dándole vueltas a esa familia. Ya me encuentro cerca de la comisaría cuando escucho un murmullo de personas hablando. Veo que en la puerta hay un montón de periodistas. Alison está dando una rueda de prensa. No sé qué me entra por el cuerpo, qué se me pasa por la mente al verla hablando con los periodistas, pero siento una sensación muy extraña. Entro en la comisaría y, al pasar por la muchedumbre de periodistas, escucho a Alison decir:

—Calma a todos, iré contestado a todas las preguntas una por una.

—¿Tienen ya controlado al asesino?

—El asesino es un psicópata, y queremos proteger a todas las mujeres de la ciudad. Desde la comisaría hacemos un llamamiento a todas las mujeres. Sobre todo, queremos decirles a las chicas jóvenes que no salgan solas, y si son abordadas por personas desconocidas, no las escuchen, desconfíen de ellas. Si tienen que salir, vayan acompañadas por personas mayores, siempre.

—¿Tienen ya una pista sobre el asesino? —pregunta un periodista.

—Sí, tenemos varias pistas muy fiables. Pronto el asesino será detenido —responde Alison.

No puedo creer lo que escucho. Subo deprisa porque quiero hablar con el capitán Joseph Ryan. Lo veo sentado en su despacho. Tiene la puerta abierta. Toco en la hoja y me hace una señal para que entre.

—Buenos días, capitán.

—Buenos días, señor Barton.

—Quiero saber de quién ha sido la idea de dar una rueda de prensa.

—Mía, ¿tiene algo que objetar?

—¡Sí, señor! Con esta rueda de prensa puede poner en peligro la vida de la señorita Black.

—Alison es policía; sabe y conoce ese riesgo. Si le interesa saberlo, esto es un señuelo, así que tenga los ojos muy abiertos. Este caso me tiene loco. Son ya tres mujeres las que han muerto en poco tiempo.

—Hacemos lo que podemos.

—No lo dudo, pero yo necesito más información, tener a ese asesino ya identificado, y estamos sin saber nada aún. Ahora déjeme solo, puede retirarse.

Salgo del despacho del capitán peor de lo que he entrado. Me siento mal. Algo me dice que esto traerá malas consecuencias que no van a gustarme. Voy al archivo. Quiero buscar el expediente de la señora Spencer. Aquel accidente sucedió hace casi diez años y me intriga desde esta mañana. Algo me dice que indague en aquel suceso.

Encuentro el expediente y lo leo despacio, aunque sé que lo haré mejor en el despacho. Subo, me siento en mi mesa, abro el expediente y miro quién lo redactó. Era un policía que ya está jubilado, pero su compañero aún está en activo en el cuerpo, y se llama Dick Lee. Descuelgo el teléfono, marco el número de su delegación y le dejo un mensaje a Dick. Él no tarda en ponerse en contacto conmigo y concreta una entrevista antes de terminar su turno.

Llega la hora que hemos concretado y el hombre se presenta en mi despacho. Rondará los sesenta años. Es alto, con el pelo rubio, quizás por eso puede disimular sus canas, y de mirada marrón. En su rostro se le notan algunos surcos; las arrugas conviven con él. Observo que de joven seguramente fue más gordo, por eso tiene tantas arrugas. Se sienta delante de mí y me habla un poco sorprendido:

—Buenas tardes, comisario, ¿a qué se debe su llamada?

—Hola, señor Lee, le he llamado porque quiero que me hable de un caso, un accidente que sucedió hace unos diez años y que usted investigó. Es el caso de la señora Spencer.

—Sí, me acuerdo, fue terrible. Los Spencer vivían en una zona que linda por la parte del río. La única manera de llegar es por la parte de la ciudad nueva. Parece estar cerca, pero en realidad está lejos. El camino que lleva a la casa se ve frente al río, pero para llegar a ella hay que dar un rodeo de varios kilómetros.

—Dígame qué pasó.

—Se encontró el coche en el río, pero lejos de donde cayó. En ese momento pensamos que algo extraño les ocurrió. El coche tuvo que caer cerca de su propiedad. No sé explicar dónde ni cómo sucedió.

—¿Qué pensasteis en aquel momento?

—Que al matrimonio le pasó algo grave. Su casa está arriba, bien dentro del bosque y junto a la montaña, donde hay una bajada pronunciada. Nuestra hipótesis es que tomaron mucha velocidad o estaban distraídos. Al llegar al cauce del río no giraron, sino que siguieron recto y cayeron al agua, y la corriente los arrastró.

—¿Encontrasteis el coche? ¿Investigasteis si tenía averías o los frenos

no respondieron?

—Nada, comisario, no tenía avería alguna, todo estaba correcto.

—Hábleme del hijo de la señora Spencer. ¿Llegó a saber qué fue de él?

—El chico estaba en un colegio interno, pero el día del accidente se encontraba en la casa de vacaciones. Tendría unos quince años más o menos. Se quedó destrozado. Le preguntamos qué iba a ser de su vida, si tenía familia... Él nos dijo que quería seguir estudiando. Un par de días después fue el entierro de las dos personas muertas.

—¿No investigó nada más?

—No, comisario.

—¿Por qué lo investigó como si fuera un accidente? ¿No sospecharon de algo más?

—Sí que lo pensamos, pero no vimos prueba alguna de que fuera un homicidio. Luego, por orden del gobernador, se cerró el caso; era amigo de la señora. Todo se quedó en que fue un accidente. Por raro que nos pareciera, era increíble que se cayeran al agua. Eso nos hizo pensar mucho, ¿comprende, comisario?

—Sí, lo comprendo. Después de la investigación, ¿qué pasó?

—Se consideró como un accidente de coche. La autopsia que le practicaron a los cadáveres no dio ningún resultado extraño. Lo más verosímil que pudo suceder fue un descuido o un golpe de sueño, o también un caso en el que podrían haber bebido más de la cuenta.

—Muchas gracias, señor Lee.

—A sus órdenes, comisario.

Lo veo marcharse. Me ha dejado igual que al principio y con las mismas dudas. Algo me dice que tengo que ir por allí.

Mis compañeros están cada uno en su mesa. Veo entrar a Alison. Hace rato que ha terminado la rueda de prensa. Cuando entra, la llamo y le digo cabreado:

—¿Has dado una rueda de prensa sin avisarme! ¿A qué juegas?

—Me lo ha ordenado el capitán, es mi obligación.

—¿No te has dado cuenta de que vas a poner tu vida en peligro, Alison?

—Esa es tu opinión. No tiene por qué ser así de grave.

—¿Te imaginas que el asesino lea mañana la prensa y te vea? Te has expuesto en público. Ya te conocerá.

La conversación se va caldeando. Tengo miedo por ella. Mis compañeros me miran sin comprender por qué la trato de esa manera. No es

la primera vez que le levanto la voz. Ella se mantiene en silencio y a mí me duele en el alma tener que gritarle, pero tiene que ser así para ocultar nuestros sentimientos. Entonces, entra el capitán y, al escuchar las voces, me amonesta:

—Señor Barton, cálese y deje de gritar a Alison. Ella está haciendo su trabajo, y mucho mejor que usted. No quiero escuchar otra discusión, y acostúmbrese a trabajar con ella. Y sí, me dirijo a usted, señor Barton, el que pierde el tiempo buscando informes que hace diez años que pasaron. No sé qué tiene que ver con la investigación actual.

Me quedo callado. Alison ha conseguido que mi jefe se ponga en mi contra. Me siento en mi sillón sin decir nada más mientras veo cómo el capitán se va. Alison se aleja y se sienta en su mesa.

Le echo una mirada al plano y busco el lugar donde puede estar la casa detrás de la ciudad vieja. Cada vez me concentro más. Tengo la convicción de que no hay otro lugar más adecuado para depositar los cuerpos. Me levanto y salgo de la comisaría. Ninguno de mis compañeros me pregunta nada. Después de la bronca del capitán, piensan que lo mejor es dejarme solo para que se me pase el mal genio.

Salgo de la comisaría y me voy caminando por la orilla del río; quiero ver el lugar que me dijo el hombre del ayuntamiento. Tengo que caminar bastante. Al final, veo la zona de bosque. El camino por entre los árboles discurre al lado del río. No tiene baranda, es solo un camino pequeño junto a la orilla. Miro hacia arriba a ver si veo la casa, pero desde este lugar no se ve nada, solo árboles.

Me doy media vuelta y decido irme a mi casa. Ya es muy tarde. Cuando llego, me preparo la cena. Después de cenar, me siento en mi sillón y enciendo un cigarrillo, como cada noche. Pienso en Alison. «¿Vendrá esta noche?», me pregunto. Ella me dijo que no, pero tengo la esperanza de que lo haga.

Me quedo un poco adormilado. Tras un rato en esa vigilia, miro el reloj. Son cerca de las once. Me fumo otro cigarrillo; lo necesito. Pienso de nuevo en el asesino y en la casa de la colina. ¿Tendrá algo que ver el hijo de la señora Spencer? Debo ir a la universidad donde el chico ha estudiado o está estudiando y preguntar al director, así que con esa idea me retiro a mi habitación para dormir.

Alison ya no vendrá; no debo esperarla más. Poco a poco me desnudo, me pongo el pijama, levanto la colcha y me meto entre las sábanas limpias,

recordando la noche anterior cuando ella estuvo a mi lado. Recuerdo sus besos sobre mi piel, sus manos recorriendo mi cuerpo, y me estremezco por el placer que me produce recordar su respiración en mi cuello. Lentamente, me quedo dormido con sus recuerdos.

Me despierto temprano, me siento en la cama y pienso de nuevo en mi niña. Hoy no está ni en mi lecho ni en la cocina. Voy a la cocina y me hago el café mientras pienso en el día que me espera. Una vez que me visto, salgo a la calle y voy donde está el coche que me han designado. Nunca lo he cogido, pero hoy lo necesito, así que voy a por él y salgo en dirección al lugar donde se encuentra la universidad. No estoy seguro si el joven Richard Spencer ha terminado o está todavía estudiando.

Tardo más de una hora en llegar, aunque no hay mucho tráfico esta mañana. Además, no conozco bien la dirección que tengo que seguir y por eso tardo más tiempo. En llegar a la universidad se tardan unos cuarenta minutos, como norma general. Para mí, se ha convertido en una hora larga.

Una vez en el campus de la universidad, pregunto por el director. Tengo suerte porque está en este momento. Me llevan ante él. Entro en un despacho, el cual está muy iluminado y tiene grandes ventanas. El hombre está detrás de su mesa. Tiene expresión seria. Es moreno, con el cabello ligeramente ondulado y está bastante delgado. Al verme, se pone de pie para saludarme:

—Mucho gusto en conocerle, comisario, ¿en qué puedo ayudarle?

—Igualmente, señor. Vengo a pedirle información de un chico. Creo que estudiaba aquí.

—¿Cómo se llama?

—Richard Spencer —le digo, intentando ver la expresión de su cara.

—¿En qué lío se ha metido?

—En ninguno, señor, que yo sepa.

—Richard Spencer hace meses que ha terminado su carrera.

—Me gustaría que me dijese cómo era su comportamiento.

—Siempre ha sido un chico retraído, poco comunicativo, pero tranquilo. No se metía en problemas. Nunca fue un buen estudiante ni rindió lo suficiente en los estudios; le costaba llevar el ritmo de todas las materias.

—¿Tuvo algún comportamiento extraño en el tiempo que estuvo aquí?

—Nunca tuve problemas con él ni nadie se quejó de sus actos. Su madre nos lo confió cuando aún era muy pequeño. Todos los profesores intentaron que se sintiera a gusto cuando su madre falleció, y él se quedó huérfano cuando solo era un muchacho. Estábamos todos apenados por su

mala fortuna, primero su padre y luego su madre.

—Sufrió un duro golpe, sin duda, siendo tan joven.

—Por supuesto, comisario. Lo que no comprendo es que si él no ha tenido problemas, ¿cómo viene a preguntarme por su comportamiento? Me deja extrañado.

—No se preocupe por el muchacho. No es por nada, es que estamos revisando casos antiguos y hemos encontrado el de su madre, y antes de hablar con él, quería saber un poco más de su vida, ¿comprende?

—Pero ¿van a reabrir el caso de su madre?

—No lo sé todavía, señor. Tenemos que poner al día los archivos. Esto se hace de vez en cuando. Todos estos casos se estudian y se archivan de nuevo. A mi equipo le han designado los casos más antiguos, y con este caso, que fue cerrado a petición del gobernador, queremos ponernos al día.

—¡Ah! Es eso, comprendo.

—Eso es todo, muchas gracias, señor. Ha sido muy amable. Buenos días.

—Buenos días, comisario.

Salgo del campus y me meto en el coche. Muchas preguntas me ha hecho el director y no me ha gustado, por eso he tenido que cortarlo, para evitar más preguntas. Tomo la dirección a la ciudad de Black Mists para ir directo a la comisaría. Espero que mi salida no haya molestado a nadie y que el capitán no me eche otra bronca, pero me equivoco. Me está esperando, y su cara no es de buenos amigos. Veo a mis compañeros sentados en sus mesas. El capitán está muy serio y me habla con mucho genio:

—¿Se puede saber dónde ha estado? Ha cogido un coche, y en los dos años que lleva aquí nunca lo había hecho. Muy importante ha tenido que ser lo que le ha llevado a cogerlo.

—He estado en la universidad, señor.

—¿En la universidad para qué? En vez de estar con este caso a ritmo completo, pierde el tiempo con fantasmas del pasado. ¿Por qué tanta curiosidad por un caso que pasó hace diez años?

—Déjeme, capitán, tengo una razón para hacerlo.

—Una razón. ¿Acaso los muertos son ahora los asesinos? ¿Qué motivo le lleva a estudiar ese caso, que no tiene nada que ver con estos? Póngase a trabajar en algo productivo —me dice enfadado. Malhumorado y rabioso, se va.

Voy a mi mesa a pensar. No sé por dónde empezar. Me paro al lado de

Alison.

—Alison, tráeme un café, por favor —le ordeno, imponiendo mi autoridad.

La joven se levanta y va a por el café. Jann se acerca y me dice, cuando la chica ya no está:

—No sé, señor, no debe tratarla así. No es mala chica, y no hace más que despreciarla constantemente.

—Jann, no te metas en esto, no te incumbe para nada.

Alison llega con el café y lo pone sobre la mesa. Luego, sin decir nada, se sienta en la suya.

La tarde va pasando lentamente y no sucede nada nuevo. Estoy muy cansado de este caso, y más aún después de la bronca del capitán. Parece que se ha puesto en contra mía. Estoy toda la tarde callado, observando de nuevo el plano de la ciudad. Le doy vueltas a cada rincón, a cada línea...

Me levanto y salgo de la comisaría en dirección a mi casa. Me encuentro cansado. Cruzo el puente de hierro, llego a mi calle, subo las escaleras despacio, entro y me dejo caer sobre la puerta. Suspiro. Una pesadumbre me ronda. Voy a mi sillón y enciendo un cigarrillo. Fumo con ansiedad, devorando los cigarros uno tras otro.

Alison no vino aquella noche, ni tampoco la siguiente. Pasan varios días y solo la veo en la comisaría. La espero cada noche. Me siento con la necesidad de amarla, pero no llega; otra noche más de soledad sin ella.

Esta tarde he salido un poco antes. Estoy sentado en mi sillón y fumando, como siempre. «Maldito vicio. Me está consumiendo. Tengo que dejar de fumar», me digo a mi mismo una vez más. Me lo he repetido mil quinientas veces y aún no he podido dejarlo.

Oigo que suena el timbre y voy a abrir la puerta. Mi corazón da un vuelco con un palpito descontrolado. Mi estómago se revoluciona y miles de mariposas flotan en mi interior. Allí está Alison, oliendo a flores frescas, ardientes y sensuales. Se echa en mis brazos, y yo la envuelvo con deseo y la beso una y otra vez. No tardamos en pasar al dormitorio. La quiero ya, no quiero esperar, necesito estar dentro de ella. Quiero sentirla, tenerla, besarla los pechos. Ella me besa en la comisura de mis labios. ¡Cuánta suavidad me ofrece! Hace que me estremezca.

Después, mete su lengua en mi boca, atrapando la mía, y eso me pone a cien. Mi erección sube, no se hace esperar. Es una locura; nos deseamos mutuamente, parece que nos falta tiempo. Esta vez no tardo tanto, ni ella

quiere esperar. El placer que siento en este momento me envuelve en fragancias. Es un campo florido de perfume que huele a mil flores que me llega como una explosión de fragancias de aromas. Estoy en un paraíso de sensaciones. El orgasmo llega como un torrente que nos envuelve y nos llena de excitación. Repito su nombre una y otra vez entre mis espasmos de placer, y en el clímax llegamos a lo más alto.

—Alison... Alison, te quiero, mi amor. No tardes tanto en venir.

—Sabes que, por el momento, no puedo. ¿Te imaginas si nos descubren? Ni para mí ni para ti sería bueno. Podrían echarnos del cuerpo a los dos.

—Siempre tienes razón. Cuando te tengo en mis brazos, me olvido de todo.

—Debo irme ya, antes de que sea más tarde.

—¿No te quedas a pasar la noche?

—Me gustaría, pero ¿y si por algún motivo nos llaman de madrugada?

—Sí, es verdad. Pues ahora me visto y te llevo.

—Me voy sola, no quiero que vengas.

—Ni lo sueñes, preciosa. No dejaré que te vayas sola con un asesino suelto.

Me quedo pensando. Alison se da cuenta y me pasa las yemas de sus dedos por mi frente en una suave caricia que yo le agradezco con un beso.

—Sé que te frustra mucho no tener ninguna pista del asesino —me susurra.

—No puedes imaginarte lo que sufro. Alison, ¿puedes decirme cómo se forma un psicópata asesino?

—Buena pregunta, Alan. No todos los psicópatas se vuelven asesinos, aunque no sientan sentimientos por nadie.

—Dime qué motivo lleva a un psicópata a degenerarse y a hacerse un asesino.

—Alan, querido, la familia es la clave: padres severos, madres duras o padres benévolos... Hay muchas claves que pueden influir en un niño para llegar a ser un potencial psicópata. Los maltratos en esa edad temprana lo llevan a odiar y a formar en su mente la venganza.

—Sí, cariño mío, es complicado, por eso me hace estar más nervioso, sentir mucha impotencia. Este psicópata puede seguir matando, y no tengo ni una sola pista, ni una maldita pista.

—No te martirices. Haces lo que puedes.

—El capitán no cree en mí, y parece que la tiene tomada conmigo.

—¿Dónde fuiste el otro día que lo pusiste tan furioso?

—Tuve una corazonada, pero no me dio resultado. Sé que el asesino utiliza las cloacas. Tengo ese presentimiento, estoy seguro de ello.

—Sí, pero es difícil investigar las cloacas, no sabes adónde llevan. Hay tantas, que no sabemos cuáles son las que el psicópata puede utilizar.

—Cierto, es complicado y difícil investigar allí sin saber de qué casa se trata.

Alison me besa, queriendo darme ánimos, para que deje de pensar en aquel maldito. No debo hablar del trabajo en la cama. La beso de nuevo y le digo con todo mi amor:

—Vamos, cariño, te llevo a tu casa.

Lo que ella me responde llega a lo más profundo de mi alma:

—No, esta noche me quedo contigo.

—Qué alegría me da tenerte a mi lado, poder acariciarte hasta cansarme... Ufff, voy a comerte. Me gusta tu olor, me gusta todo de ti. Te quiero, amor.

Entre juegos y caricias, la tomo por las caderas y la penetro. Es genial sentirla, estar dentro de ella de nuevo. Luego sigo besándola en el cuello y con mis manos acaricio todo su ser. Siento cómo nos llega el orgasmo.

—Córrete, Alison, córrete conmigo.

El orgasmo nos deja exhaustos y nos quedamos dormidos abrazados, el uno junto al otro. El maldito teléfono suena una y otra vez. Alison se sobresalta y grita:

—¡Mierda, qué mala elección ha sido quedarme contigo, Alan!

—Alison, no te preocupes, puede ser una falsa alarma. No tiene por qué ser otra vez el asesino.

—No creo que sea una falsa alarma. Me habrán llamado a mi casa igual que a ti.

Me levanto deprisa y descuelgo el teléfono. Escucho a mi compañero dándome la noticia:

—Buenas noches, comisario, el asesino ha golpeado de nuevo. Estamos en la calle North, número 12.

—Voy enseguida.

—Comisario, hemos llamado a Alison y no coge el teléfono.

—Estará dormida o puede que tenga el teléfono mal.

—No, el teléfono no está mal, hace llamada y no lo coge.

—Jann, yo vivo cerca de ella, la avisaré en persona. ¿Sabes? Las mujeres toman alguna que otra cosa para dormir y seguramente estará profundamente dormida.

—De acuerdo, comisario, le esperamos.

Cuando cuelgo el teléfono, Alison me da una colleja cariñosa.

—Con que tomo algo para dormir y estaré muy dormida, ¿eh? Mientras te daba placer no estaba tan roque.

—Princesa, ¿qué iba a decirle?, ¿que estabas aquí en mi cama y que has pasado la noche conmigo?, ¿que te he echado un polvo que te ha dejado sin fuerzas?

—Parece que vas de sobrado. Aunque la tengas grande y me llenes de placer, no sueñes; aún no me tienes tan segura.

Alison me pasa la mano por el pene y me lo aprieta.

—Si no fuera porque nos han llamado, te volvería a tener en mis brazos y me metería dentro de ti de nuevo. Pero ahora vamos a ver de quién se trata esta vez. Seguro que mañana tenemos un problema con la prensa. Esto se nos está yendo de las manos.

—Soy yo la que tengo que verme con la prensa, como siempre. Los periodistas están al acecho de cualquier información. Y me preguntan cosas que no sé cómo voy a salir de ellas.

—Eso de las ruedas de prensa me tiene lleno de miedo. Me preocupo por ti, mi vida, porque el asesino puede investigarte, acecharte y terminar contigo. Alison, me encuentro impotente y sin poder ayudarte en este caso. ¿Qué sería de ti si ese te apresara?

—Deja de preocuparte, no va a pasar nada. Vamos, que se hace tarde.

Salimos de la casa en dirección a la calle indicada. La niebla avanza lentamente, formando una nebulosa sombría y siniestra que nos acompaña por las húmedas calles estrechas de la vieja ciudad.

—Maldito hijo de puta, ¿quién será ese desgraciado que ha segado la vida de cuatro mujeres? —le comento a Alison.

—Esperemos que sean cuatro nada más, que lo cojamos antes de que mate a otra y que esta sea la última —me contesta preocupada.

Estamos muy cerca del lugar del crimen y veo que ya han llegado el forense y mis compañeros. Al vernos, nos saludan:

—Buenas noches, comisario —dice Sam—. Alison, buenas noches.

Jann está buscando pruebas por el suelo. Miro a la mujer. «Maldito psicópata. Las busca jóvenes y bellas», murmuro para mí. La observo. Está

sentada como las otras, con sus labios pintados de negro y los círculos en los ojos. Tiene el cabello de color castaño claro. Esta vez, el abrecartas es dorado. El asesino debe tener una colección de estos.

—Estos abrecartas están por todo el mundo. Este, en concreto, es del centro de Europa. ¿Lo ve, comisario? En la parte de arriba tiene el escudo de Suiza —me dice el forense, sacándome de mis pensamientos. Me muestra la daga y veo el escudo que tiene—. Eso me da a entender que el dueño de estos abrecartas ha tenido que viajar mucho por todos los países del mundo, si le interesa saberlo, comisario.

—Gracias, es buena apreciación la suya. Lo hemos investigado y en esta zona no se compran. Ahora vamos a investigar a las personas que viajan al extranjero. Los abrecartas no son de aquí, pero la ropa, aunque ya no se fabrica, fue confeccionada en Black Mists. De lo que no hay duda es de que este maldito asesino es de aquí y tiene la intención de seguir matando.

—Y no parará de hacerlo —dice Alison, que se ha mantenido callada, y hace otra apreciación—: Jefe, tiene un papel en la mano izquierda.

Yo no me había dado cuenta. Con una pinza del forense, saco el papel de la mano de la chica y lo pongo sobre el maletín. Con mi pequeña linterna dirijo la luz sobre lo que parece ser un recorte de periódico con solo un nombre, el cual me deja frío. No digo nada, pues si lo hago, todos van a saber acerca de mi pasado, ese del que quiero huir y ocultar que estuve internado en el centro de alcohólicos anónimos. Entonces digo, desviando un poco la atención:

—Está jugando con nosotros. Hasta puede que incluso esté jugando conmigo.

—Es lo más probable. Estoy casi segura de que le está poniendo a prueba, comisario. Este nombre puede que sea de su próxima víctima —me dice Alison convencida.

Me encuentro confuso, no sé qué pensar, así que comento:

—Si este es el nombre de su próxima víctima, tengo que intentar salvarla. Lo primero que voy a hacer cuando llegue a la comisaría es averiguar quién es esta mujer.

Por el momento, he conseguido tapar el pasado y el problema que podría avvicinarsi. El amigo de mi padre me había mandado lejos para limpiar mi nombre y mi honor. Ahora siento miedo de que mi pasado vuelva a mi presente y me devore otra vez. Alison conoce mi pasado, pero nadie más sabe nada de lo que fue mi vida anterior.

Pocos minutos después levantan el cuerpo y el forense se marcha con el juez y el cadáver en una camilla.

—Venid conmigo. Se me ha ocurrido una idea —le digo a mis compañeros.

Ellos no dicen nada y se limitan a seguirme. Quiero ir a la casa sospechosa, esa que pertenece a la familia Spencer según el plano, y a la casa del otro lado, la que está en el camino del río.

—Imaginad por un momento si el asesino hubiera salido de esta casa —les comento a los demás mientras me pongo frente a la puerta.

—Me han dicho que esta casa está cerrada desde hace mucho tiempo —dice Jann. Lo observo con una mirada fulminante, levantando una de mis cejas; me da rabia escucharlo. Alison me mira intrigada.

—He dicho si el asesino hubiese salido por este lugar, no que lo haya hecho. Tendría que caminar mucho. Ha dejado a una chica en cada una de las calles, pero si os dais cuenta, todas las chicas estaban dejadas a la misma altura de esta calle. Mañana tenemos que intentar pedir una orden para entrar en la casa.

—Comisario, creo que nos puede resultar difícil —agrega Sam—. ¿Con qué excusa podemos pedir la orden? Y eso sin conocer a los dueños de esta casa. Aquí no vive nadie. Por lo que se ve, está abandonada. No hay nada más que ver cómo están las paredes, y la puerta está muy deteriorada.

—No podemos hacerlo público, pues es como si acusáramos al dueño directamente. Un fallo no sería bueno; podríamos poner al asesino en alerta.

—Exacto, señor, no podemos cometer ningún fallo —me replica Sam. Miro al cielo y veo que no tardará en amanecer.

—¿Qué os parece si vamos a desayunar? Conozco un bar en el que ponen un buen café —propongo.

—Lo siento, jefe. Quiero ir a mi casa para cambiarme de ropa —me dice Alison.

—Alison, no puedes irte ahora, vamos a tomar café —le dice Jann, intentando ser agradable con ella.

Me siento algo molesto por su insistencia y le hablo un poco subido de tono:

—Si Alison quiere irse, pues que se vaya. Ya es grandecita, ¿no te parece?

Jann me mira extrañado por cómo le hablo, con mal genio.

—Perdón, jefe, solo quería que estuviéramos los cuatro juntos.

Alison no quiere que nos enfademos por ella, así que acepta venir con nosotros:

—De acuerdo, voy a tomar café, pero solo uno y me iré enseguida.

Todo queda zanjado. Veo la cara de satisfacción de Jann, como diciendo: «Yo he ganado».

Emprendemos la marcha para ir a desayunar; estoy deseando tomarme un café. Aparte del tabaco, mi segunda droga es la cafeína. Alison se pone enfrente de mí y la miro cuando se lleva la taza a la boca. Esos preciosos labios hace poco han sido míos; y no solo sus labios, sino todo su cuerpo. Bajo mi mirada para que mis chicos no se den cuenta de mi interés por Alison.

Despreciada ante ellos y tan amada en mi cama. Ella sabe muy bien lo duro que es para los dos actuar de esta manera, ya que lo hemos hablado con anterioridad. Hace conmigo lo que quiere, y yo me dejo querer por ella.

Una vez terminado el desayuno, salimos del bar. Es ya la hora de irnos a la comisaría. Alison se ha ido un poco antes y no ha comido nada, solo se ha tomado un café. Satisfechos y con las pilas cargadas, caminamos hacia la comisaría. Sam, que ha estado muy callado durante todo el tiempo en el desayuno, me comenta:

—Comisario, ando pensando en su teoría. Puede que tenga razón. No puede llevarse los cuerpos en coche, pues allí no se puede entrar; tiene que ser caminando. No hay dudas, un cuerpo al hombro no puede llevarse calle arriba y abajo porque es un buen trecho. Cuando las deja en la calle, ya están muertas, y los cuerpos pesan demasiado.

—Si por alguna razón no podemos pedir una orden, esto tendremos que hacerlo nosotros por nuestra cuenta.

—Eso supone un gran riesgo para nosotros si se entera el capitán.

—Si se entera, pero si no se lo dice nadie, es difícil que averigüe nuestro plan.

—¿Cuándo podríamos hacerlo? —comenta Sam.

—Cuando estemos preparados. Ahora tengo que buscar a esa mujer, a la que el asesino nos ha señalado en el trozo de periódico. Ha comenzado con un juego que no me gusta nada, y tengo que estar preparado.

Tras un rato caminando, llegamos a la comisaría, entramos y nos dirigimos a nuestro despacho. Lo primero que hago es llamar al amigo de mi padre, el capitán Brian Growney, quien me responde con una reprimenda:

—¡Por el amor de Dios, Alan Barton, ¿cómo has podido estar dos años

sin llamarme?! ¿Crees que eso es correcto por tu parte?, ¿el silencio? ¿Ni siquiera una llamada de cortesía? —No deja de hacerme reproches. Después del último, me pregunta por mi salud—: Qué alegría me da escucharte, muchacho, aunque estoy enfadado por tu olvido. Cuéntame cómo te encuentras, ¿estás contento ahí?

—Sí, estoy contento. Sigo bien del todo, no he probado nada y estoy en mi trabajo.

Después del primer momento de preguntas y reprimendas, me vuelve a preguntar:

—¿Tienes algún problema, Alan?

—Le llamo porque quiero preguntarle por mi psicóloga, Lorraine Hoffma.

—¿Por qué me preguntas por ella?, ¿a qué se debe tu interés?

—Tengo un asesino en serie y me parece que está jugando conmigo. Anoche encontré en la mano de una víctima un trozo de periódico en el que venía el nombre de mi psicóloga, y he pensado que debéis ponerle protección.

—Ya es tarde, Alan.

—¡¿Qué quiere decir?!

—Quiero decir que Lorraine Hoffma murió asesinada en su casa hace unos días.

¡No puedo creerlo! ¡Ha muerto a manos del asesino, el que está volviéndome loco!

—¿Cómo iba vestida? ¿Lo sabe? —le pregunto.

—Estaba vestida con ropa muy extraña. Parece que el asesino entró en su casa y la pilló desprevenida. Lo que nos impresionó de este asesinato es que, después de estranglarla, le clavó un abrecartas en la garganta. No lo comprendemos.

—Maldito asesino. Es su marca. El abrecartas es su seña de identidad.

—Si es como dices, el asesino va a por todas, ya que ha viajado muchos kilómetros para matar a tu psicóloga. Ten en cuenta una cosa: tienes que mirar bien. Si está en contra de ti, es por algún motivo. Puede que sea por alguna detención polémica que hayas hecho con algún familiar, amigos o con él mismo.

—Yo no he hecho nada porque en esta ciudad nunca pasa nada.

—Cuídate, Alan, y no pongas tu vida en peligro innecesariamente. Espero que no tardes otros dos años en llamarme.

—Descuide, no lo haré. Un abrazo, capitán.

—Igualmente, Alan. Ten mucho cuidado con ese asesino.

Cuando cuelgo el teléfono, me quedo alucinado. Mi psicóloga ha muerto a manos de ese hijo de mala madre. Ha viajado muy lejos, hasta la ciudad de City of Light, para matar a mi doctora. ¿Qué quiere demostrarme?, ¿qué quiere de mí?

En particular, recuerdo lo que me ha dicho el capitán Brian Growney. Tengo que hacer un recordatorio de todos mis casos, pero me parece imposible que yo haya participado en algo tan sucio como para que un psicópata me ponga a prueba.

Tengo la cabeza sobre el respaldo de mi sillón. Suspiro cuando veo entrar a Alison con ropa nueva y bien peinada. Tiene el pelo recogido en una cola y está guapísima. Le hago una señal para que llegue a mi mesa y se acerca con una sonrisa.

—Hola, Alison, quiero contarte lo que he descubierto. He llamado a un amigo de mi padre que trabaja en mi antiguo puesto y me ha dicho que la mujer cuyo nombre estaba escrito en el papel ha sido asesinada. Por favor, no digas nada —le advierto.

—No te preocupes, por mí nadie va a enterarse.

—El nombre del cadáver de anoche era el de mi psicóloga, y he llegado tarde. La mujer ha muerto. Me está retando, Alison, me está retando, como tú me has dicho, para que lo descubra. Está acercándose a mi entorno. ¿Crees que tengo razón?

—Sí, lo creo. Lo más seguro es que se sienta un superhombre, que se considere más inteligente que tú, y por eso te está dando donde más puede dolerte.

—Creo que en eso tienes toda la razón. Puede estar vigilándome. Yo no conozco ni siquiera su cara, y estoy dando palos de ciego mientras él se ríe de mí. No sé cómo puedo acercarme si no tengo pruebas. Alison, ¿cómo me acerco a él?

—No seas tan impaciente. Espera, tu momento llegará. Él cometerá un fallo y lo cogerás, sin duda.

—Espero que tengas razón, porque de lo contrario, voy a volverme loco.

—Eso es lo que tienes que evitar, no debes ponerte nervioso. Él disfruta contigo. Tienes que mantener la cabeza fría.

—Es fácil decirlo, pero hacerlo es otra cosa.

Me inclino a través de la mesa y le acaricio la mano, la cual descansa sobre el escritorio. En ese momento llega el capitán llamando a Alison. Retiro la mano antes de que me vea.

—Buenos días, Alison, te espera una rueda de prensa. Tú sabrás qué es lo que tienes que decir del caso.

—Sí, señor, ya lo hablamos. Sé lo que tengo que decir.

Alison se levanta y se marcha ante mi desaprobación, porque ella sabe que las ruedas de prensa no traerán nada bueno. Poco después, bajo a la sala de prensa; quiero saber lo que Alison les dice a los periodistas. La veo ante el micrófono, hablando con su sabiduría habitual.

—¿Qué nos puede decir de este asesino? ¿Lo tienen ya fichado? —le pregunta un periodista.

—Por supuesto, estamos muy cerca. Queremos tener todas las pruebas para que no queden flecos sueltos, para que su captura sea todo lo segura posible y poder meterlo entre rejas, que es donde debe estar. Le aseguro que vamos a hacerlo muy pronto.

Alison miente una y otra vez. Los periodistas siguen preguntando y ella respondiendo con seguridad. Es una experta en relaciones públicas, pero cuando el asesino llegue a conocerla, seguro que irá a por ella, y eso me turba aún más. Tras la rueda de prensa, abordo a Alison:

—Te estás metiendo en la boca del lobo, y no hay duda de que lo haces por orden del capitán.

—Puede que tengas razón, pero yo también quiero cogerlo, por mi hermana y por todas las que ha matado, antes de que mate a más.

—Y si no puedes con él, ¿quién va a ayudarte? Dime, Alison, ¿quién va a ayudarte? —le pregunto muy preocupado.

—No sé qué podré hacer en ese caso, pero no tiene por qué pasar nada malo. Y si pasa, improvisaré.

—No se puede vivir con improvisaciones; saldrás perdiendo.

Alison no quiere seguir hablando y se marcha, dejándome con la palabra en la boca y un malestar dentro de mí. Me siento impotente ante los acontecimientos que suceden, como si fueran fuertes cascadas que me atropellan. Me voy al despacho. Sobre la mesa están las fotos de la última chica y el informe del forense, nada nuevo. El asesino cuida de no dejar ningún rastro. Entonces entra Sam y se acerca a mi mesa.

—Jefe, estoy investigando a todos los grandes ricachones para saber quién ha viajado al extranjero con asiduidad.

—Sam, busca también a personas que hayan viajado hace tiempo, entre veinte o treinta años atrás.

—Bueno, comisario, sigo en ello.

—De acuerdo.

Se marcha. Me quedo solo con mis pensamientos, retorciendo mis neuronas. Me siento mal; una extraña sensación me atormenta. Estoy rabioso. No es justo que me sienta así de impotente.

Salgo de la comisaría y me voy caminado en dirección a la ciudad vieja. Es la primera vez que voy a ver los lugares de los crímenes. Empiezo por la primera, la hermana de Alison; luego sigo por la segunda chica, la que era de fuera; después, el lugar donde fue encontrada la prostituta; y para terminar, el lugar de la última. Miro paso a paso lo que me separa de los lugares hasta la puerta de la vieja casa, la que yo intuyo que puede ser. Estoy suficientemente cerca para desaparecer rápidamente sin ser visto. Si el asesino hubiese entrado por la parte de abajo, los lugares donde estaban depositadas quedan muy lejos. Cada vez, la idea de que el malnacido pudo entrar por arriba se me hace más evidente.

Estoy en la puerta, intentado imaginarme cómo será la casa por dentro, cuando una mujer mayor se para a mi lado y me pregunta:

—¿Le interesa esta casa, señor?

—Sí, señora, me interesa, pero observo que se mete mucho en la montaña. No puedo imaginármela, pero tengo curiosidad. Me gustaría verla.

—Eso es lo bueno, que se adentra en la montaña. Ahí dentro no hace frío ni calor. Yo estuve en su tiempo muchas veces dentro de esa casa.

—¡No me diga, señora! Sería estupendo. ¿Puede describirme cómo es dentro? ¿Quién vivía en ella? —le pregunto; eso es lo que más me interesa.

—En ella vivía un matrimonio que tenía un solo hijo. Vendían ropa y tejidos en esta casa.

—¿Vendían ropa? —le pregunto interesado por la información que me está proporcionado.

—Sí, vendían ropa de todos los estilos. Bueno, tenían una vendedora que los ayudaba. El matrimonio murió y el hijo se quedó solo muy joven. Hoy tendrá sesenta años, más o menos.

—Cuénteme todo lo de esa familia, si es usted tan amable.

—Yo tendría diez años cuando el matrimonio se llenó de júbilo por lo que les pasaba.

—¿Y eso? ¿Qué era lo que les pasaba?

—La mujer, finalmente, se quedó en estado. Ella pensaba que nunca tendría hijos, pero al final lo consiguió, aunque fue un parto tardío. Toda esta montaña era suya, heredada del padre de él. Al poco tiempo, se fueron de esta casa cuando el niño tenía diez años. Cerraron la tienda porque la mujer enfermó. La verdad es que no sé muy bien lo que pasó después. Les perdí la pista después de aquel día y, desde su marcha, la casa está vacía. Eso es todo lo que puedo decirle.

—Gracias, señora, por la información. Me ha sido de gran ayuda.

—De nada, caballero, quédese con Dios.

—Adiós, señora.

Veo cómo la mujer se aleja. Enciendo un cigarrillo. Necesito una buena calada para llenar mis pulmones de humo y después expulsarlo. Suspiro profundamente. Ya se está haciendo de noche.

Pienso en mi chica. Esta noche, mi niña querida no vendrá a hacerme compañía. Recuerdo su cuerpo, sus caricias y el placer que me proporciona. Me ha hecho olvidar a todas las putas. Ella es una mujer muy especial para mí y no quiero perderla por nada del mundo. Solo con pensar en ella mi pene se alegra, y la erección puede llegar en cualquier momento. No quiero pensar en su cuerpo para no tener que ducharme con agua fría y apagar mi deseo. No quiero masturbarme, por eso dejo de pensar en Alison. No sé si lo podré conseguir, pero lo intentaré. Está tan metida en mi corazón que ya nunca podrá salir de él.

Llego a mi casa y me siento en mi sillón. Enciendo otro cigarrillo. Pienso en lo que me ha contado la anciana acerca de esa familia. Y bien podría ser la familia del asesino. Dejo de pensar en la historia de ese matrimonio. Ahora, mi pensamiento es para Alison. La espero, pero ella no viene.

Pasan unos días más. A Alison solo la veo en el despacho y apenas nos dirigimos la palabra. Hoy no ha venido por la tarde, cosa que me extraña mucho. Son las cinco de la tarde y me encuentro mal. Estoy muy preocupado por ella.

—Sam, ¿dónde está Alison? ¿Sabes algo de ella? Hoy no ha venido — le pregunto.

—Llamó esta mañana. Dijo que tenía una cita con una persona que sabía algo de la última joven asesinada.

No sé lo que me ha pasado por la mente en este momento, pero doy una palmada en la mesa, enrabiado, ante el asombro de Sam, que se sobresalta.

—¡Maldita sea, ya la tiene! Se la ha llevado delante de mis ojos. ¿Cómo no se me ha informado de que tenía una cita? Maldita sea, maldito seas. Has ganado, miserable asesino.

—No tiene por qué ser una cita con el asesino. Puede que sea con otra persona.

—No, Sam, algo me dice que la cita era con el asesino.

Veo que a Sam se le cambia la cara. Salgo de mi despacho corriendo. Voy con furia contenida al despacho del capitán y entro sin llamar. Antes de que él pueda echarme la bronca, le digo:

—Alison no ha venido hoy. El asesino se la ha llevado, no tengo la menor duda, y todo por sus malditas ruedas de prensa.

—No esté tan seguro. Puede haberse tomado el día libre.

—No, ella está en peligro, lo siento dentro de mí, y es por las ruedas de prensa. Si no las hubiese hecho y mentido descaradamente diciendo que íbamos a cogerlo enseguida... Y a quien ha apresado ha sido a ella.

—No vamos a poner un dispositivo solo por una corazonada suya, señor Barton.

—Es lo único que tengo. Algo me dice que voy en el camino correcto.

—Puede marcharse. No voy a poner en peligro la operación por una simple corazonada y sin tener pruebas.

No sé qué hacer contra la tozudez de mi capitán. Me siento frustrado y salgo de su despacho. Voy deprisa al mío y llego hecho una furia. Doy una palmada en la mesa ante la preocupación de mis dos compañeros.

—No quiere ayudarme. El capitán no quiere ayudarme.

—¿Qué va a hacer, comisario? —me dice Sam nervioso.

—Nada, ir yo solo a por ella. Voy a buscarla.

—Yo le acompaño, comisario. No voy a dejarle solo —dice Sam, dirigiéndose a Jann.

Entonces, entra el capitán y me dice, no con muy buena cara:

—Si es como piensa, búsquela. Pongo todos los hombres a su disposición, pero encuéntrela antes de que la mate. Pero, si por el contrario se equivoca, no se presente más en esta comisaría en toda su vida. ¿Me escucha, señor Barton?

Si fallo, seguro que me echará de aquí sin miramiento. Suspiro y me dirijo a mis hombres mientras el capitán se aleja. Tengo la convicción de que lo que vamos a hacer es una locura.

—Sam, Jann, tenemos que buscar a Alison. Venid, vamos a estudiar y a

poner en práctica nuestra búsqueda y nuestra posición de ataque.

—¿Qué ataque?, ¿a quién vamos a atacar? —me pregunta Jann, extrañado por lo sucedido.

—No lo sé, aunque tengo una ligera idea.

Los pongo delante del cuadro y le digo a los dos:

—Este es el plano de la ciudad. Mirad. Aquí, en esta zona, hay una casa. Jann, tú coge algunos agentes y ve a esta casa. Tienes que entretener al dueño como sea. Tardaréis como veinte minutos. La casa está lejos. Venga, date prisa. Sam, tú te vienes conmigo. Vamos, deprisa.

Salgo de la comisaría con Sam. Hemos cogido algunas herramientas. Entramos en la ciudad vieja por el primer puente más cercano. Vamos deprisa. Un frío gélido nos da la bienvenida. La oscuridad de la noche va cayendo pausadamente sobre la ciudad, lenta pero segura. Llegamos a la puerta de la casa, la que yo intuyo que tiene que ser la del asesino. Abro la cerradura con la herramienta por la fuerza y eso nos permite entrar en la maldita casa.

—¿Qué estamos buscando, señor? —me dice Sam extrañado.

—No lo sé, Sam, pero es lo único que tengo y quiero explorarlo.

La casa abandonada está llena de polvo y las telas de arañas se acumulan sobre los muebles. Las habitaciones son fantasmas de sí mismas; añoran la vida en un pasado lejano. Ahora no son nada más que cuatro paredes desconchadas por la humedad y los años de soledad.

La casa no es grande. En la primera habitación hay un mostrador. Miro una por una todas las estancias de la sombría casa. El desánimo empieza a hacer mella en mí, pero justo al fondo veo que hay una puerta un poco abierta. Voy a ver dónde da. Para mi sorpresa, veo que no es un cuarto, sino una galería. Alumbro con mi linterna de un lado a otro y veo un túnel bien construido. Busco un interruptor de luz y lo encuentro. La galería tiene luz eléctrica, aunque no son bombillas, sino unos pequeños cuadros pegados en el techo los cuales no dan mucha luz, pero la suficiente como para atravesar el túnel. Respiro aliviado. Mi intuición no me ha fallado.

—Sam, hemos encontrado el pasadizo. El asesino puede utilizarlo muy bien para transportar los cadáveres hasta la ciudad vieja.

—Tiene razón, comisario. No hay duda de que por aquí se podría pasar con el cadáver.

—Entremos a ver dónde nos lleva este túnel.

Mi corazón late apresuradamente y mi ansiedad va en aumento. Estoy

convencido de que voy por buen camino. Mi deseo de salvar a Alison aumenta. Eso es lo que me impulsa a tener fe, sin saber qué voy a encontrarme al otro lado del pasadizo. Solo tengo la esperanza de que al final del túnel encuentre a la mujer de mi vida viva.

Respiro con dificultad; no es claustrofobia, sino mis nervios, un nerviosismo que me consume. Seguimos avanzando, cada vez más deprisa. Cada minuto que pasa es un minuto menos en la vida de Alison, y eso me tiene inquieto.

—Espero que su intuición sea cierta y que encontremos a Alison —me dice mi compañero.

—Sam, llevo tiempo con esta intuición; le he dado muchas vueltas. Estoy casi seguro de que vamos a coger al asesino y salvar a Alison.

—Cuánto deseo que no se equivoque, comisario. A ver si al final de este túnel encontramos a nuestra compañera.

—Eso espero, Sam, eso espero —le repito suspirando.

La galería está en dirección recta. El suelo es duro y el túnel no es muy alto, pero podemos caminar erguidos sin tener que agacharnos. Pienso que estamos cerca. Ya tenemos que haber atravesado casi toda la montaña. Al fin y al cabo, no es tan grande. Por fin llegamos a una puerta de madera, que es igual que la de la entrada. En un lado hay una carretilla con cuatro ruedas.

—Mira esta carretilla. En ella puede transportarse un cuerpo —le digo a Sam.

—Cierto, comisario. Estoy nervioso. Puede que detrás de esta puerta esté el asesino.

Apago la luz del túnel y abro la puerta con cuidado para no hacer ruido. Al entrar, encontramos un sótano y un almacén donde hay mucha ropa amontonada, rollos de tela en una estantería y ropa confeccionada metida en percheros. Veo otra puerta más adelante donde ya se ve luz. Entramos con sigilo, procurando no hacer ruido.

Delante de nosotros hay un panorama terrorífico. Alison está sobre una rueda que está fija en la pared. Está atada por el cuello y por las muñecas. Nos agachamos para no ser vistos. La habitación tiene muchos utensilios para dar placer. Más que un psicópata, es un sádico con una habitación de tortura llena de aparatos. Sobre una mesa, hay telas rojas, velas, esposas... Argollas en la pared y otros hierros cuelgan del techo. Imagino que son para atar a la persona y que se deje utilizar. Dejo de mirar todo y me centro en el asesino.

Por primera vez, escuchamos la voz del psicópata. Está sentado en un

sillón frente a Alison. Menos mal que está viva, que hemos llegado a tiempo. Está vestida igual que las otras mujeres a las que ha matado. Sus labios están pintados de negro y sus ojos tienen dibujados los círculos negros. Tiene un lazo en el cabello. Escucho esa maldita voz resonar en la estancia y meterse en mis oídos:

—¡Querida mía! Tu amado vendrá a por ti, no lo dudes.

—No es mi amado, solo es mi jefe.

—¿Tu jefe, dices? Pues en su casa te ha echado más de un polvo.

—¿Cómo sabes eso? ¿Me has estado vigilando?

—¡Por supuesto, cariño! Sé mucho de ti y de todos los policías que llevan el caso. Y de tu amado, más aún de lo que tú puedas imaginar.

—Él no vendrá. No sabe dónde está esta casa, lo sé muy bien, puedo asegurártelo. Yo también llevo la investigación y él no lo sabe —le responde Alison. En el fondo, creo que quiere hablar con él con la intención de ganar tiempo.

—¡No lo infravalores, princesa! Tu amado va a encontrarte, sin duda, a pesar de haber sido un alcohólico y drogadicto.

Esas palabras me llegan bien adentro, se clavan en mi alma como alfileres. Sam, al escuchar al asesino, se queda mudo. Pero ahora, no es el momento de pedirme explicaciones.

—Sí, señorita Black, él te encontrará y yo lo estaré esperando. Su vida o la mía.

—¿Por qué quieres matarlo? ¿Qué te ha hecho él?

—No tengo nada personal contra él, solo que es muy inteligente. Quería ponerlo a prueba. Vosotros, sus compañeros, no lo sabéis, pero él ya está muy cerca de mí. Sus últimas investigaciones lo han puesto demasiado cerca de esta casa. Es cuestión de horas que se presente aquí.

—No lo sabe, te lo digo yo. Él me dijo que no tenía pruebas.

—Llegará, preciosa, si es que no está ya en esta casa. Será en la primera que mirará cuando venga a buscarte. El señor Barton lo lleva pensando mucho tiempo, más de lo que tú te imaginas. No todo te lo cuenta, princesa. Es muy reservado. Y no solo piensa, sino que medita sobre las pruebas. Vendrá, te lo aseguro.

—¿Cómo puedes saber lo que piensa? ¿Quién eres tú, que pareces saberlo todo, hasta los más profundos pensamientos?

Me parece que Alison no tiene fuerzas ni para hablar. Sam está anonadado escuchando al asesino. En ese momento, suena el timbre.

—¿Lo ves, princesa? ¿Qué te dije? Ahí está tu amor, pero va a morir — le dice a Alison mientras se levanta.

Entonces, le hago una señal a Sam para atacar.

—¡Quieto, estás atrapado! —le grito al asesino.

Pero ninguno de los dos vemos que tiene una pistola. La saca y dispara contra nosotros. Nos tiramos al suelo y nos ponemos a cubierto detrás de un mueble que hay en medio. Un cruce de disparos se realiza entre el asesino y nosotros. Durante unos minutos, los disparos suenan como explosiones en ese sótano. Los que han llamado a la puerta son Jann y el grupo de policías. En ese momento, entran forzando la puerta principal, llegan corriendo y escuchan de dónde provienen los disparos. Jann entra corriendo, desesperado, con tan mala fortuna que un disparo del asesino le da de lleno en su cuerpo.

—¡Jann, cuidado! —le digo, pero no le da tiempo a ponerse a cubierto.

Yo me tiro sobre él cuando el asesino está pendiente de los agentes que entran. El joven baja la guardia contra nosotros dos y puedo reducirlo. Un policía lo esposa. Entonces, voy corriendo a desatar a Alison. Esta cae sobre mis brazos casi desmayada; lleva muchas horas atada. La llevo al sillón, me quito la gabardina y se la pongo. Me dirijo a un policía y le pregunto por Jann:

—¿Cómo está Jann? ¿Es grave?

—No es grave, comisario, aunque le ha dado en el pecho, pero el disparo no es profundo. La ambulancia está de camino. Pronto llegará.

—Sam, llévate a esta escoria a la comisaría. Cuando Alison esté recuperada, iré enseguida.

—Estaba completamente seguro de que vendrías, comisario Barton. Lo sabía —me dice el psicópata antes de que se lo lleven.

Yo no le contesto, y le hago un gesto a Sam para que lo quite de mi vista.

—Enseguida, comisario. Vamos a la comisaría.

La ambulancia llega. Los sanitarios entran y atienden a Jann, que tiene un disparo en el pecho. Otro sanitario se acerca a Alison y le pregunta:

—Señorita, ¿cómo se encuentra?

—Bien, no me pasa nada, solo estoy cansada de estar atada.

Yo agrego, haciéndome cargo de la situación:

—No se preocupe, yo la cuidaré y la llevaré a su casa. —El sanitario se va—. ¿Te llevo a casa para que puedas quitarte la pintura, cambiarte de ropa, tomar una ducha caliente y descansar? —le susurro a Alison con cariño.

—No, quiero estar presente en el interrogatorio, Alan.

Me sorprende que quiera presenciarlo.

—De acuerdo —le digo. Es imposible alejarla del interrogatorio.

Se levanta un poco tambaleante y se pone la gabardina, la cual le queda grande.

—¡Vamos cuando quieras, Alison! Si lo prefieres, podemos dejar el interrogatorio para mañana.

—Mañana es ahora —me contesta ella.

Noto que está un poco confusa. Tengo mucho miedo de que me diga que ese maldito bastardo la ha violado.

—Cuéntame qué ha pasado aquí, tras tantas horas a solas con el asesino —le pregunto.

—No quiero hablar de eso. Ahora no es el momento.

Un policía nos lleva en su coche hasta la comisaría. El camino lo hacemos en silencio. Una vez en la comisaría, Alison coge una servilleta y se va al lavabo. Yo voy a por dos cafés, uno para ella y otro para mí. Cuando regresa, no tiene pintura negra en su rostro.

—Toma, te he traído un café. Te sentará bien.

—Gracias, lo necesito, estoy agotada.

El capitán llega en ese momento preguntando por lo sucedido:

—Me he enterado hace un instante de lo que ha pasado, que habéis tenido un encuentro con el asesino. ¿Cómo está Jann?

—Está en el hospital, pero su herida no es grave, señor.

—Menos mal que por fin lo habéis detenido.

—Sí, señor, ha sido cuestión de suerte. Ahora vamos a interrogarlo.

—Alison, ¿cómo estás? ¿Te ha hecho daño ese malnacido?

—No, señor, estoy bien, no me ha hecho daño.

—Voy a ver a Jann. Luego nos vemos. Adiós —se despide el capitán mientras se va para el hospital.

Alison y yo vamos a la sala de interrogatorios; el pasillo se me hace eterno. Tengo ganas de encontrarme frente a frente con el malnacido, el asesino de mujeres indefensas. Llegamos a la puerta de la sala, que está pintada de gris. Al lado hay un policía de guardia, al que saludo:

—Buenas noches. Venimos a ver al preso.

—Buenas noches, comisario. Señorita Black.

Nos abre la puerta y entramos en la sala, la cual no tiene ventanas, solo una mesa larga con tres sillas. El asesino está sentado, tranquilo. Ahora me

fijo bien en su cara; no me dio tiempo a observarlo en la casa. Tiene el cabello negro y los ojos negros. Nos mira desafiante a Alison y a mí. Nos sentamos. El joven rompe el silencio que hay en la habitación:

—Comisario, ¿has venido con tu zorrita? Tú eres la que entra en la mente de los asesinos, estudia sus rostros, sus gestos... Cariño, puedes entrar en mí cuando tú quieras, te doy permiso.

Quiero quitarle la sonrisa de su boca. Aprieto los puños. Siento la pierna de Alison, que me hace una señal, y comprendo que debo callar. Me da paz; tengo mucho que aprender de ella. Si la hubiese conocido antes, quizás no me habría perdido por el camino oscuro de aquel mundo donde había estado metido. De nuevo, el chico dispara por su boca llena de veneno:

—Querida, te pareces mucho a tu hermana. Ella no era una puta, ¿sabes?, solo se mezclaba con gente grande y con mucho dinero. Esos no se la follaban, aunque a ella, alguno que otro no le hubiese importado.

—Primero debes empezar por contarnos la muerte de tu madre. No creo en ese accidente. Tengo la certeza de que tú tuviste algo que ver, Richard Spencer —lo interrumpo.

—¡Bravo, bravo, comisario! Sabes mi nombre... ¿Qué has descubierto? Sé que estuviste investigando, que fuiste a ver a mi rector. Sé mucho de ti, tanto que ni te lo imaginas.

—No tengo prisa. Vamos a estar aquí todo el tiempo que sea necesario, así que cuenta esa historia de una vez. Sé que odiabas a tu madre.

—¡¿Odio?! No tienes ni idea. ¿Sabes? Puede que la amara más de lo que tú crees. Mi madre era una mujer bellísima.

—No lo creo, ¿y sabes por qué?

—Sorpréndeme, comisario —me interrumpe. Sigue con su tono burlón.

—¿Sabes por qué no lo creo? Porque te internó en un colegio, te quitó de en medio para que no la molestaras y así disfrutar con su amante.

—Sé lo que intentas, comisario, pero no voy a entrar en tu juego. Puedo hablarte de esa etapa de mi vida, pero hablaré cuando yo quiera o como quiera, ¿me entiendes?

—Queremos escucharla. Tu historia tiene que ser interesante —dice Alison.

—Tú más que nadie la quieres oír, para seguir estudiando y adentrándote en mi mente asesina. Quieres meterte en ese rincón apartado de la memoria donde no puede llegar nadie.

Spencer se queda callado, pensando. Sabe que ese es su momento, el

momento de hablar, y tiene a su público deseando escuchar su relato. Pausadamente, comienza a contar lo que nosotros queremos saber por encima de todo: cuando comenzó su problema. Lo que no sabemos es que su historia nos dejará con las carnes abiertas. Me quedo en silencio triturando cada una de sus palabras, su odio. Nunca pensé que odiar podría ser tan cruel y llenar de tanta oscuridad un corazón humano.

Richard



Comienzo a contarles mi vida. Ya no tiene sentido callar por más tiempo. Son tantos años con este secreto que guarda mi alma que no puedo más. Más que nada es por el odio que he sentido por mi madre, que nubló mi razón y a quien siempre odié con toda mi fuerza.

Yo tendría unos seis o siete años. Una noche, escuché a mi madre gemir como una loca; no sabía de qué se trataba. Fui corriendo a su habitación y vi que había un hombre desnudo sobre ella. Aquel hombre no era mi padre, pues mi padre no estaba en casa. Mi madre, entre gritos, le decía:

—Síii, sigue. Aaah, Mmm...

Yo tiré de él para bajarlo de mi madre. Pensé que le estaba haciendo daño y le grité:

—¡¿Qué le haces a mi madre?! ¡Quítate de encima de ella!

—No veas lo pesado que es tu hijo. No me deja seguir —le dijo a mi madre.

—Déjalo y sigue follándome. No pares ahora. Ahora no.

—No puedo seguir si él me mira.

—Pues no lo mires tú. Termina, no puedo aguantar más. Venga, rápido, sigue.

Aquel hombre me empujó y caí al suelo. Una vez que llegaron al orgasmo, con un grito de placer, mi madre se enfadó mucho conmigo.

—Richard, no puedes entrar en mi habitación, te lo prohíbo. Eres un niño malo y voy a castigarte. Te encerraré cada noche, ¿te enteras?

Me tiró dentro de la habitación y cerró la puerta. Yo golpeaba la puerta, quería salir de allí, pero no podía porque ella había echado la llave y no se abría por mucho que la golpeará. La siguiente noche me encerró de nuevo. Yo escuchaba cómo follaba con aquel hombre que yo no conocía, cómo gemía de placer. Gritaba, era una escandalosa. Nunca antes la había escuchado así con mi padre.

Unos días después, llegó mi padre de viaje. Solía estar mucho tiempo fuera del país debido a sus negocios; viajaba por todo el mundo.

—Como le digas a papá algo de lo que has visto, ¡te corto la lengua!, ¿lo entiendes? Y cuando se vaya, te encerraré, así que tú mismo. Si se lo dices, te castigaré muy severamente —me dijo mi madre con voz estricta.

No le dije nada porque mi padre era un cielo y yo disfrutaba con él. Siempre me traía un abrecartas; teníamos una gran colección. Disfrutaba mucho con mi padre. Me contaba historias de princesas y príncipes.

Cuando él falleció, yo tendría ocho o diez años. Murió en un accidente aéreo. A partir de la muerte de mi padre, su amante se vino a vivir con ella, se casaron y él disfrutó del dinero de mi padre. Yo no podía soportar a aquel maldito amante que había ocupado el lugar de mi padre.

Un día me fui a la cama antes de que me encerrara. Fingí dormir. Aquella noche tuve suerte y no echó la llave. Cuando los sentí jadear y gritar, fui hacia a la puerta del dormitorio, que la tenían medio abierta, y vi cada movimiento. Mi madre era una calentorra y una guarra. Pero la cosa no terminó ahí, fue a más.

Comenzaron con unos juegos eróticos al máximo; fue un espectáculo. Le vendó los ojos y le ató las manos, le pasó hielo por su cuerpo, muy despacio, y luego se lo metió en su vagina. Mi madre se volvió loca. Otras veces la cubrió de nata, y él con su lengua lamió todo su sexo.

Por si fuera poco, todo aquello evolucionó más aún. Un día, cuál fue mi sorpresa que el amante estaba en el salón, sentado en una silla, desnudo, y mi madre llegó vestida como una niña. Él la regañó:

—¿De dónde vienes, niña mala?

Ella estaba con las manos puestas atrás y moviéndose de un lado a otro con su cuerpo, balanceándose sobre sí misma.

—Voy a castigarte, y el castigo es que tienes que hacerme una mamada.

Ella se hincó de rodillas mientras se metía aquel cacho de polla en su boca y a él se le ponían los ojos en blanco; tenía la cabeza echada hacia atrás. Luego se levantó y le subió la falda negra; no tenía bragas. Vi a mi madre de espaldas. Se abrió de piernas, se subió a horcajadas y se metió aquel pene tan grande bien adentro. No tardó en gritar desesperada; aquel hombre sabía follarla muy bien.

Aquella noche tuve mi primera erección y me corrí de gusto. Me quedé atónito al verla de aquella manera. Mi madre era una mujer muy bella, de cabellos negros y piel blanca, pero ahora tenía los labios pintados de negro y

un círculo negro en los ojos. Menuda zorra, ¿cómo podía prestarse a aquellos juegos?

A partir de entonces, cada noche se me ponía tiesa. Me gustaba escuchar sus quejidos, sus gritos, sus blasfemias. Sin poder evitarlo, me corría viendo cómo follaban los dos.

Pero aquello cambió. Mi madre me mandó a un internado. Me costó adaptarme, y mi sesión de pornografía se había acabado. Solo cuando iba de vacaciones disfrutaba cada noche de sus juegos eróticos.

Mi sorpresa fue que tenían una sala con muchos utensilios: fustas, antifaces, vendas negras y rojas... La rueda en la pared no sabía qué función tenía, pero una noche lo descubrí. Cuando ellos se metieron en aquella habitación, yo bajé muy despacio. Vi cómo el amante la ataba a la rueda, totalmente desnuda, le abría las piernas y le metía la cabeza, y con su lengua la enloqueció como a una puta. Luego, con aquel pene tan grande que tenía, se la folló como siempre, y ella, escandalosa, blasfemó una y otra vez. Cada vez tenía la boca más sucia. No solo ella blasfemaba; él también.

—Más, quiero más. Sigue follándome, no pareees... Sigueeee.

—Te gusta mucho, ¿verdad? Tengo más para ti. Me gusta oírte gritar. Quiero que grites para mí. Di que te gusta mi polla, dímelo. Quiero oírte, más, muchas veces más.

—Sííí... Mmm... Me gusta, me gusta... Aaah...

Algunas veces le metía una fusta por su sexo y otras veces la azotaba. Él la dominaba en aquellos juegos eróticos y la zorra se corría de placer. Yo me corría igual que ellos; para mí era un deleite.

Pasó el tiempo; yo tendría unos quince años. Había regresado a pasar las vacaciones con el deseo de verlos y de sentir placer otra vez. Estaba esperando y deseando que se pusieran a follar. Pero entonces ocurrió algo muy extraño: dos noches seguidas en la casa y no habían follado. La tercera noche estaba en mi habitación, esperando a ver si lo hacían. Sentí murmullos y risas. Me pareció extraño que no estuvieran follando. Mi madre tenía una risa tonta. Fui despacio, con mucho cuidado, y me asomé por la escalera. Los vi juntos. Se habían bebido un par de botellas de vino o más hasta embriagarse a conciencia. No sabía si habían follado o cambiado el sexo por el vino. No comprendía nada, pero tres noches seguidas sin follar ya era extraño. Me sentía furioso, con rabia. Necesitaba verla vestida de aquella manera para tener un orgasmo igual que ellos.

Verlos tan ebrios me dio mucho asco, sobre todo ver a mi madre en

aquel estado. Se retrepó en el sofá y se quedaron dormidos en el sillón. Yo había comprado cloroformo para una prueba, y era el momento de utilizarlo. Les puse un paño empapado en la nariz para que no se despertaran. Una vez que estuvieron bien dormidos, los metí en el coche y lo empujé cuesta abajo. El vehículo tomó velocidad y fue directo al río. Era de noche y no había nadie por los alrededores. Además, la niebla estaba muy densa. Eso me ayudó. Nadie me vio. Me sentía dichoso por haber acabado con la vida de los dos. Los encontraron uno o dos días después. Acudí al sepelio como un huérfanito indefenso.

Me quedé solo en aquella casa. Ahora tenía que gestionar mi vida. Pasaron los meses y fui adaptándome a mi nuevo estado. Cuando peor me encontraba era cuando llegaba a mi casa. Allí me sentía solo y echaba de menos los polvos y los juegos eróticos que mi madre tenía con su amante.

Tendría unos dieciocho años cuando fui por primera vez a ver a una prostituta. Le dije que era mi primera vez. La puta que me atendió tenía un montón de maquillaje; los labios los tenía pintados de manera exagerada. Su cuerpo no me gustaba y no la encontraba nada atractiva, pero, en fin, era solo para satisfacer mi apetito sexual, así que pensé que qué más daba.

—Estás en buenas manos, cariño. Venga, desnúdate. Voy a hacértelo muy suave. Te va a gustar. —La verdad es que no conseguía una erección—. Relájate. Eso es porque te da vergüenza, es tu primera vez. Piensa en algo agradable y déjate llevar —me decía la puta.

En el momento en que pensé cómo mi madre se vestía, sin saber cómo, se me puso la polla dura y pude follármela bastante bien. La mujer pensaba que había sido por sus dotes sexuales o su encanto, la muy ilusa.

—Muchacho, has llegado al orgasmo, ¿qué te ha parecido? Vaya, la tienes muy grande. Estás bien dotado y la tienes bien buena.

Sonreí, le pagué y me fui de allí. Tenía un grave problema encima. Pocos meses después probé de nuevo con otras putas, y más de lo mismo. Una noche estuve con una nueva. Tenía el pelo de color dorado. Más que rubio, yo diría que pajizo. Los ojos eran de un color azul muy bonito. Le llevé la ropa de mi madre, pero la muy zorra me dio calabazas y me habló con desprecio:

—Pero ¿tú qué piensas, niño, que soy tu fetiche?, ¿o eso es porque solo con esta ropa tu pollita se te pone tiesa? ¿Pues sabes lo que te digo?, que vistas de esta manera a una perra y te la folles. Ahora, largo de aquí tú y tu fetiche.

No coló. Me sentí rabioso y tuve que aguantarme con la imaginación.

Unos meses antes de terminar mi carrera conocí a una chica. Intenté mantener una relación con ella, pues estaba enamorado. La joven era de fuera. Tenía el cabello rubio y unos ojos verdes preciosos. Cuando la llevé a mi casa con la intención de hacer el amor con ella, fui un necio; no tuve tacto y actué sin delicadeza. Lo primero que hice fue mostrarle la sala donde podíamos hacer el amor para que fuera más placentero, pero ella se escandalizó.

—Richard, ¿qué te crees, que voy a aceptar tus juegos eróticos? No, lo siento, por ahí no entro. Quiero una relación sexual sana, dentro de lo normal. Si necesitas todo esto para hacer el amor, perdóname que te diga pero tienes un problema. Lo siento, conmigo no cuentas.

Se marchó, dejándome plantado, y tuve que masturbarme para aplacar mis deseos sexuales. A aquella chica no volví a verla más en mi vida.

Tras aquel hecho y terminar mi carrera, me instalé definitivamente en mi casa. Yo conocía el túnel para salir a la ciudad vieja, ya que mi padre me lo mostró. Vi también que en el almacén había ropa como la que se ponía mi madre. Necesitaba imperiosamente ver a una mujer vestida así, pero ¿quién podría prestarse a aquellos juegos y que luego se callara? Nadie querría tener una relación conmigo, ninguna mujer decente dejaría que la vistiera de aquella manera, así que tuve que idear algo para que yo pudiera sentir un buen orgasmo.

Alan



Después de escuchar su relato, la historia macabra de su desdichada vida, le pregunto:

—¿Por qué te entraron ganas de matar? ¿Qué fue lo que desató tus ansias?

—¿Qué intenta, comisario, psicoanalizarme? Eso es cosa de tu chica. Ella es la que sabe entrar en la mente y nadar en ella.

—Cuéntanos, ¿por qué mataste a mi hermana? —le pregunta Alison.

—¿Sabes, preciosa? Eso te lo contaré cuando a mí me dé la gana, pero a mi manera.

Alison guarda silencio. El joven es muy inteligente, y debemos tener mucho tacto con él si queremos que nos dé toda la información que estamos esperando.

—Vale, cuéntalo como tú quieras —le digo, sin darle mucha importancia.

Entonces, prosigue con su escabrosa historia:

—Tenía la negativa de la puta y la de la chica que llevé a mi casa. Esta última no quería estar conmigo y nunca se pondría esa ropa para follar. Tenía que buscar la manera de que una mujer se la pusiera. Me parecía imposible poder tener una relación con una mujer. Pasaron los meses, y cada vez más necesitaba estar con una mujer, lo más pronto posible. Cada día que pasaba en la casa sentía mayor necesidad de follar. Investigué la agencia, cómo eran las putas, y me informé de todo, incluso de las que no eran putas. Un día vi entrar a Jessica Black, y no sabes cómo me emocioné al verla, tan bella, con su cabello negro y sus ojos grises. La seguí, y vi que su novio la acompañaba. Indagué y descubrí qué clase de perla era el novio de tu hermana. El tío no la quería, solo quería vivir de ella, a su costa. Por eso la echó en mis brazos y le ofrecí una importante suma de dinero, tanto que no me dijo que no. Aceptó como un corderito y cayó en mis redes. Luego, cuando ella no regresó, el

muy cretino fue incapaz de ir la policía a denunciar. Tenía miedo; es una basura de hombre.

—¿Qué le ocurrió a mi hermana en tu casa? —le pregunta Alison.

Admiro la serenidad de ella. Se muestra fría, no se inmuta. Cuánto tengo que aprender de Alison. Yo no podría tener al asesino de mi hermana delante y mostrarme como si no tuviera sentimientos. Estoy tenso con solo escucharlo y me dan ganas de ahogarlo.

—¿Quieres que te lo cuente con todo detalle? Tú casi lo has probado, aunque a tu hermana no la tuve tantas horas como te he tenido a ti. Voy a contártelo con todo detalle. Sé que va a dolerte, y eso me gusta. Voy a martirizarte con lo que le hice, y no sabes cuánto placer me va a dar hacerlo.

—Puedo soportarlo —le dice Alison tranquila.

Maldito asesino. Cómo disfruta con nosotros dos. Y entonces, comienza a relatarnos con su envenenada lengua de víbora la historia de la hermana de Alison.

La recogí en el lugar citado y la subí en mi coche hasta mi casa. Antes de subir a él, me saludó con aquella sonrisa que tenía. Era muy guapa y dulce.

—Hola, me llamo Jessica Black. ¡Yo a ti te conozco! —Se sorprendió al verme y me reconoció enseguida. Mi plan podía fallar en cualquier momento. Ella continuó—: Sí que nos conocemos, te he visto en la universidad.

—¡Ah, sí, claro, ahora te recuerdo! He contratado a una chica de compañía para hacer un negocio fuera de esta ciudad. Necesito llevar un acompañante femenino para una cena y otros negocios. Espero que no me rechaces por lo que sucedió. Éramos muy jóvenes.

—Eso no lo tengo en cuenta. Tú has pagado y yo me debo a esto. Es mi trabajo.

—Aclarado, estamos de acuerdo. ¿Puedo contar contigo?

Ella me respondió afirmativamente. No podía decir que no. Seguro que era porque le temía a su novio.

—Entonces ¿ya conocías a mi hermana? —le pregunta Alison.

—Sí, ¿y qué? Ella salía con otro chico. No se interesó por mí, me despreciaba. Se lo notaba en su miraba.

—Se la tenías guardada, y era el momento de hacérselo cobrar.

Alison es incapaz de insultarlo, aunque se lo merece, sin duda, pero ella

sabe estar en su sitio y llevar un interrogatorio. El joven sigue relatando su hazaña, el muy cabrón...

—Primero te llevo a mi casa. Tengo que recoger la maleta para hacer este viaje de negocios.

—De acuerdo —me dijo ella.

En ese momento no notó nada; ni se imaginaba lo que le esperaba. Subió a mi coche y se mantuvo en silencio. Una vez en la casa, la hice pasar al salón. Esperó sentada en un sillón. No tenía ni idea de que aquel sería su último viaje. Se extrañó al verme llegar sin maleta. Yo tenía la mano detrás de mi espalda, con una bayeta empapada de cloroformo. Se la puse en la nariz. Antes de que pudiera reaccionar, ya estaba dormida. De esta manera, podía vestirla como a una niña. La mimé mucho. Le pinté los labios y los ojos como se los pintaba mi madre. La até en la rueda para poder follarla a gusto. Tenía una buena erección.

Me la estaba follando cuando ella se despertó. Al darse cuenta, me gritó, maldiciéndome:

—¡Maldito! ¿Este era el viaje que íbamos a hacer? Me tienes atada y me estás violando. No tienes escrúpulos haciéndome esto en contra de mi voluntad, y más dormida. ¿Qué me has puesto para dormirme? No te has atrevido a hacerlo conmigo estando despierta, maldito bastardo. ¿Por qué me has secuestrado? ¿Ha sido porque en la universidad pasaba de ti, porque no quería nada contigo, porque no te hacía caso? ¿Sabes qué te digo? Nunca me hubieses conseguido, porque yo jamás me habría fijado en ti, y menos acostarme contigo. No lo haría ni muerta. Entérate de una vez, ¡me das asco! Tienes que secuestrarme para poder follarme. No eres capaz de tener a una mujer en tus brazos, tiene que ser de esta manera. No eres un hombre. ¡Te maldigo, maldito malnacido! ¡Te maldigo!

Estaba cansado de sus gritos y no me dejaba disfrutar de su cuerpo. Solo tuve que tirar de la cuerda del cuello y ella dejó de gritar. Dejó de respirar.

—¡Maldito hijo de puta! —No puedo contenerme.

—¡Calma, comisario! Tú vives de la muerte. Si no hay crímenes, no hay trabajo para ti.

No puedo soportar su tono burlón. Una y otra vez, Alison me coge la mano; entiendo que tengo que calmarme. Ella es un mar de serenidad con

suaves olas que vienen a posarse sobre la arena de la playa.

—Mi hermana no quería nada contigo, aunque estuvisteis juntos en la universidad —le dice Alison al asesino.

A esto, Richard no le da muchas explicaciones:

—Sí, la conocí allí, y no sabes lo que me gustaba, pero ella ni caso. Y tú, señorita Black, ¿cómo llegaste a conocer al comisario Barton? ¿Fuiste a pedirle ayuda para que descubriera quién mató a tu hermana?

—No tengo por qué darte explicaciones. No estamos aquí para que me interrogues. Estamos aquí para interrogarte a ti. Dime, ¿por qué no quería mi hermana cuentas contigo?

—No tengo por qué decirte nada más de tu hermana.

—Entonces cuéntenos cómo fue con la segunda. Esa no era una puta. ¿Cómo la encontraste?

—La encontré por casualidad. Estaba sola en la calle buscando una dirección y tuvo la mala suerte de preguntarme a mí.

—Hola, señor, ¿podría ayudarme?

—Sí puedo, sí. Dígame qué necesita.

—¿Usted conoce esta calle? ¿Está muy lejos de aquí?

Me dio un papel donde estaba escrita la dirección.

—Sí, señorita, está alejada de aquí, por el lado de la ciudad vieja. ¿Para qué busca esta calle? —le pregunté.

—Estoy buscando trabajo y me han dicho que una señora necesita una mujer para cuidarla. No sé si tendré suerte y me contratará.

En ese momento, la máquina de mi mente empezó a cavilar y salió el pensamiento más perverso que podía tener: otra mujer para mí, y aquella era muy guapa.

—Yo puedo ayudarla. Mi madre necesita una chica para nuestra casa, y va a pagarle muy bien. Mire, le pago en este momento por adelantado.

—Pero yo no puedo aceptarlo. Tiene que verme trabajando, por si lo hago bien.

—No es necesario; va a trabajar muy bien. Tome el dinero, es un anticipo. ¿Cuándo puedo venir a recogerla?

—Mañana tarde nos vemos en el parque grande, ¿lo conoce? Vivo cerca.

—No tiene que preocuparse por el alojamiento. Mi madre la dejará vivir en mi casa. Es que está lejos. ¿Cómo se llama usted?

—Brenda Sullivan, y dele las gracias a su madre por el alojamiento, así puedo dejar mi vivienda saldada y recoger mi maleta.

—De acuerdo. Vendré a recogerla mañana sobre las cinco en el parque, ¿le parece?

—Sí, gracias, estaré lista a esa hora.

Así, de esa manera, cayó en mis redes. Al día siguiente, llegué a las cinco, como habíamos quedado. Metí su maleta en el maletero y la llevé a mi casa. Cuando vio la mansión, su cara lo decía todo. Antes de bajar del coche, me dijo:

—¡Qué casa más grande!

—Se lo dije, mi casa es muy grande.

—Yo pensaba que no lo era tanto.

Bajamos del coche. Ella se quedó atónita contemplando la casa y me susurró:

—Qué grande y qué bonita es.

—Aquí no se aburrirá. Hay mucho trabajo que hacer.

Entramos en la casa. Me preguntó por mi madre, un poco extrañada:

—¿Dónde está su madre? Parece que no hay nadie en la casa.

—Estará en el jardín —le respondí—. Espere aquí, voy a llamarla.

Cuando me vio regresar, me preguntó:

—¿No la ha encontrado?

Entonces, ya tenía el cloroformo preparado y, sin decirle nada, le puse el paño en la boca. Ella intentó resistirse, pero cayó rápido.

Me quedo un poco pensativo, pensando en la patología que tiene el maldito asesino. Siento cómo murmura entre dientes, y acto seguido habla de nuevo:

—¿Sabes una cosa, señorita Black? Como tu amado no descubrió nada sobre tu hermana, investigué quién llevaba el caso. Una vez que me enteré de que era el comisario Alan Barton, quise retarlo. El tonto no tenía ni una sola pista contra mí. Yo quería saber más, necesitaba saberlo todo del comisario Barton. Me informé, y me dijeron que no era de aquí, que era de una ciudad bastante lejos. Así que viajé a City of Light.

—Pero ese día no mataste a mi psicóloga.

—No, ese día no. Yo no sabía nada de tu doctorcita. Me enteré allí.

—¿A qué fuiste a mi ciudad, malnacido? Contesta.

—Para informarme de tu pasado, y no sabes cómo disfruté cuando me

hablaron de ti las personas con quienes contacté.

—¿Quién te habló de mí? ¿Taylor?

—No fue Taylor; él me habló muy bien de ti. Quería ayudarte a que salir del pozo en el que te habías metido, pero tú echaste a todos tus amigos de tu lado.

—¿Quién te habló mal de mí? —Quiero saberlo, pero al mismo tiempo me da miedo la verdad.

—¡Espera! No te impacientes. Encontré a un tal Clayton Meyer. Ese no es muy amigo tuyo, ¿verdad? De él descubrí tu secreto.

—¿Mi secreto? Yo no tengo secretos.

—Ja, ja, ja, qué inocente, ¿cómo qué no?

Aquella forma de hablarme tan sarcástica me pone furioso.

—Habla ya de una vez y no des tantos rodeos —le ordeno.

—El tal Clayton Meyer sabía que tu mujer no quería nada contigo. Ella no te amaba ni quería que te la follaras.

—¿Por qué él sabía esas intimidaciones de mi mujer?

—Lo sabía porque él era el que se la follaba. Sí, él y unos compañeros tuyos se beneficiaban a tu mujercita. A ella le iban los juegos, a dúos y a tríos —me responde el maldito. Lo que acabo de escuchar de su boca me entra en el alma y me deja petrificado allí mismo—. ¿Cómo se te ha quedado el cuerpo, comisario? A ella no le gustaba cómo se lo hacías tú. Necesitaba mucho más.

—¿Llevaba hombres a mi casa? —Quiero saber eso, ya me da lo mismo, aunque no pueda soportar escucharlo de su boca.

—No, a tu casa no llevaba a ninguno. Se veían en la casa de Clayton Meyer. Él le proporcionaba otros amiguitos de juegos.

Maldito malnacido. Me pongo de pie; por mi mente pasa una bruma oscura. Voy hacia la puerta y me pongo de espaldas, alejado de la mesa. Respiro con dificultad cuando escucho a Alison dar una voz fuerte. Él se queda callado con esa malévola sonrisa en la cara.

—¡Que te calles te he dicho!

Alison ha sacado una garra que desconocía de ella. Ahora pienso que en el puzle de mi vida la pieza que faltaba ya está encajada. Me dejó por un hombre, por dos... El recuerdo de mi psicóloga llega a mi mente para liberarme del pasado atormentador. Ahora más que nunca me sirven sus consejos. Su voz entra en mi alma como brisa fresca: «Te aconsejo que te quieras mucho a ti mismo. Pídete perdón por tu propia actitud. Nada de lo

que ocurre es por tu culpa. Lo hiciste lo mejor que pudiste, no supiste hacerlo mejor. Abandona todo el peso que llevas colgando a tus espaldas, libérate de todos los problemas».

Eso es lo que tengo que hacer: acabar de una vez con el recuerdo de Caty. Ya no me importa si se había acostado o no con toda la comisaría. Mi vida ahora es diferente. Tengo a Alison, que no se parece nada a Caty. Así que hago dos respiraciones profundas, tomo aliento y me siento de nuevo. Alison me coge la mano y me la aprieta. Con un solo gesto y su mirada ya sé lo que quiere decirme. No hacen falta palabras.

—¿Estás dispuesto a escuchar el final de la historia, comisario?

—Sigue —le digo.

Él, con su tono burlón, sigue expulsando el veneno que tiene su maldita lengua:

—Caty quería dejarte mucho antes, pero aún no había encontrado a otro idiota. Un día encontró a un pobre hombre y se fue a vivir con él, un tipo estúpido. Aunque al tonto le pareció que había encontrado a la mujer perfecta, no se imaginó a quién se había llevado a su casa. A ella solo le gustaba lo que Clayton Meyer le daba, pero él me dijo que no la quería como mujer para su casa. Solo la quería para follar con los amigos y hacer orgías fuertes, en las que estaba dispuesta a participar. Luego te vio destrozado por una mujer que no valía la pena; se sintió asqueado de ti. Te llamó cobarde, destrozaste tu vida, te metiste en un pozo sin fondo y nadie iba a sacarte de allí. Luego me dijo que te habían metido en un centro de desintoxicación. Para Meyer no eras más que un desecho humano, pero la doctora Lorraine Hoffma supo recuperarte para la sociedad. Yo creí que eras un superhombre, y mira qué pasado tienes. ¿Cómo podía medirme a ti si eras un hombre acabado?

—¿Has terminado con mi vida? —le digo, mirándolo desafiante.

—Sí, ya he acabado.

—¿Cuándo pensaste matar a mi doctora?

—Lo pensé algunos días después. Seguí vigilándote, y eso me molaba mucho; sabía de todos tus movimientos. Una noche observé que recibiste a un bombón, una mujer rubia con curvas. Estaba buenísima.

Cada vez que el psicópata habla me enrabiato más, me hierve la sangre. Tengo que apretar mi puño y clavarme las uñas en la palma de la mano para frenar mi deseo de lazarme contra él. Maldito enfermo hijo de mala madre. Él continua, relatando sin más pudor el reto que tenía contra mí:

—Comencé a ver de qué manera podía ir a por aquel bombón. Me informé de todo respecto a ella. La mujer era peor que una puta. Tenía marido e hijos y le gustaba follar con otros hombres. ¿No tenía bastante con su marido? Conseguí su teléfono y contacté con ella enseguida. La contraté para una noche de sexo y aceptó encantada. Quedé con ella en una calle apartada y la llevé a mi casa. Esa mujer me ponía a cien. Era muy cariñosa, pero si quería follármela, tenía que vestirla con aquel disfraz. Así que la dormí como a las otras. Cuando se despertó, yo ya estaba con una erección brutal y mi miembro bien grueso. Ella me excitaba solo con ver su cuerpo. La muy zorra, en vez de preocuparse, estaba inmersa en su salsa.

—Con esa mujer podrías haber estado siempre, sin necesidad de matarla. A ella le iban todos tus juegos eróticos —le digo desanimado, y entonces comienza a contar la historia con la prostituta.

Yo no podía arriesgarme a ser descubierto, no con todo aquello que tenía en mi casa. Ella, al ver tantas cosas, flipó.

—Este es un juego erótico excitante, me gusta. Tú ya tienes una buena erección, y yo voy a aplacártela. Entra en mí con todo tu miembro. Yo puedo ayudarte a que disfrutes de mí, aunque no puedo tocarte. ¿Por qué me tienes atada? Esto no evita que me derrita por ti, tan joven y fuerte.

Me dejaron un poco perplejo las ganas que tenía de que entrara en ella. Así que no la hice esperar: la penetré. Ella, atada de manos y con las piernas abiertas, se retorció de placer.

—Genial, eres genial. Sigue, sigue...

Me recordaba a mi madre. Por eso le eché un polvo como pocas veces lo había hecho, y me quedé muy satisfecho.

Qué repugnancia me da escucharlo. De nuevo, me hago daño en las palmas de mis manos con mis uñas para no pegarle y teparle su sucia boca de una puta vez. Pero tengo que reaccionar porque me dice algo que me deja flipando en colores:

—Después de matar a la rubia, quería humillarte más aún, comisario Alan Barton. Por eso fui a tu ciudad y maté a la doctorcita que tanto te ayudó a salir del pozo en el que te habías metido tras el desprecio de tu mujer.

¿Cómo este maldito bastardo sabe tanto de mí? Quiere hacerme sufrir, por eso ha conseguido tanta información.

—¿Por qué la mataste? ¡Maldito miserable!, si no la conocías —le

pregunto con desprecio.

—Calma, comisario. Con solo nombrar a tu doctora, te has puesto en tensión. ¿Tan enamorado estabas de ella?

—Nunca estuve enamorado de ella, solo agradecido por su ayuda. — Tengo miedo de que Alison se lo tome mal y tenga celos de la doctora Hoffma.

—¿Cómo has llegado a odiarme tanto, ¡miserable!?! Yo no te he hecho daño alguno.

—Me gusta verte cabreado. ¿Que cómo lo he sabido? He preguntado por ti y me he informado de todo sobre mi policía preferido, el que tenía que apresarme.

Se ríe de mí. El muy cretino me ha estudiado como a un roedor. ¡Miserable malnacido! Había ido a la ciudad de City of Light a matar a Lorraine Hoffma, mi doctora.

—¿Cómo cayó mi doctora en tus manos?

—Como te he contado, una vez que lo supe todo de ti viajé a tu ciudad. Llegué, llamé a tu doctora y le hablé de ti. Tenía que contarle algo para que ella sintiera curiosidad y me diera una cita.

—Buenos días, ¿es la doctora Hoffma?

—Buenos días, ¿con quién hablo?

—Soy policía de la ciudad de Black Mists y conozco al señor Alan Barton. Quiero hablar de él. Es muy urgente e importante lo que tengo que decirle.

—Hoy no puede ser, tengo mucho trabajo.

—Señora, he venido desde muy lejos para hablarle de Alan. Necesito su ayuda.

—Está bien. Si no le importa esperar todo el día, podemos vernos en mi casa. Llego a las nueve de la noche.

—Muchas gracias, es muy importante para mí. Estaré allí esperándola.

La mujer estaba interesada, pues me dio una cita. Llegó a la hora justa. Se veía que tenía mucha curiosidad por saber de qué quería hablarle, así que no me costó ningún esfuerzo entrar en su casa. Me invitó a pasar muy amablemente, se quitó la chaqueta, dejó el bolso sobre una silla y se dirigió a mí:

—Bueno, ¿qué era eso tan importante que tenía que decirme acerca de Alan? ¿Él se encuentra bien?

No pudo decir nada más. Yo tenía mi arma mortífera y mi fuerza, y cayó como una inocente en mis brazos. En la mochila llevaba la ropa que debía ponerle. La desnudé y la vestí. Luego le pinté los labios y los ojos, le até las manos a la cama y esperé a que se despertara; tenía la cuerda alrededor del cuello.

Cuando estaba volviendo en sí, tiré de la cuerda; no podía correr riesgos. Luego le clavé la daga y salí de aquella casa, cogí mi coche y viajé de noche hasta esta ciudad.

—¿Por qué no violaste a la doctora?

—Solo quería matarla para hacerte sufrir, pero al parecer tardaron algunos días en encontrarla. Lo peor es que no salió en la primera página de los periódicos, así que tenía que idear otro plan para que te enteraras de que tu doctora había muerto en mis manos. No tardé mucho en encontrar a mi siguiente víctima. Una mañana salí temprano y dejé la cancela abierta. Cuando regresé a mi casa la cerré, y vi a una deportista que venía corriendo hacia la puerta. Había entrado en mi casa, siguiendo la orilla del cauce del río. Era un lugar donde a la gente le gustaba correr, pasear... La joven entró. Puede que no se diera cuenta de que era un lugar privado. Me paré, salí de mi coche, esperé a que ella llegara a mi altura y entonces le pregunté qué hacía en mi casa y quién le había dado permiso para entrar. Ella me dijo que había entrado corriendo y no se había dado cuenta, que el camino se cortaba y no había otra salida. Le comenté que estaba en una propiedad privada. Se disculpó y me preguntó si podía abrir la puerta para salir, a lo que yo le dije que iría a por las llaves. Fingí cogerlas de dentro del coche, pero lo que hice fue coger el paño empapado de cloroformo. Se lo puse en la boca. Ella se resistió, pero como estaba muy fatigada por la carrera, se durmió más deprisa. La metí en el coche y me la llevé a mi casa. Ella sería el cebo para que tú, comisario, te enteraras de lo que le había pasado a tu doctora.

—No fue suficiente con las chicas de aquí. Fuiste a otra ciudad a matar a otra mujer. Estás enfermo, y todo por retarme.

—Ha sido fabuloso retarte, comisario, mi detención tenía que ser a lo grande. Sabía que tenía que esperarte, aunque pensaba que tardarías más tiempo en llegar y así seguiría disfrutando de tu ingenio.

Alison, que lleva tiempo en silencio, le pregunta:

—¿Qué pasó con la deportista? No tuviste piedad de ella, no estabas dispuesto a dejarla libre, ¿verdad?

—No, preciosa, y voy a contártelo.

Cuando llegué a la casa, la llevé a la sala, la vestí como a las otras, la colgué en la rueda y la pinté como siempre hacía. Tenía la necesidad de sexo, de tocarla, de acariciarla. Le pasé la mano por su vagina y le metí los dedos. No pude aguantarme; antes de que despertara, me la follé a gusto. Le mordí sus pechos; me gustaba mucho aquella joven. Me la follé salvajemente y fue una inmensa satisfacción. Tuve que esperar un buen rato, pero cuando despertó, me dijo:

—¿Qué me has hecho, miserable? ¿Ha sido solo porque he entrado en tu propiedad sin darme cuenta?

—No solo porque has entrado en mi propiedad, sino porque me gustas, y voy a follarte con todas mis fuerzas. Estás muy buena, eres todo un bombón.

—Te equivocas si crees que puedes tenerme.

—Preciosa, no estás en condiciones de pedir nada. Ya te he follado antes de que te despertaras. Mmm..., estás tan buena... Me relamo ante ti.

Le pasé la lengua por sus mejillas, luego por sus labios, y eso la puso furiosa.

—¡Qué asco! Quitá tu maldita lengua de mi boca.

—¿Sabes que voy a hacer ahora? Voy a follarte de nuevo.

—¿Cómo te has atrevido a hacer esto sin mi consentimiento?

—¿Tu consentimiento, nena? ¿Acaso estás en condiciones de exigirme lo que debo o no debo hacer? Querida, estás en mis manos y en mi casa, por si aún no te has dado cuenta.

—¡Socorro, ayúdenme! —gritó la joven desesperada.

—No va a escucharte nadie, preciosa. En esta casa no vive nadie. Por mucho que grites, nadie te oirá —le repetí divertido.

Ella abrió los ojos. Empezaba a darse cuenta de dónde estaba y qué le esperaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas, sus mejillas parecían dos meandros que surcaban su rostro, llegando a sus labios. La pintura de sus ojos se mezclaba con sus lágrimas. Las limpié con un dedo. Giró la cabeza en señal de repulsa. La cogí de la barbilla y lamí sus lágrimas saladas.

—¡Basta ya, termina con mi vida, miserable cobarde! No eres capaz de acostarte con una mujer despierta y tienes que organizar estos juegos. ¡Te maldigo mil veces! Espero que la policía te coja y termines entre rejas el resto de tu vida —se atrevió a amenazarme la muy desgraciada.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa. Es fácil, solo tengo que tirar de estas cuerdas y tu vida estará en mis manos. Después, yo seguiré follándote. Me gustas tanto que quiero disfrutar de tu cuerpo mientras aún te quede calor —le susurré.

—Pues hazlo de una vez. Quítame de en medio y no me toques más. Aaah...

No la hice esperar. La maté, y su vida abandonó su cuerpo. Todo terminó. Después limpié su rostro de la pintura, pues tenía la cara sucia por sus lágrimas derramadas. La pinté de nuevo y la dejé bella.

—¿Te atreviste a estar con ella después de matarla? —le pregunta Alison con frialdad.

—Eso no voy a decírtelo. Vas a quedarte con las ganas de saberlo, preciosa.

—No tienes que decirme nada. De ti, puede esperarse todo. Esa fue la última por lo visto, ¿no?

—No, princesa, esa fue la penúltima. Después fuiste tú, encanto, pero no pudo ser. Tu enamorado llegó y te rescató para salvarte de mis garras.

—Suerte que ya te tenía entre ojos. Solo necesitaba pruebas que me demostraran que eras tú el asesino. Me metí en tu casa sin estar seguro, sin saber qué iba a encontrarme al final del túnel. Las fuerzas del destino me ayudaron a encontrar tu guarida y entré por la casa de tus abuelos.

—Así que te arriesgaste por ella, a costa de fracasar.

—Pues sí, es cierto, no estaba seguro, pero algo me decía que siguiera por aquel túnel.

—Vaya, vaya, qué astuto nos ha salido, ¡bravo, bravo! Sí, señor, muy interesante.

Al verlo disfrutar de esa manera, me dan ganas de cogerlo del cuello y estrangularlo. Le hablo con una satisfacción enorme; esto sí me da placer a mí:

—Se acabó el teatro. Ahora te irás a tu celda hasta que la justicia se encargue de ti y te meta entre rejas para el resto de tu vida. Vas a pagar por cada una de las mujeres que has matado; de eso no va a librarte nadie. Vamos, Alison.

Tomó del brazo a Alison y me doy cuenta de que ella está casi sin fuerzas. Cuando estamos fuera de la sala, en la puerta, le digo al guardia:

—Pueden llevárselo. Ya hemos terminado de interrogarlo.

—¡De acuerdo, comisario!

Cojo a Alison por la cintura y la llevo al despacho. La siento en una silla le digo:

—Voy a traerte algo de comer y un café. Necesitas alimentarte.

Vuelvo rápido con los cafés y un bocadillo. Ella me mira y susurra:

—¿Tú no comes nada?

—No tengo hambre, solo voy a tomar un café.

—Estoy agotada, me duelen los brazos y esta ropa me pica mucho. Quiero comentarte lo que te ha contado el psicópata de tu vida, lo que ha dicho de tu mujer.

—Mejor no hablemos de eso ahora.

—Por un momento, pensé que te abalanzarías sobre él. Temía por tu reacción.

—Más de una vez he estado a punto de partirle la boca.

—Tienes que entender una cosa: tus recuerdos son una mochila llena de piedras que no te dejan avanzar. Para que un día entre una persona en tu corazón, antes tienes que sacar sus recuerdos, si no, la otra persona no tendrá cabida en él.

—Sé que tienes razón. Allí, en la sala de interrogatorios, recordé todo lo que me enseñó Lorraine.

—Ella te enseñó todo lo necesario para liberarte de tus ataduras. Solo tienes que ponerlo en práctica y perdonar la situación que te lleva a ese sufrimiento.

—Estoy en el camino. Hoy he puesto la última pieza del puzle de mi vida, y mi corazón ya está libre para que tú puedas entrar en él y lo llenes de nuevo.

—Sé todo lo que te pasa y te acepto como eres. No pienso cambiarte.

—Sé que no lo harás. Seré yo quien cambie para ti.

Veo cómo me sonrío con su dulce sonrisa. Me siento liberado de todo este interrogatorio que me ha puesto en tensión por todo lo que he escuchado de ese maldito psicópata.

Siento pasos que se acercan al despacho. Es el capitán, que viene a preguntar cómo estamos:

—Buenos días, ¿están los dos bien?

—Sí, señor, estamos bien.

—He venido a comunicarle que a las doce tiene una rueda de prensa.

—Señor, yo...

—Sí, Alison, tiene que ser usted, ya que ha sido la que ha estado a última hora con el asesino. Comisario, acompañe a Alison a su casa para que se asee. A las doce les espero aquí para la rueda de prensa.

—Está bien, señor, la acompañaré y regresaremos a las doce.

Me agrada mucho poder estar con ella a solas, poder hablar de lo que le ha pasado con el asesino. Su casa no está lejos. Cuando llegamos a la portería se le acerca un hombre que está limpiando la acera.

—Señorita Black, ¿qué le ha pasado? Tiene mala cara.

—Nada, Bruno, es el trabajo. Le presento al comisario Barton, mi jefe.

—Mucho gusto, comisario. Soy el casero.

—Igual le digo, señor. Perdóneme, pero no podemos entretenernos. Tenemos que volver de nuevo al trabajo.

El hombre se queda mirándonos y me da la impresión de que observa mucho a Alison.

—Parece que ese tal Bruno te mira de una manera... —le susurro muy bajito.

—Por favor, no me digas que tienes celos de ese pobre hombre. Siempre cavilando e imaginando miles de ideas.

—Eres tan guapa que no me extraña que muchos hombres beban los vientos por ti.

—Deja de decir bobadas.

Hablando, llegamos a su apartamento y entramos en él. No espero más, la tomo por la cintura y la beso en los labios. Luego le desabrocho la gabardina y le digo:

—¿Sabes que estás muy sexy con esa ropa?

—Deja de insinuar, que te conozco. No me apetece hacer nada. Aunque sigas con tus carantoñas, estoy muy cansada. Me voy a la ducha y a deshacerme de esta puta ropa que me pica tanto.

—¿Estás segura de que no estuvo contigo? Él ha dicho que lo hacía con ellas dormidas.

—No sé si lo ha hecho o no. Despierta, estoy segura de que no me tocó; dormida, no lo sé. Si se hubiese corrido dentro de mí, habría notado su semen en mis piernas, pero no estoy segura.

—Pero si lo hizo al principio, después no te darías cuenta.

—Alan, por favor, no me lo preguntes, no lo sé, no estoy segura de nada.

—He pasado tanto miedo, Alison... Pensaba que te perdería para

siempre. Quería morir si no te salvaba de las garras de ese malnacido.

—Gracias por salvarme. Aún no te las he dado.

Ella me besa, y yo, como un loco, la correspondo ansiosamente; luego la dejo ir al cuarto de baño. Siento cómo cae el agua y pienso en meterme con ella. Me quito toda la ropa y entro en el baño.

—¿Qué haces en la ducha?! —exclama.

—Necesito una ducha, igual que tú.

Tomo el champú, echo un poco en mis manos y le lavo el cabello. Luego recorro su cuerpo con el champú. Suspira, me toma por el cuello y me besa bajo el chorro de agua sobre nuestras cabezas. Pongo mi mano en su culo y se lo aprieto.

—No quiero hacer nada hoy, y tú parece que no me escuchas. Si sigues, vas a ponerme con ganas, Alan. Me tienes loca de amor, de deseo.

—Eso me gusta, volverte loca a mi lado. Llevo días sin estar contigo. Me muero si no te tengo. Después de lo que ha pasado, te necesito.

Mi erección choca con sus nalgas y busca el camino del placer. Ella lo nota, baja su mano y acaricia mi miembro. No puedo esperar más, la necesito, tengo que penetrarla, aquí mismo, en la ducha, para sentir que está viva y a mi lado.

—Será rápido. No puedo aguantar mucho. Te deseo tanto que no puedo controlarme.

Me doy cuenta de que en el suelo de la ducha hay una esterilla; mejor, así evitaré resbalarme. Pongo su pierna sobre mis caderas y sobre los azulejos de la ducha. Puedo penetrarla sin dejar que su pierna caiga. No es la postura más cómoda, pero es genial y ella suspira, se deja llevar. Mis labios besan su cuello y luego subo para besar sus labios. Meto mi lengua buscando la suya, enredándome en ella en un juego armonioso con cascadas de sentimientos. Alison grita cuando nos llega el orgasmo tan deseado. No quiero decirle nada, pero lo hemos hecho sin protección, y he regado su cuerpo con el néctar de mi amor. Ella me dice, jadeando:

—No puede ser que..., después de todo lo que me ha sucedido, estemos haciendo esto. Te dije que no tenía ganas de hacer nada.

—Necesito que las tengas de mí y yo tenerlas de ti, saber que estás a mi lado, viva, Alison, viva junto a mí. —La siento apretarse a mí—. Salgamos de la ducha. Voy a preparar un café mientras tú te arreglas.

Me pongo una toalla en la cintura y voy a hacer el café. Una vez que lo tengo preparado, la llamo. Alison está vestida con una falda gris y una blusa

gris más clara. El pelo ya lo tiene recogido en un moño, como siempre suele llevarlo. Mira mi torso desnudo; solo tengo la toalla en mi cintura.

—¡Qué *sexy* estás con la toalla!

Acaricia mi pecho lleno de vello. Sus manos resbalan desde mi torso hasta donde está la toalla.

—Aún tenemos tiempo de hacerlo de nuevo. Es pronto para irnos —le susurro al oído.

—No, por favor, déjalo para esta noche.

—De acuerdo. Ya estás vestida, y no es plan de desnudarte otra vez. — Me tomo el café, mirándola, y observo que está como ausente. Me acerco y le toco la barbilla—. No te preocupes, no va a pasarte nada malo, estoy contigo.

Ella sonrío pensativa y me dice:

—Las ruedas de prensa me agotan, y más los periodistas con tantas preguntas impertinentes una tras otra.

—¿Quieres que te acompañe y la hacemos juntos?

—¿Serías capaz de hacer eso por mí, de ir a la rueda de prensa los dos juntos, tú que eres tan reacio a la gente?

—Por ti haría lo que no está escrito; morir si es necesario.

Veo cómo se le llenan sus bellos ojos de lágrimas; se ha emocionado con mis palabras. No dejo de mirarla, me tiene hechizado.

—No llores, mi vida. Te quiero mucho. Estaré a tu lado y te protegeré de los periodistas y de toda la gente que pueda separarte de mí —le digo con dulzura.

La beso de nuevo en la comisura de sus labios y siento cómo se estremece. La dejo en la cocina y voy a vestirme. Cuando estoy listo, regreso de nuevo y le digo:

—Es casi la hora. Cuando quieras, mi amor.

—Ya podemos irnos, estoy lista, preparada para la batalla.

Le doy un beso en la mejilla y sonrío al ver esa expresión que tiene por lo poco que le gustan las ruedas de prensa. Para ella es como ir a una batalla.

—Vamos, cariño, hay que tener fuerza.

Me sonrío. Se pone su chaqueta y coge su gabardina. Esta vez lleva un sombrero que le queda precioso; no se lo he visto nunca. Salimos del piso y bajamos por las escaleras, ya que a Alison no le gusta el ascensor. Al llegar al portal no está el tal Bruno, lo que es un alivio para mí porque no me gusta ese tipo. Tengo que sacarla de este piso, aunque sé que estoy sacando las cosas de contexto, y si le digo algo a Alison va a pensar que estoy celoso, así que es

mejor callar.

Cuando llegamos a la comisaría, ya hay bastantes periodistas reunidos. Al entrar al despacho veo a Sam, mirándome como pidiéndome explicaciones de lo que ha escuchado en «la sala de las torturas», pero entonces llega el capitán.

—Hola, Alison, ¿dispuesta para la rueda de prensa?

—Sí, señor, dispuesta —responde ella.

—Ya puede decirles que hemos cogido al asesino y está entre rejas.

—Sí, señor, así lo haré. No se preocupe por nada, sé lo que tengo que decir.

—Estoy convencido de que lo hará muy bien, como siempre lo hace. Les dejo.

El capitán se va para a su despacho.

—¿Cómo está Jann? —le pregunto a Sam.

—Está mejor. La herida no es grave, se pondrá bien.

—Me alegro. Después de la conferencia de prensa iré a verlo. Alison, ¿vienes conmigo?

—No puedo, necesito dormir. Cuando termine la rueda de prensa me voy a mi casa. Voy a dormir todo lo que queda de día. Hasta mañana no vendré a la comisaría.

—De acuerdo, como quieras, no te preocupes.

No quiero decirle nada más. Sé que está cansada y triste por lo sucedido, por estar tantas horas atada a la rueda. Llega un policía y le dice a Alison:

—Señorita Alison, es la hora de la rueda de prensa. La están esperando.

Sin decir nada, la acompaño. Llegamos a la sala de prensa, en la cual no cabe ni un periodista más. Se han acreditado muchos medios de comunicación. Algunos han venido de fuera de la ciudad y otros han llegado desde otros estados. Alison comienza a hablar, serena como siempre:

—Buenos días a todos. Estamos aquí para dar toda la información de la detención del asesino de Black Mists.

—¿Cómo han tardado tanto tiempo en detenerlo?

—El motivo ha sido porque el asesino no estaba fichado por la policía. Eso nos ha llevado más tiempo en detenerlo, pero al final está entre rejas y las mujeres podrán pasear tranquilas por la ciudad.

—Señorita, díganos, ¿cuántas mujeres son las que han muerto en sus manos?

—Varias, pero ya está en la cárcel. En sus manos no morirá otra mujer de esta ciudad.

—¿Ha sido muy difícil su captura?

—Aquí está el comisario Alan Barton, que responderá a esa pregunta —delega Alison en mí.

—Queremos saber por qué ha tardado tanto en capturarlo.

—A esa pregunta ya ha respondido mi compañera, pero le vuelvo a repetir que el asesino no estaba fichado ni se encontraba en nuestra base de datos.

—¿Cómo llegó a dar con el asesino, comisario? —me pregunta un periodista.

—Como ya he dicho, ha sido difícil encontrarlo, pero a todas sus víctimas las dejaba en la ciudad vieja, y eso me hizo sospechar que el asesino no vivía muy lejos. Ahí empecé a tirar del hilo hasta dar con él. Muchas noches de investigaciones son las que han dado su fruto. Y eso es todo, no hay más preguntas. Buenos días a todos.

Tomo a Alison de la mano y salimos de la sala de prensa. Subimos a mi despacho. Allí está el capitán muy serio.

—¿Desde cuándo hace ruedas de prensa? —me pregunta.

—Esta es la primera, y es porque Alison no se encuentra bien después de todo lo que le ha sucedido. Ella me lo ha pedido.

—Señorita Black, ya tengo sus papeles arreglados. Puede irse cuando usted quiera. Y dele las gracias a su capitán. Ha sido muy amable por dejarla compartir su profesionalidad con nuestro equipo.

—Gracias, ha sido un placer trabajar con usted y con todos mis compañeros.

—Puede descansar y, cuando usted lo desee, puede marcharse y regresar a su ciudad.

—Mañana mismo. Estoy deseando ir a mi casa. La echo de menos.

—Muy bien, señorita Black. La espero en mi despacho.

El capitán se va. Yo me quedo defraudado. Alison quiere irse deprisa. Se marcha para su ciudad. Me quedaré solo, y eso no puedo digerirlo. Ella nos saluda a Sam y a mí, pero Sam le hace una pregunta:

—Alison, escuché lo que dijo el psicópata, que tú y Alan...

—Por favor, Sam, no digas nada. Hay tiempo para hablar de eso, pero ahora no es el momento —interrumpe ella con dulzura. Luego se marcha.

—Comisario, allí en la casa escuché cosas muy duras.

—Me gustaría que las mantuvieras en secreto. Mi vida no ha sido un jardín de rosas.

—No se preocupe por mí, su secreto está guardado conmigo.

—Gracias, Sam, no esperaba menos de ti.

—Lo que más me extrañó es que usted y la señorita Black...

—No puedo negárselo. Lo que escuchó es cierto. Lo hemos mantenido en secreto para que nadie se enterara, por motivos de trabajo, pero ese es otro secreto que quiero que guardes.

—Sin duda, jefe. No diré nada.

—Gracias, voy a ver a Jann. Hasta luego.

Salgo de la comisaría en dirección al hospital. Encuentro a Jann dormido, así que desde un teléfono llamo a Alison antes de irme para casa.

—A la noche nos veremos en tu casa. Adiós —me dice.

No me da más explicaciones. Salgo del hospital y me dirijo a un supermercado a comprar carne para hacer una buena cena. Pienso darle una sorpresa. Voy a hacerle una cena muy especial, como no se la he hecho nunca.

Llego al piso, preparo la mesa y pongo un mantel y unas rosas rojas que he comprado. Pongo las verduras para hacerlas al vapor; son para el acompañamiento. Cuando termino, superviso lo que me falta. La mesa está muy elegante con los platos nuevos que nunca usé. Luego voy a vestirme para ella. Me pongo un pantalón negro y una camisa de color amarillo claro.

El timbre suena y abro la puerta. Alison viene preciosa, como una rosa, descansada y feliz. Cuando se quita la gabardina, me quedo mirando sorprendido. Trae puesto un vestido negro que le queda de infarto. Tiene el cuello redondo y mangas por encima de los codos. Le marca su silueta, le queda fabuloso.

—¡Qué guapa estás con este vestido negro! ¿Te lo has puesto solo para mí?

—Sí, solo para ti, para la despedida. Tú también estás muy guapo.

Nunca me ha dicho eso. La beso en los labios y acaricio su espalda. Enseguida se me pone la sangre hirviendo.

Ella se separa, pero antes musita cerca de mi oído:

—¡Qué mesa más bonita! ¿Es la primera vez que la pones?

—Para ti, mi princesa. Una buena cena de despedida. ¿Por qué te vas tan deprisa? Te quiero a mi lado, quiero que te quedes más días junto a mí.

—Necesito irme a mi casa. Te llamaré, estaremos en contacto. ¡Qué

rosas más bonitas!

—Las rosas las he comprado para ti, para que esta noche sea mágica y única.

—Son preciosas, me gustan mucho. No estoy acostumbrada a que me regalen rosas.

—Esta noche es toda para ti, amor mío. —La beso de nuevo y le susurro—: Ayúdame a poner los platos. Vamos a cenar. Hablaremos comiendo.

—Mmm..., qué rico, qué buena pinta tiene.

—Sí, mi amor, esta noche es especial, muy especial, y lo mejor es el postre. No te lo imaginas —le digo con palabras cariñosas para que la noche sea la más encantadora y para que ella se acuerde de mí siempre.

—No sé cómo vas a aguantarte hasta después de la cena.

—Si no fuera porque la comida se enfría, nos comeríamos el postre antes del primero.

—Tenemos tiempo de comernos ese postre. Ahora disfrutemos de la cena tan rica que has hecho en mi honor.

La carne es de muy buena calidad, está muy tierna, y las verduras al vapor están muy ricas. Cuando terminamos, llega el momento de recoger la mesa. Alison me ayuda.

—Deja, puedes mancharte el vestido. Los platos los recojo yo en un momento, no te preocupes.

Una vez que termino de recoger el último plato, los meto en el fregadero. Mientras estoy fregándolos, ella me rodea con sus brazos por la cintura y me dice:

—Voy a echarte de menos, Alan.

—No sabes bien cuánto voy a echarte yo a ti. Me dejas solo un día, y el otro también... ¿Cuándo vamos a vernos otra vez?

—Vendré una vez al mes.

—Necesito más veces, necesito tenerte cerca, amarte cada vez que pueda. Quiero verte todos los días cuando me despierte por la mañana, verte a mi lado, tenerte, abrazarte.

Me seco las manos y la tomo en mis brazos. Ella se engancha a mi cuello y me besa el lóbulo de la oreja. La llevo al dormitorio.

Nos desnudamos lentamente, saboreando el dulce momento de nuestra despedida. Empiezo a besarle los pechos. Succiono los pezones y las areolas mientras mis manos resbalan por su sedosa piel. Busco sus caderas, la

entrepierna. Me gusta meter mis dedos por su vello púbico. Busco la manera de que ella se estremezca, de que se deje llevar. Respira alterada. Está mojada, lubricada. Quiero más, así que me adentro entre sus piernas.

Quiero darle mucho placer, todo el que yo pueda. Quiero que recuerde siempre esta noche. Mis pensamientos me dicen que tardaré en verla, en tenerla de nuevo en mis brazos. Mi lengua le da placer en lo más hondo del corazón de sus deseos. La llevo a una fuente inagotable de ellos. Abre más las piernas para recibir un orgasmo que la deja exhausta y grita descontrolada. Yo sigo acariciando lo más íntimo de sus anhelos. Sé que su cuerpo está a punto de recibir las descargas; sus músculos se contraen, los espasmos son involuntarios. Deja sus brazos sobre la cama y habla casi sin poder hacerlo:

—Aaah, qué gusto, no puedo. Aaah...

Saco la lengua y dejo que ella pueda respirar mientras le acaricio los muslos de arriba a abajo. Paso mi lengua por su vientre, por su ombligo. Respira con dificultad. De nuevo me meto los pechos en la boca, jugando, mientras las yemas de mis dedos recorren su piel suave, haciéndole sentir mil sensaciones placenteras. Estoy casi sin poder aguantar, mi erección es brutal. La penetro, lo hago suave, dentro y fuera... Ella se aferra más a mí, pasando sus piernas por mi espalda.

—Alison, ponte arriba—le ordeno.

Quiero que esta noche sea su noche, que domine ella, que la sienta al máximo, que se lleve el recuerdo de un placer sin límites. Sin decir nada, se sube sobre mí y comienza a moverse a su ritmo. Cabalga sobre mí. No puede callar y estalla, musitando palabras sin control, entre jadeos:

—¡Ah, cómo me gusta! ¡Sí, así me gusta! Alan, voy a correrme. No puedo, no puedo...

Alison se vuelve loca de placer moviéndose sobre mi pene, sintiendo un nuevo orgasmo. Sin salir de ella, le doy la vuelta y ahora es mía. Estoy sobre ella, me muevo, aumento mis embestidas. Alison aún está presa del último orgasmo y sigue hablando, gritando... Llega ese momento en que todo mi cuerpo se abandona al éxtasis del placer más infinito. No me acuerdo de la protección; dejo que mi cuerpo riegue el suyo sin retener nada. No le digo nada a Alison en este momento; ella no es consciente de mi descuido. Ahora, después de esta sacudida, debo quererla más. La beso en el cuello y acaricio su brazo. Ella tiene la cabeza apoyada sobre mi pecho. Así, de esta manera, acariciándola, el sueño nos vence.

Cuando despierto por la mañana me encuentro solo. Toco las sábanas de su lado y no la siento. Salto de la cama como alma que lleva el diablo y la llamo:

—Alison, Alison, ¿dónde estás? —Pero no escucho respuesta. Al pasar por la mesa del comedor, hay una nota escrita.

Querido Alan, es mejor así, sin despedidas. Te llamaré cuando llegue. Gracias por esta noche tan maravillosa y por quererme tanto.

Alison Black

No es cierto, no puede ser cierto. Alison se ha marchado sin despedirse de mí. Por un momento, me encuentro perdido. Es verdad que estoy solo, que ella ya no está.

En el fondo, estoy de acuerdo con ella. Es mejor así, sin despedidas, porque si me hubiese despedido, no habría podido dejarla ir. Me habría dolido más.

Me siento en mi sillón y enciendo un cigarrillo. Lo fumo con gran ansiedad, recordando cada minuto, cada segundo de esa noche de amor tan intensa. Nos hemos querido el uno al otro hasta saciar nuestros deseos más íntimos. Esa noche no va a olvidármeme nunca. Cada calada llena mis pulmones de humo mientras un pensamiento llega a mi mente:

«¿Qué voy a hacer ahora sin ella? Mi adorada Alison, la que se ha metido en mi corazón y en mi alma. La amo con locura».

El recuerdo de muchos años atrás, recordando a aquel joven enamorado de Caty Brum, aquel que destrozó su vida por amor, ahora es diferente. Viviré este amor de otra manera, más consciente. No destrozará mi vida como lo hizo en aquel pasado lejano. El peso que aguantó mi alma apenas me dejó avanzar en la vida. Ahora soy más maduro para afrontar los nuevos acontecimientos que me lleguen. Aunque sean dolorosos, los soportaré mejor.

Retrepo mi cabeza contra el respaldo y cierro los ojos para recordarla mejor, sentir su aroma.

«Mi dulce Alison, ¿cuándo volveré a verte?».

Continuará...

Sobre la autora



M. G. Pineda nació en Badolatosa (Sevilla) en 1955, en el seno de una familia humilde. Comenzó a trabajar a una edad muy temprana, trasladándose a trabajar a Barcelona. Al poco tiempo de casarse, emigró a Suiza donde nació su única hija. En 1992 regresó a España y se instaló en Coín, Málaga donde reside actualmente. En 1998 se trasladó a una casa de campo con su familia, donde la monotonía del lugar le hizo llegar a sentir una gran tristeza y soledad hasta que descubrió la escritura, encontrando la motivación necesaria para huir de estos sentimientos, que desaparecieron entre las letras. Sirviéndole de terapia.

Premios obtenidos:

1º Premio de poesía Conversando, en el mes de Abril 2.014.

2º Premio en el XVI Concurso de relatos cortos dirigidos a los colegios de Educación Permanente de Málaga con “El teléfono del amor” en el mes de Junio de 2.013.

1º Premio en el IV Certamen de cuentos no sexistas, de la asociación Amatistas de Coín. Con el relato “Un viaje para Lucía”, en el mes de Marzo

2.012.

1º Premio de dibujo y poesía en el día internacional contra la violencia de género, 25 de noviembre de 2.011 en la localidad de Coín.

Puedes encontrarme en:

Página web del autor: <http://elsitiodemariaa.blogspot.com.es/>

Facebook: <https://www.facebook.com/ElsitiodeMaria/>

Twitter: <https://twitter.com/ElsitiodeMaria>

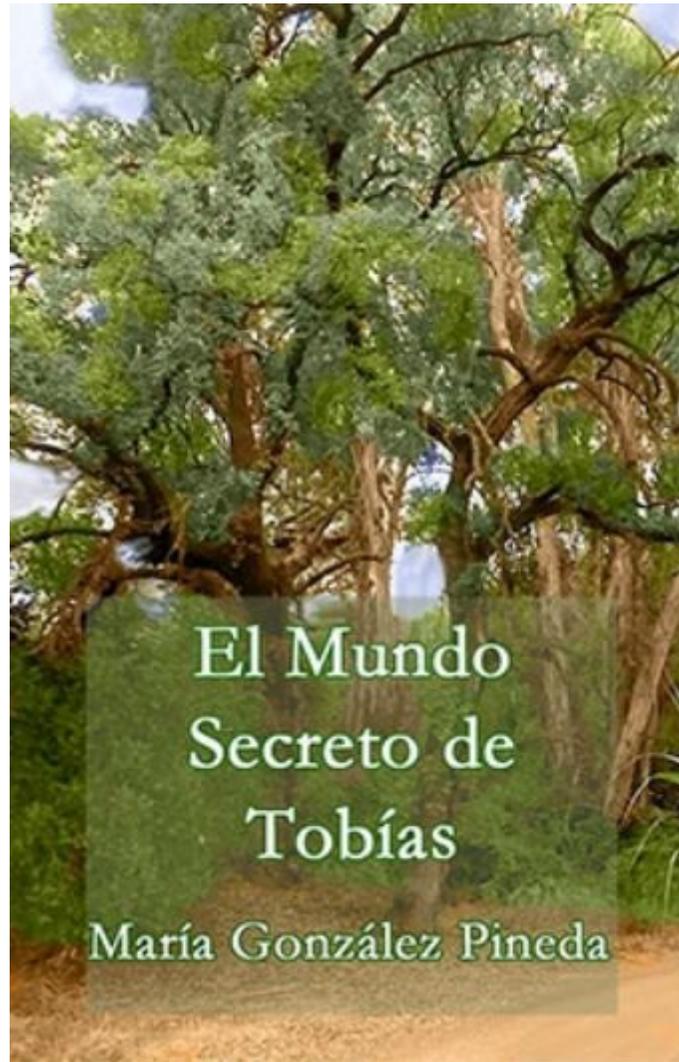
Correo: mariagoneda@gmail.com

Otros libros de la autora

[Mi secreto es mi condena](#)



[El Mundo Secreto de Tobías](#)



[Con el corazón de Eva](#)

CON EL
CORAZÓN
DE *Eva*



MARÍA GONZÁLEZ PINEDA

[Dos días y tres noches](#)

